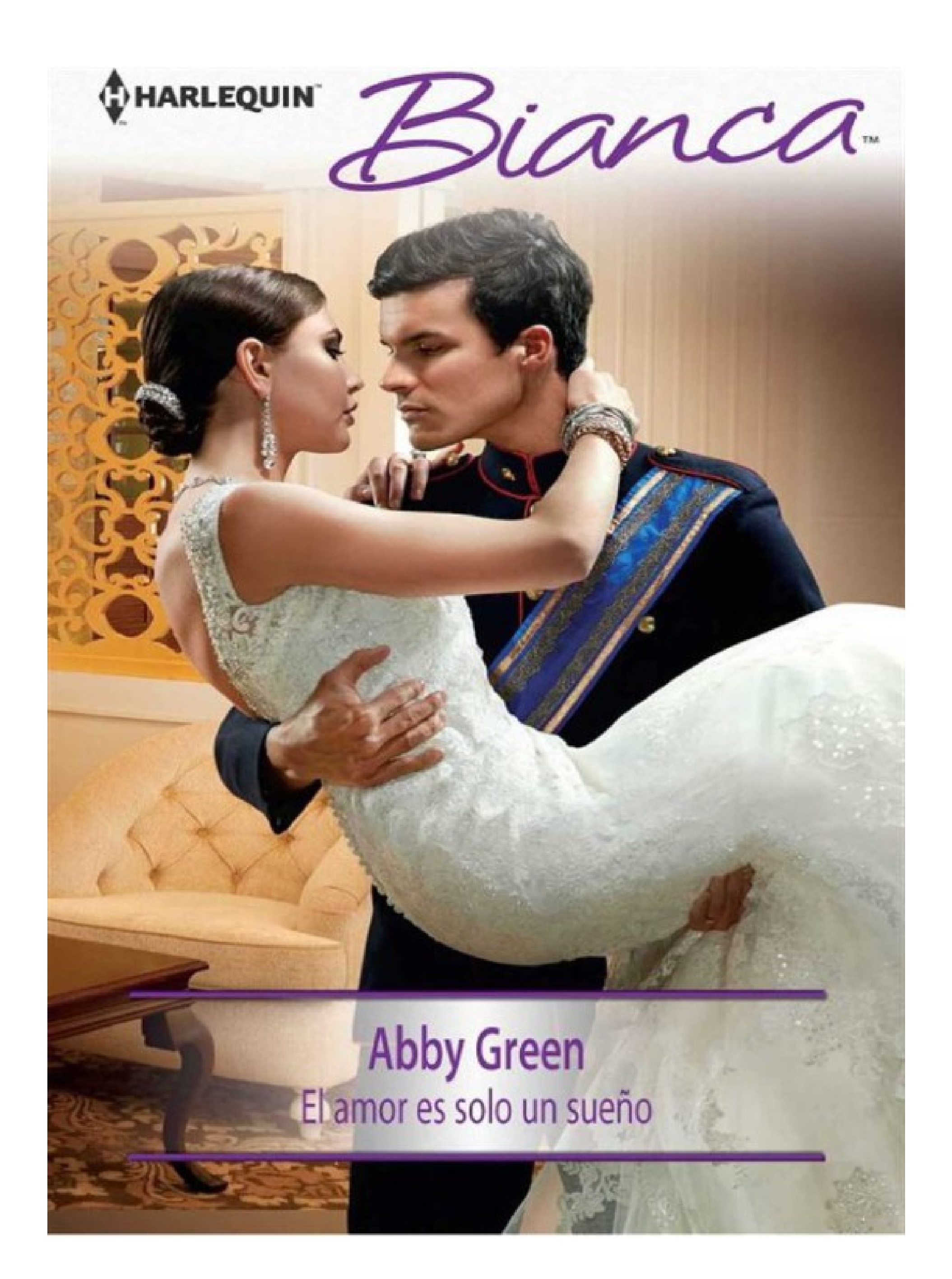

HARLEQUIN
Bianca
Abby Green
El amor es solo un sueño

Abby Green

El amor es solo un sueño

Bianca [2437]

El amor es solo un sueño



¡Llevaba en su interior al heredero de un rey!

Mientras Alix Saint Croix, rey exilado, esperaba a recuperar su trono, la distracción que suponía una amante suponía una forma bastante agradable de pasar el tiempo. Pero tras entrar en una perfumería para tener un detalle con la última, salió totalmente prendado de Leila Verughese, la exótica dependienta que lo atendió.

El aroma de Alix despertó al instante cada célula del cuerpo de Leila. Si estaba dispuesta a entregar su inocencia, ¿qué mejor que entregársela a un rey? Pero la ardiente alquimia que se produjo entre ellos demostró tener repercusiones trascendentales…

Leila sintió que el control de su vida se le estaba yendo de las manos hasta que se hizo consciente de su poder…

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

El amor es solo un sueño, n.° 2437 - diciembre 2015
Título original: An Heir Fit for a King
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-7260-8 Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

Leila Verughese se estaba preguntando qué iba a hacer si se le acababa la provisión de perfumes antes de lo esperado cuando percibió por el rabillo del ojo algo que le hizo volverse hacia la puerta, agradecida por la distracción.

Un elegante coche negro acababa de detenerse ante la perfumería House of Leila, la tienda que había heredado de su madre en la Place Vendóme, en París. Cuando miró más atentamente se fijó en que había toda una flota de elegantes coches negros aparcados uno tras otro. El primero llevaba varias banderas en el bonete, aunque Leila no logró distinguir a qué país representaban.

Un hombre salió de la parte delantera del coche, obviamente un guardaespaldas de algún tipo, con un auricular en el oído. Miró a su alrededor antes de abrir la puerta trasera y Leila se quedó boquiabierta al ver quién salía del vehículo.

Era un hombre. De eso no le quedó la más mínima duda. Pero enseguida captó que no era un hombre cualquiera. Su virilidad, su masculinidad, emanaban de él como una poderosa y crepitante fuerza. No medía menos de un metro noventa y prácticamente sacaba una cabeza al robusto guardaespaldas que se hallaba a su lado. Vestía un largo abrigo negro que realzaba la anchura de sus hombros.

Parecía a punto de encaminarse hacia la tienda de Leila cuando de pronto se detuvo. Leila captó una momentánea expresión de irritación en su rostro justo antes de que se volviera para hablar con alguien que seguía en el interior del coche. ¿Una esposa? ¿Una novia? El hombre apoyó una de sus poderosas manos en el techo del coche mientras hablaba.

Leila percibió el destello de un muslo desnudo, alargado y moreno y otro de una melena rubia antes de que el hombre se irguiera para encaminarse de nuevo hacia la tienda.

Fue entonces cuando Leila se fijó en su rostro. No había visto nada más perfecto y hermoso en su vida. Piel oscura, tal vez lo suficiente como para indicar una procedencia árabe, altos y marcados pómulos y una boca sensual. Podría haberse considerado un rostro simplemente bonito de no haber sido por los profundos ojos, las marcadas cejas y una fuerte mandíbula que en aquellos momentos parecía tensa, probablemente a causa de la irritación.

Su pelo era negro y lo llevaba corto, lo que realzaba la perfección de la forma de su cabeza. Leila se sintió paralizada mientras veía cómo avanzaba hacia la tienda. Justo antes de que abriera la puerta sus miradas se encontraron un momento, y Leila se sintió como una especie de conejita a punto de ser atrapada por una gran ave de presa.

Alix Saint Croix apenas se fijó en la dependiente morena mientras avanzaba hacia la tienda. «Sorpréndeme». Su boca se tensó. Si hubiera podido decir que la noche anterior había sido placentera, tal vez se habría sentido más inclinado a sorprender a su amante. No era un hombre acostumbrado a obedecer las demandas de nadie, y el único motivo por el que estaba siendo indulgente con el repentino encaprichamiento de Carmen por un perfume era que estaba deseando librarse de ella.

Había llegado a su suite la noche anterior y habían hecho el amor de forma… adecuada. Alix no recordaba cuándo había sido la última vez que se había visto consumido por el deseo y el placer hasta el punto de perder la cabeza. «Nunca», había susurrado una vocecita en su interior mientras su amante se había levantado de la cama para ir al baño, asegurándose de que todos sus atractivos quedaran expuestos de la forma más ventajosa.

Alix se había sentido aburrido. Y, debido a que las mujeres parecían tener un sexto sentido para captar aquel tipo de cosas, su amante se había vuelto especialmente complaciente y dulce, algo que había acabado por irritarlo.

Pero como le había dicho su asesor un rato antes cuando había

hablado con él por teléfono, «Eso está bien, Alix. Nos está ayudando a darles un falso sentido de seguridad; creen que lo único que tienes en tu agenda son tus habituales actividades sociales y tu desfile de amantes».

A Alix no le gustaba que lo consideraran un ser tan superficial, y abrió la puerta de la tienda con más ímpetu del necesario. Nada más entrar se fijó en la dependienta, que lo estaba mirando con una mezcla de estupor y reverencial sobrecogimiento en el rostro. Y en el mismo instante se hizo consciente de que era la mujer más preciosa que había visto en su vida.

Una campanilla sonó a sus espaldas cuando se cerró la puerta, pero ni siquiera se dio cuenta. Tenía la piel ligeramente aceitunada, una nariz recta y unos labios suaves y carnosos. Sexy. Una firme pero delicada barbilla. Pómulos altos. Su pelo negro satinado caía como una capa negra tras sus hombros.

Pero fueron sus ojos lo que más lo conmocionaron. Parecían dos grandes esmeraldas rodeadas de densas pestañas largas y negras y enmarcadas por unas elegantes y arqueadas cejas negras. Parecía una princesa del Lejano Oriente.

—¿Quién es usted?

Alix apenas reconoció la especie de graznido que surgió de su garganta. Sintió que en su vientre y en su sangre se encendía un fuego instantáneo. El fuego que había echado en falta la noche anterior.

Leila parpadeó y sus pestañas ocultaron por un momento sus asombrosos ojos.

—Soy Leila Verughese, la dueña de la tienda.

Aquel nombre exótico le iba a la perfección. De algún modo, Alix logró ponerse en movimiento para ofrecerle su mano.

—Alix Saint Croix.

Un inconfundible brillo de reconocimiento destelló en la mirada de Leila a la vez que sus mejillas se ruborizaban delicadamente. Alix asumió con cinismo que por supuesto que había oído hablar de él. ¿Y quién no?

Cuando Leila deslizó su pequeña, fresca y delicada mano en la de Alix, este sintió como si lanzaran un cohete desde el interior de su cuerpo. La sangre le hirvió en cuanto su piel entró en contacto con la de ella.

Trató de racionalizar aquella inmediata reacción física y mental. Estaba acostumbrado a evaluar a las mujeres desde la distancia, con sus deseos bajo firme control. Aquella era indudablemente bella, pero vestía como una farmacéutica, con una bata blanca que cubría parcialmente una blusa azul y unos pantalones negros. Aunque llevaba unos zapatos planos era relativamente alta, pues le llegaba a los hombros.

Cuando Leila retiró su mano de la de Alix, este parpadeó.

—¿Quiere algún perfume?

Alix frunció el ceño al recordar de pronto a Carmen, que lo esperaba en el coche.

—Lo siento… no… —Alix maldijo mentalmente. ¿Qué le pasaba?—. Quiero decir, sí. Busco un perfume. Para alguien.

—¿Tiene algún aroma en particular en mente?

Alix tuvo que esforzarse para apartar la mirada de Leila y echar un vistazo a su alrededor. Las paredes de la pequeña perfumería eran de espejo y estaban cubiertas de estanterías de cristal en las que aparecían expuestos montones de frasquitos variados de perfume.

—Busco un perfume para mi querida —dijo, casi distraídamente.

Estaba acostumbrado a decir lo que quería y a que la gente reaccionara de inmediato, pero al ver que no se producía aquella reacción miró a la mujer con curiosidad. Tenía la boca fruncida en un inconfundible gesto de desaprobación. Aquello resultaba intrigante. Nadie mostraba nunca a Alix sus verdaderas reacciones.

—¿Eso le supone algún problema? —preguntó con una ceja arqueada.

Fascinado, vio que Leila se ruborizaba a la vez que apartaba la vista.

—No soy quién para decir cuál es el término adecuado para referirse a su… compañera —Leila se reprendió en silencio por haber mostrado tan claramente su reacción y se volvió hacia las estanterías como si estuviera buscando algunas muestras.

Su padre ofreció en una ocasión el papel de querida a su madre… después de que esta hubiera dado a luz a su hija ilegítima. Sedujo a Deepika Verughese en un viaje de negocios a la India que hizo con el abuelo de Leila, pero le dio la espalda cuando se presentó en París, embarazada y caída en desgracia.

La madre de Leila, demasiado orgullosa y amargada tras el rechazo inicial de su padre, declinó la oferta de convertirse en su querida y contó a su hija lo sucedido mientras le señalaba todas las queridas de hombres famosos y dignatarios que pasaban por la tienda, con la saludable intención de hacerle ver hasta qué punto eran capaces de llegar las mujeres por preparar sus nidos.

Leila apartó aquel doloroso recuerdo de su mente. Estaba a punto de volverse cuando vio en el espejo que el hombre se había acercado a ella. Reflejado en el espejo parecía aún más grande de lo que era, y se fijó en que sus ojos eran de un color gris oscuro.

—¿Sabe quién soy?

Leila asintió. Lo había sabido en cuanto el hombre había mencionado su nombre. Era el rey exiliado de un pequeño reino que se hallaba en una isla cercana a las costas del norte de África, cerca del sur de España. También era un reconocido genio de las finanzas, con inversiones en toda clase de negocios.

—En ese caso sabrá que un hombre como yo no tiene novias, ni compañeras. Tengo queridas, mujeres que saben qué esperar y que no esperan nada más.

Algo se endureció en el interior de Leila al escuchar aquello. Lo sabía todo sobre los hombres como aquel, y la evidencia del cinismo de aquel le hizo sentirse enferma, pues le hizo pensar en lo ingenua que era ante la abrumadora evidencia de que lo que buscaba no existía.

Pero no pensaba dejarse arrastrar por los recuerdos dolorosos.

—No todas las mujeres son tan cínicas.

La expresión del rostro de Alix se endureció.

—Las que se mueven en mis círculos sí.

—Puede que sus círculos sean demasiado pequeños, ¿no le parece?

Leila no podía creer que hubiera dicho aquello, pero aquel hombre había tocado un tema muy sensible para ella. Demasiado sensible.

Alix Saint Croix esbozó una sonrisa ladeada que hizo que resultara aún más sexy. Peligroso.

—Puede que lo sean, desde luego.

Leila se sintió de pronto acalorada y claustrofóbica. Alix la estaba mirando con demasiada intensidad y, para colmo, bajó la

mirada hacia sus pechos, realzados por sus brazos cruzados. Los bajó de inmediato y tomó el frasco de perfume más cercano sin apenas fijarse en la marca.

—Este es uno de nuestros perfumes más populares. Tiene una base floral con toque de cítrico. Es ligero y vigoroso… perfecto para ropa de *sport*.

Alix Saint Croix negó con la cabeza.

—No. Creo que no. Quiero algo más primitivo, más sensual.

Leila tomó otro frasco.

—En ese caso, puede que este resulte más apropiado. Tiene algunos matices frutales, pero una base más de madera y almizclada.

Alix ladeó la cabeza.

—Es difícil decidirse sin olerlo.

Leila sintió de pronto que la blusa le oprimía. Quería soltarse el botón superior. ¿Qué le pasaba?

Tomó una tira de papel secante de un recipiente y se dispuso a rociarlo con el perfume, pero Alix Saint Croix la detuvo tomándola con delicadeza por el codo.

—No en un trozo de papel. Supongo que estará de acuerdo en que la mejor forma de olfatearlo es en la piel, ¿no?

—Es un perfume de mujer —dijo Leila, sintiéndose ligeramente drogada y estúpida.

Alix alzó una ceja.

—Pues rocíese un poco en la muñeca y así podré olerlo.

Leila se sintió tan conmocionada como si le hubiera dicho que se quitara la ropa.

Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para recuperar la compostura y, con mano temblorosa, tiró de la manga para rociar el perfume en su propia piel.

Alix Saint Croix la tomó con delicadeza por el dorso de la mano e inclinó la cabeza para oler el perfume. Hecha un manojo de nervios, Leila contuvo la respiración cuando sintió el roce de su aliento en la piel.

De pronto, un movimiento fuera de la tienda llamó su atención. Una esbelta rubia acababa de salir del coche negro con un móvil pegado al oído. Llevaba un vestido indecentemente ceñido y una cazadora nada efectiva para el tiempo otoñal reinante.

Alix debió captar su distracción, porque se irguió y se volvió a mirar por la puerta acristalada. Leila notó cómo se tensaba su cuerpo cuando su «querida» lo vio y se puso a gesticular con evidente irritación mientras seguía hablando por teléfono.

—Su… querida le espera —murmuró.

A la vez que le soltaba la mano, Alix se transformó ante ella en alguien más distante, más impenetrable.

—Me llevo el perfume —murmuró.

Leila tuvo que darse un zarandeo mental para entrar en acción.

Sacó una bolsita de papel de debajo del mostrador y envolvió rápidamente el perfume antes de meterlo en esta. Cuando la tuvo lista se la entregó a Alix. Tras dejar una cantidad de efectivo en el mostrador, cantidad que Leila ni siquiera contó, Alix Saint Croix giró sobre sus talones, salió de la tienda, tomó del brazo a su… lo que fuera, y se encaminó con ella con paso firme hacia el coche.

El aroma de Alix quedó suspendido en el aire tras él y, en una reacción tardía, Leila asimiló los distintos componentes de su colonia con una experiencia que era como un sexto sentido, a la vez que comprendía que su aroma la había afectado de un modo totalmente irracional en cuanto había entrado… y en un lugar al que no estaba acostumbrada.

Había sido una reacción visceral, primaria… Al sentir una palpitación entre sus piernas, apretó los muslos, horrorizada.

¿Qué le sucedía? Aquel hombre era un rey, nada menos, y tenía una querida de la que no se avergonzaba. Lo sucedido hizo que sonaran campanillas de peligro en su mente y le recordó a otro hombre que había entrado en su tienda y había empezado a cortejarla hábilmente… para acabar convirtiéndose en un tipo realmente desagradable cuando se dio cuenta de que ella no estaba dispuesta a darle lo que quería.

Aturdida, miró un momento el dinero que había en el mostrador. Alix había dejado bastante más de lo que costaba el perfume, pero en lo único en que podía pensar era en la última y enigmática mirada que le había dirigido desde fuera de la tienda antes de entrar en el coche… una mirada con la que había parecido decirle que pensaba volver. Y pronto.

Dada la conversación que habían tenido y lo que aquel hombre le había hecho sentir, Leila supo que no debería sentirse intrigada.

Pero se sentía intrigada. Y ni siquiera el fantasma de pasados recuerdos pudo impedirlo.

Poco después, tras cerrar la tienda, Leila subió al pequeño piso que había compartido con su madre toda su vida. Al entrar se acercó instintivamente al ventanal que daba a la Place Vendóme. Los binoculares de ópera que su madre había utilizado durante años para ver las idas y venidas que tenían lugar en el Ritz estaban cerca y, por un instante, Leila experimentó una punzada de dolor por su madre.

Apartó a un lado aquellos tristes recuerdos y tomó los binoculares. Tras dirigirlos un momento hacia la entrada del hotel, los alzó hacia las habitaciones… y se quedó paralizada al distinguir una familiar figura masculina iluminada a contraluz en una de ellas.

Incapaz de contener su curiosidad, centró los binoculares en la ventana. Era él. Alix Saint Croix. Vestía chaleco, pantalones y camisa.

Leila sintió de inmediato cómo se humedecía y apretó instintivamente las piernas. Alix estaba mirando algo que había ante él, y Leila se tensó cuando la mujer rubia a la que había visto fuera de la tienda apareció en su línea de visión. Tan solo llevaba puesto su mini vestido. Leña la reconoció vagamente como una famosa modelo de ropa interior.

Vio que sostenía algo en la mano y, cuando el objeto destelló, comprendió que se trataba del perfume. La mujer se roció un poco en la muñeca y luego alzo está para olerlo con una sensual sonrisa en los labios.

A continuación, la rubia arrojó el frasco a un lado y procedió a bajarse los tirantes del vestido hasta dejar expuestos sus pequeños pero perfectos pechos.

Leila se quedó boquiabierta ante la seguridad en sí misma que denotaba aquel gesto. Ella jamás había tenido el valor necesario para desnudarse así ante un hombre.

Y entonces Alix Saint Croix se movió. Giró sobre sí mismo y se encaminó hacia la ventana. Tras contemplar un momento el exterior, echó las cortinas, casi como si se hubiera dado cuenta de que Leila los estaba observando desde el otro lado de la plaza.

Asqueada consigo misma, Leila dejó rápidamente los binoculares. ¿Cómo era posible que un hombre como aquel hubiera llamado su atención? Era exactamente la clase de hombre sobre los que su madre había tratado de advertirle: rico y arrogante, que tan solo veía a las mujeres como posibles queridas que cambiaba en cuanto se cansaba de ellas.

Leila ya había hecho caso omiso de los consejos de su madre en una ocasión y había sufrido un duro golpe tanto en su orgullo como en su seguridad en sí misma.

Sin pensárselo dos veces, se puso una cazadora y salió a dar un enérgico paseo por los jardines de las Tullerías mientras se repetía una y otra vez que no había sucedido nada con Alix Saint Croix en su tienda aquella tarde, que no iba a volver a verlo, y que además le daba igual.

A última hora de la tarde del día siguiente Leila fue hasta la puerta de su perfumería para echar el cierre. Había sido un nuevo día sin apenas ventas. Debido a la recesión, la empresa que manufacturaba los productos de House of Leila había cerrado y Leila no contaba con los fondos necesarios para buscar un nuevo proveedor. Se había visto reducida a vender lo que le quedaba con la esperanza de conseguir el dinero necesario para obtener de nuevo más suministros.

Estaba a punto de cerrar cuando vio a través del cristal de la puerta una figura alta y oscura en el exterior que, flanqueada por dos hombres, se encaminaba hacia la tienda. Un indefinible estremecimiento recorrió su cuerpo al reconocer al rey exiliado con el trágico pasado.

La noche anterior, en un momento de flaqueza, se había conectado a Internet y había averiguado que tanto los padres como el hermano pequeño de Alix Saint Croix habían sido asesinados en un golpe militar. El hecho de que él hubiera logrado escapar se había convertido en toda una leyenda.

Su primer impulso fue echar el cierre y las cortinas, pero Alix ya estaba ante la puerta, mirándola con una sonrisa en los labios.

Obedeciendo sus reflejos profesionales en lugar de sus instintos, Leila abrió la puerta y se apartó para dejarlo entrar. Cuando Alix

pasó al interior, Leila sintió que su cerebro dejaba de funcionar, consumido por la magnífica presencia y virilidad de aquel hombre.

Decidida a no dejarse afectar más, asumió una actitud educada y profesional.

—¿Le gustó el perfume a su querida?

—Le gustó. Pero ese no es el motivo por el que he venido.

Leila se sintió aterrorizada ante la duda de por qué habría acudido a la tienda.

—Por cierto, ayer dejó demasiado dinero por el perfume —dijo a la vez que se volvía hacia el mostrador para tomar un sobre que contenía las vueltas.

Alix apenas miró el sobre mientras Leila se lo ofrecía.

—Quiero invitarla a cenar.

El inmediato pánico que experimentó hizo que Leila estrujara el sobre en la mano.

—¿Qué ha dicho?

Alix abrió el ligero abrigo que vestía para meter las manos en los bolsillos, dejando expuesto un inmaculado traje de tres piezas que no moldeaba los músculos de un hombre normal y corriente, sino los de un guerrero.

—He dicho que me gustaría invitarla a cenar.

Leila frunció el ceño.

—Pero ya tiene una querida.

—Ya no es mi querida.

Al recordar lo que había visto la noche anterior, Leila espetó:

—Pero… los vi juntos… —se interrumpió al sentir cómo se ruborizaba. Lo último que quería era que Alix supiera que los había estado espiando—. Desde luego, ella parecía tener la impresión de que estaban juntos —añadió con la esperanza de que Alix asumiera que se refería al momento en que había visto a la modelo esperándolo fuera de la tienda.

—Como he dicho, ya no estamos juntos —dijo Alix con expresión indescifrable.

Leila se sintió desesperada.

—Pero… ni siquiera nos conocemos. Usted es un completo desconocido para mí.

—Eso podemos arreglarlo charlando mientras cenamos, ¿no le parece? —dijo Alix con una sonrisa demoledora.

—Ayer los vi… a los dos —balbuceó Leila sin poder contenerse—. No tenía intención de hacerlo, pero cuando miré desde mi ventana ayer por la noche lo vi en su habitación con ella. Y ella estaba quitándose la ropa… —ruborizada, Leila alzó la barbilla en un gesto desafiante. Si Alix Saint Croix quería acusarla de mirona, que lo hiciera.

Alix entrecerró los ojos.

—Yo también vi su silueta en la ventana.

Leila se puso pálida.

—¿En serio?

—Sí, y eso me confirmó que a la que deseo es a usted, no a ella.

Leila se sintió atrapada por la intensa mirada que le estaba dedicando.

—Sin embargo corrió la cortinas… supongo que buscando más intimidad.

—Sí. Quería intimidad para pedirle que volviera a vestirse para marcharse, porque la relación había acabado.

—Pero eso es muy… cruel. Acababa de comprarle un regalo.

—Una mujer como Carmen no es ninguna ingenua respecto a las relaciones de este tipo —algo infinitamente cínico iluminó los ojos grises de Alix cuando dijo aquello—. Sabía desde el principio que la relación iba a acabar.

Leila se cruzó de brazos y luchó contra el impulso de seguir a aquel hombre ciegamente. Ya había cometido aquel error en una ocasión y su corazón había salido malparado.

—Gracias por la invitación, pero me temo que debo decir no.

Alix frunció el ceño.

—¿Está casada? —preguntó a la vez que bajaba la vista hacia la mano de Leila, que la cerró demasiado tarde.

—Eso no es asunto suyo, señor. Le agradecería que se fuese.

La mirada de Alix Santi Croix manifestó un instante de asombro que de inmediato dio paso a otra de frialdad.

—De acuerdo. Siento haberla molestado. Buenas tardes, señorita Verughese.

Capítulo 2

Alex se alejó rápidamente de la perfumería, incrédulo. Ninguna mujer lo había rechazado nunca tan radicalmente, con tanta frialdad, como si hubiera traspasado alguna línea invisible.

Despidió a sus guardaespaldas con un gesto de la mano mientras entraba en el hotel, donde su presencia produjo un revuelo entre los empleados en el que apenas se fijó a causa de la irritación.

Había dado por zanjada su relación con Carmen para poder centrarse en Leila Verughese. Cuando Carmen se había desnudado ante él en la suite lo único que había sentido había sido impaciencia por ver cómo se marchaba. Después, cuando se había acercado a la ventana y había visto a Leila a contraluz en la ventana que había justo encima de la perfumería, lo único que ocupó su mente fue su recuerdo. Sus generosas curvas revelaban un cuerpo femenino clásico, no precisamente a la moda, como el de Carmen, con sus diminutos pechos y su figura casi andrógina.

Deseaba a aquella mujer con un hambre que no se había permitido sentir hacía mucho tiempo. Cuando entró en su suite se puso a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado. ¿Cómo era posible que aquella mujer se hubiera atrevido a rechazarlo? La deseaba. Deseaba a aquella exótica princesa que vendía perfume.

¿Pero por qué la deseaba con tal intensidad? A lo largo de su vida solo había deseado a otra mujer de aquella manera, una mujer que le había hecho creer que era distinta y mejor a las demás, cuando en realidad era peor.

Más ingenuo y joven de lo que se consideraba a sus dieciocho años, se vio seducido por un cuerpo maravilloso y una interpretación de supuesta inocencia llevada a la perfección.

Hasta que un día fue a verla a su habitación en la universidad y encontró a uno de sus guardaespaldas entre sus pálidas piernas. Aquella imagen aún lo perseguía.

El desastroso matrimonio de sus padres debería haberle advertido de que las relaciones entre hombres y mujeres solo llevaban al dolor y la discordia.

Desde entonces Alix había eliminado toda emoción en su relación con las mujeres. Para él tan solo eran queridas que servían para darle placer y acompañarlo a acontecimientos sociales, al menos hasta que llegara el momento de elegir una esposa que se convirtiera en su reina.

Y aquel momento estaba cada vez más cerca. De hecho, ya le estaban presentando posibles candidatas, princesas de diferentes principados en las que no había encontrado el más mínimo atractivo. Pero eso le daba igual. Su esposa sería su consorte y estaría mentalizada para ocuparse de los aspectos sociales de su papel y para darle herederos.

De manera que, ¿cómo era posible que aquella mujer se hubiera metido de tal modo bajo su piel?

Tan solo era una mujer asombrosamente atractiva que había conectado con él a un nivel básico, algo a lo que no estaba acostumbrado. No quería recordar su primer encuentro, cuando el mero hecho de verla había sido como si le hubieran aplicado un desfibrilador para volverlo a la vida.

Pero en aquellos momentos no podía permitirse distracciones. Ya tenía suficiente con la perspectiva de recuperar el control de su trono en un par de semanas, algo por lo que había luchado toda su vida.

Sin embargo no lograba quitarse de la mente a aquella mujer, algo que lo impulsaba a tomar decisiones peligrosamente impetuosas. Sin poder contenerse, se acercó a la ventana desde la que había visto a Leila la noche anterior. La tienda estaba a oscuras, al igual que la ventana de la planta superior.

Una intolerable sensación de impotencia se adueñó de él. ¿Habría salido? ¿Estaría con otro hombre, accediendo a sus deseos? Aquel pensamiento le produjo tal tensión que tuvo que relajarse conscientemente. Él no era celoso. No desde que había echado a su guardaespaldas desnudo de la cama de su amante. ¿Pero había sido

debido a los celos, o simplemente a su orgullo herido?

Dejó escapar un sonido de irritación mientras sacaba el móvil de su bolsillo.

—Quiero que averigüen todo lo que puedan respecto a una mujer llamada Leila Verughese —dijo unos segundos después—. Es dueña de una perfumería que hay en la plaza Vandóme, en París.

Lo más probable era que Leila estuviera jugando con él, se dijo tras colgar, pero eso le daba igual. Ya no era ningún tonto en manos de una mujer, y pensaba satisfacer sus deseos con aquella antes de que su vida cambiara irrevocablemente y se transformara en puro deber y responsabilidad.

Leila Verughese no tenía poder para desbaratar su vida. Ninguna mujer lo tenía.

Leila pasó los dos días siguientes intensamente consciente de las idas y venidas de la comitiva de Alix Saint Croix por la plaza. Cada vez que un coche negro pasaba cerca se tensaba, como esperando que fuera a detenerse y él fuera a salir del interior para entrar en la perfumería e invitarla de nuevo a cenar.

Ensimismada en sus pensamientos, se sobresaltó cuando el teléfono sonó a su lado. Era del hotel. Querían que llevara un muestrario de perfumes para uno de sus clientes. Los huéspedes del hotel solían hacer a menudo aquella solicitud y, aunque acudir allí supusiera acercarse a la guarida del león, agradeció la distracción y tomó su muestrario de perfumes.

En cuanto llegó al hotel, elegantemente vestida con un traje pantalón negro y camisa blanca, un botones la condujo a la planta superior… en la que se hallaba la suite de Alix Saint Croix. Leila experimentó un repentino pánico que logró reprimir mientras se abrían las puertas del ascensor en la planta más opulenta del hotel.

Comprobó con alivio que el botones se encaminaba en dirección opuesta a la habitación que había contemplado con sus binoculares unas noches atrás.

El botones abrió la puerta de una suite y le indicó que pasara.

—Sus clientes vendrán enseguida. Han pedido que saque sus muestras mientras espera.

—De acuerdo, gracias —dijo Leila con una sonrisa.

Acababa de sacar su muestrario cuando oyó que la puerta se abría tras ella. Se volvió con una sonrisa en los labios, esperando ver a una mujer.

La sonrisa se desvaneció de sus labios al ver que el que entraba era Alix Saint Croix. Durante unos instantes, solo fue consciente de los poderosos latidos de su corazón. Alix vestía camisa blanca y pantalones oscuros. Llevaba la camisa arremangada y el botón superior suelto, y su mirada era de auténtico depredador.

Turbada, Leila se preguntó por qué estaba experimentando algo muy parecido a la excitación.

Alix se acercó a ella e inclinó la cabeza hacia el muestrario.

—¿Tiene también perfumes para hombre?

—En primer lugar, no me gustan las emboscadas, señor Saint Croix —dijo Leila, tratando de mostrarse calmada—. Pero, ya que estoy aquí, sí; también vendo perfumes de hombre.

Alix le dedicó una enigmática mirada y sonrió.

—En el hotel me han dicho que suele venir personalmente cuando algún cliente lo solicita. ¿Considera que todos los clientes le tienden emboscadas?

—Por supuesto que no. Pero ¿qué le parece si terminamos con la reunión? Estoy segura de que es un hombre muy ocupado.

Alix se acercó a ella mientras se subía las mangas de la camisa.

—Al contrario. Tengo todo el tiempo del mundo.

Leila apretó los puños. Aunque estaba hirviendo por dentro, no podía descuidar su negocio.

—Por supuesto. En ese caso, siéntese, por favor —dijo a la vez que señalaba el sofá mientras ella ocupaba una silla enfrente. Tomó con eficiente rapidez algunos frascos de su muestrario y un frasco aparte de mezclador—. ¿Ha pensado en algún aroma en particular? ¿Qué clase de perfume suele gustarle?

A pesar de sí misma, su visión periférica le hizo sentirse muy consciente de los poderosos y cercanos muslos de Alix.

—No tengo ni idea. Suelen enviarme perfumes todo el rato y suelo elegir el que me atrae más en el momento. Pero no me gusta que sean demasiado intensos.

Leila intuyó que no estaba hablando precisamente de perfumes y estuvo a punto de soltarle que se ahorrara el aliento si lo que pretendía decirle era que no le interesaban los compromisos, porque

ella no tenía ninguna intención de conocerlo mejor.

Tomó un frasco de perfume, lo abrió, introdujo una fina tira en su interior y se lo ofreció.

—¿Qué le parece este, señor Saint Croix?

—Por favor… —murmuró él—. Llámame Alix.

Leila se tensó, negándose a caer en aquel descarado flirteo.

Consciente de su evidente reticencia, Alix tomó la tira de la mano de Leila y no dejó de mirarla mientras la deslizaba varias veces bajo su nariz.

—Me gusta —dijo, pensativamente—. ¿Qué es?

—Una mezcla basada en lavanda, musgo de roble y un derivado de la alubia tonka.

—¿La alubia tonka? —repitió Alix.

Leila asintió mientras sacaba otro frasco.

—Le da un suave toque a madera. Extraemos ingredientes de cualquier cosa para los perfumes.

Concentrada en su trabajo empezó a sentirse más relajada, como si no hubiera una intensa corriente subterránea entre aquel hombre y ella. Lo mejor que podía hacer era ignorarla.

Tras introducir una nueva tira en otro frasco, se la ofreció.

—Pruebe este. Fue creado a finales del siglo XVIII por Houbigant.

—Este es más exótico —dijo Alix tras olfatear la tira.

—Es bastante peculiar. Se extrae de la madera de agar y la gente o lo rechaza o le encanta.

—A mí me gusta. ¿Qué revela eso de mí? —preguntó Alix, casi inocentemente.

—Simplemente que reacciona a una elaboración más compleja del perfume —replicó Leila con toda la indiferencia que pudo—. No resulta sorprendente que un rey se sienta atraído por una muestra tan especial.

—Un rey en el exilio, para ser más precisos —el tono de Alix Saint Croix se volvió más duro al decir aquello—. ¿Supone alguna diferencia?

—No creo —dijo Leila mientras le alcanzaba otra muestra—. A fin de cuentas sigue siendo un rey, ¿no?

Alix hizo un sonido de discrepancia mientras tomaba la nueva tira. Leila se preguntó cuánto tiempo más tendría para seguir con

aquel juego.

Al ver que Alix hacia una mueca de desagrado al oler la nueva tira, tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Qué es eso?

—Se extrae de la flor del narciso.

Los labios de Alix esbozaron una sonrisa.

—¿Debo tomarme como un cumplido no haber empatizado con el narciso?

Leila evitó mirarlo mientras se ponía a recoger sus muestras.

—Si le gusta alguno de los aromas que ha probado puedo prepararle algo.

—Sí me gustan, y me gustaría que me lo entregara personalmente esta tarde.

Leila se levantó con brusquedad y bajó la mirada hacia Alix.

—Aprecio que se haya interesado por mis perfumes, señor Saint Croix, pero me temo que…

Cuando Alix se levantó y se irguió en toda su altura junto a ella, Leila enmudeció.

—¿Me está diciendo de verdad que va a rechazar la oportunidad de preparar un perfume para la casa real de la Isle Saint Croix?

Leila escuchó en su cabeza la voz de su madre preguntándole si se había vuelto loca. ¿Estaba realmente dispuesta a perder aquella gran oportunidad para escapar de la inquietante tensión que le producía aquel hombre? En cuanto se supiera que su perfumería mantenía una relación profesional con un rey, nada menos, sus ventas se dispararían.

—Un solo aroma, Leila, y quiero que me lo traiga personalmente. ¿Qué le parece a la siete? —añadió Alix sin apartar una penetrante e hipnótica mirada de ella.

Leila trató de no mostrar su irritación, pues sabía que apenas tenía espacio para maniobrar. Era posible que Alix Saint Croix le pareciera peligroso en muchos aspectos, pero estaba segura de que no iba a secuestrarla. No necesitaría hacerlo. Y ese era el problema. Temía que sus defensas se desmoronaran si seguía en contacto con él.

Cuando se inclinó para tomar su muestrario, Alix se le adelantó y rodeó con una mano grande y morena el asa.

Cuando Leila se irguió, ruborizada, el extendió una mano hacia

la puerta y alzó una ceja.

—Después de usted.

Una vez fuera de la habitación, y para bochorno de Leila, Alix insistió en acompañarla hasta el vestíbulo, donde todo el mundo se volvió a mirarlos, incluidos sus guardias de seguridad. Alix llamó a uno de ellos y le entregó el muestrario a la vez que le daba instrucciones para que lo llevara a la tienda de Leila. Las protestas de esta cayeron en oídos sordos.

—¿A qué hora quiere que envíe a Ricardo para que la acompañe al hotel? —preguntó Alix antes de que Leila pudiera salir.

Leila se volvió a mirarlo. Estaba a punto de decir que llevaba años cruzando aquella plaza sin tener el más mínimo problema pero, al ver la mirada de Alix, dejó escapar un suspiro de resignación.

—A las siete menos cinco.

Alix hizo una inclinación de cabeza.

—Hasta entonces, Leila.

De vuelta en su suite, Alix permaneció largo rato contemplando la plaza desde sus ventanales. La reticencia de Leila a ceder lo intrigaba. La sensación de anticipación atenazaba su estómago. Aunque sabía que casi con toda probabilidad aquello era un juego para ella, estaba dispuesto a seguirle la corriente porque la deseaba.

Sintió una punzada de culpabilidad al recordar la información que había recopilado su equipo de seguridad sobre ella.

Los Verughese pertenecían a una antigua familia adinerada y respetable de la India dedicada a elaborar exóticos perfumes para los más ricos. En el informe había unas pocas líneas dedicadas a Deepika Verughese, la madre fallecida de Leila. Había ido a Francia tras romper relaciones con su familia y allí había tenido una hija: Leila. No se mencionaba al padre.

En todos los demás aspectos, Leila estaba totalmente limpia.

Al notar una vibración en el bolsillo, sacó su móvil.

—¿Sí?

Era Andrés, su consejero jefe, y Alix agradeció la distracción.

—¿Qué tal van los preparativos para el referéndum?

Faltaban dos semanas para que los ciudadanos de Isle Saint

Croix votaran si querían o no querían que Alix regresara como rey a la isla. Las cosas no estaban lo suficientemente calmadas como para que Alix estuviera en su país, de manera que dependía de los políticos leales que llevaban tiempo haciendo campaña a favor de la restauración de la monarquía. Y, finalmente, la meta estaba a la vista. Pero el equilibrio existente en el país era aún muy precario. El partido que gobernaba la isla era implacable, y el hecho de que sus dirigentes se hubieran visto obligados a aceptar la presencia de observadores extranjeros era lo único que había evitado que todo el proceso se fuera al traste.

—Las encuestas son claramente favorables para nosotros, pero no tanto como para que los militares se preocupen en exceso. Aún se sienten lo suficientemente arrogantes como para creer que controlan la situación.

Alix experimentó un sentimiento agridulce. Cuando recuperara el trono podría vengar por fin la brutal muerte de su hermano.

Andrés carraspeó antes de añadir:

—¿Es cierto que tu relación con Carmen Desanto ha terminado? Sale hoy en los periódicos.

—¿Y? —fue el escueto comentario de Alix.

—No creo que sea el momento más adecuado. Cuanto más ocupado parezcas con asuntos que no estén relacionados con la política, mejor. Eso ofrece al régimen de Isle Saint Croix una falsa sensación de seguridad.

—Por conveniente que haya resultado mi relación con Carmen de cara a todo eso, no estaba dispuesto a seguir soportando por más tiempo su insulsa charlatanería.

La imagen de Leila surgió al instante en la mente de Alix. Seguro que hablar con ella sería mucho más interesante.

Andrés suspiró teatralmente al otro lado de la línea.

—Lo único que pretendo decir es que este sería un momento ideal para que estuvieras a la altura de tu reputación de buen partido entre las bellezas del mundo.

Hasta entonces Alix solo había estado interesado en una conquista personal pero, de pronto, la idea de ir tras Leila Verughese adquirió una nueva dimensión. De hecho, dadas las circunstancias expresadas por Andrés, parecía totalmente justificable.

Una leve sonrisa curvó sus labios.

—No te preocupes, Andrés. Ya se me ocurrirá algo para mantener entretenidos a los sabuesos de la prensa.

Cuando llamaron a la puerta de Alix un minuto después de las siete, este no agradeció la sensación de anticipación que experimentó. No quería reconocer que aquella mujer lo estaba afectando de un modo que no tenía precedente.

Cuando abrió la puerta vio a Leila con una expresión vagamente rebelde en su precioso rostro, flanqueada por Ricardo. Alix hizo un leve gesto con la cabeza y el guardaespaldas se esfumó al instante.

—Pasa, por favor —dijo a la vez que se apartaba de la puerta.

Notó que Leila llevaba el mismo traje pantalón oscuro de aquella mañana y el pelo echado atrás y sujeto en una pequeña cola de caballo. A pesar de que no llevaba maquillaje, los deliciosos rasgos de su rostro sobresalían como si alguien los hubiera pintado con amoroso esmero.

Su piel olivácea, la nariz recta, los labios carnosos y sensuales y aquellos increíbles ojos verdes se combinaban de una manera tan exquisita que Alix tuvo que darse un zarandeo mental mientras la seguía al interior de la suite.

Leila se volvió hacia él y alzó una bolsita con el logo de su perfumería.

—Su perfume, señor Saint Croix.

—Ya te he pedido que me llames Alix, Leila —dijo él con suavidad.

—No creo que sea apropiado. Es un cliente…

—Un cliente que va a pagar una considerable cantidad de dinero por un perfume personalizado —interrumpió Alix.

Leila cerró la boca y un destello de algo parecido al remordimiento iluminó su mirada. Alix contempló fascinado el despliegue de emociones de su rostro. Hacía años que él no revelaba sus emociones a nadie. Y las mujeres con las que solía salir no habrían sido capaces de reconocer una emoción real ni aunque hubiera saltado para morderles el trasero.

Cuando Leila lo miró sintió que se quedaba sin aliento y se hizo intensamente consciente del empuje de sus perfectos pechos contra

la seda de su blusa.

—De acuerdo, Alix.

La forma que adoptaron la lengua y los labios de Leila al pronunciar su nombre produjeron el mismo efecto en Alix que si lo hubiera estado acariciando íntimamente con su boca. La sangre se acumuló al instante entre sus piernas y experimentó una inmediata y poderosa erección.

—Tampoco ha sido tan duro ¿no? —murmuró, y lamentó de inmediato haber elegido precisamente aquel adjetivo. Para evitar que Leila pudiera fijarse en el increíble efecto que le estaba produciendo, alargó la mano para tomar la bolsa que le estaba ofreciendo.

—Siéntate, por favor —dijo a la vez que señalaba el sofá—. ¿Te apetece beber algo?

—No, gracias. En realidad debería volver a…

—¿No quieres saber si me gusta el perfume?

—Oh… sí, claro. Pero también podría enviarme recado.

Alix frunció el ceño y dio un paso hacia ella a la vez que ladeaba la cabeza.

—¿Por qué te pones tan nerviosa cada vez que estás conmigo?

—No estoy nerviosa.

Cuando Alix se acercó un poco más, Leila se ruborizó.

—Mentirosa. Ahora mismo serías capaz de saltar por la ventana para alejarte de mí.

Leila arqueó una de sus elegantes cejas.

—Y supongo que esa es una reacción a la que no estás acostumbrado.

—Lo cierto es que no —dijo Alix en tono desenfadado, y señaló de nuevo el sofá al sentir que la tensión reinante parecía haberse aliviado un poco.

Leila permaneció un momento indecisa, pero finalmente fue a sentarse al sofá.

—¿Estás segura de que no quieres beber nada? —preguntó Alix mientras iba a servirse.

—De acuerdo —dijo Leila—. Tomaré un poco de lo que vayas a tomar tú.

—Voy a tomar *bourbon*.

Leila asintió y se encogió de hombros.

—Nunca lo he probado.

Había algo increíblemente encantador en aquella ingenua admisión. Alix se acercó al sofá con las dos bebidas y ocupó el extremo opuesto, consciente de que Leila saltaría si se acercaba demasiado a ella.

Cuando Leila aceptó el vaso, él alzó el suyo para brindar.

—Salud, Leila.

Leila también alzó el vaso antes de llevárselo a los labios.

Alix observó su reacción, vio que sus ojos se humedecían ligeramente y sus mejillas se acaloraban.

—¿Qué te parece? —preguntó tras tomar un trago de su bourbon.

Leila pensó un momento y luego sonrió.

—Es como fuego… me gusta.

—Sí —dijo Alix, hipnotizado por la boca de Leila—. Es como fuego.

Tras un intenso momento de silencio, Leila dejó su vaso y señaló la pequeña bolsa que había llevado.

—Deberías comprobar si te gusta el aroma que he elaborado.

Alix tomó la bolsa y sacó una cajita dorada con una línea negra por los bordes. En la tapa aparecía escrito sencillamente *Alix Saint Croix*. La abrió y extrajo un precioso frasco de cristal con el tapón negro y la embocadura dorada. Era masculino, sólido.

—Es bastante fuerte —dijo Leila mientras él abría el frasco—. Solo hace falta una pequeñísima cantidad. Pruébalo en el dorso de tu muñeca.

Alix hizo lo que le decía y luego inclinó la cabeza. Pero no estaba listo para el inmediato efecto que ejerció el perfume sobre sus sentidos. El aroma impactó poderosamente en su tripa para luego filtrarse hasta su cerebro, por el que empezaron a pasar de inmediato imágenes, recuerdos. Se vio tiempo atrás en su casa de la isla y pudo aspirar el olor a mar en el aire, y también el de la tierra, y el de las flores exóticas que crecían por todas partes en la isla. Incluso pudo oler alguna especia que le hizo pensar en sus antepasados árabes.

Y tampoco estaba listo para la intensa emoción que experimentó al verse a sí mismo y a su hermano jugando alegremente junto al mar.

—¿Qué lleva? —logró preguntar.

Leila parecía preocupada.

—¿No te gusta?

La palabra «gustar» era demasiado imprecisa para describir el efecto que estaba ejerciendo sobre Alix aquel perfume. Se levantó casi con brusquedad, sintiéndose expuesto, desnudo. ¡Dios! ¿Sería Leila una bruja? Fue hasta la ventana y se mantuvo de espaldas a ella mientras volvía a llevarse el dorso de la muñeca a la nariz.

La conmoción inicial comenzó a amainar mientras el aroma se abría y suavizaba. Aquel aroma era él mismo, era todo lo que se hallaba oculto en su interior, donde nadie podía alcanzar a ver su verdadero yo. Sin embargo, aquella mujer lo había alcanzado con tan solo un par de encuentros.

Capítulo 3

Leila se levantó, sin saber cómo reaccionar. Nunca había visto una reacción tan fuerte ante uno de sus perfumes.

—He investigado un poco sobre la isla para averiguar cuáles eran sus flores autóctonas, y he procurado acercarme a su aroma con los ingredientes que tengo disponibles en la tienda. Si no te gusta…

—Sí me gusta.

La respuesta de Alix fue breve, intensa. Casi parecía enfadado.

—¿Estás seguro? No pareces muy satisfecho.

Alix se volvió y metió las manos en los bolsillos. Su pecho era ancho, poderoso, y podía vislumbrarse la oscuridad de su vello bajo la camisa. Miró atentamente a Leila y agitó la cabeza, como tratando de despejarse.

—Estoy un poco sorprendido —dijo finalmente—. No era esto exactamente lo que esperaba.

—Si es demasiado fuerte puedo…

—No es demasiado fuerte —interrumpió Alix—. No quiero que lo cambies.

En aquel momento llamaron a la puerta de la suite y Leila se sobresaltó. Estaba tan fascinada por la reacción de Alix y por su carisma que casi había olvidado dónde estaba.

—Es la cena —explicó Alix—. Me he tomado la libertad de pedir para dos, por si quieres compartirla conmigo.

Leila se limitó a mirarlo y volvió a sentir el impulso de salir corriendo… pero acompañado de otro aún más fuerte de quedarse. Sentía una especie de rebeldía interior, aunque no sabía exactamente contra qué.

Pero no debía olvidar que aquel hombre acababa de convertirse

en su cliente, un cliente que podía solucionarle el negocio de un mes. Debía ser amable. «Ja», dijo una insidiosa voz interior. «No hay nada amable en lo que sientes estando con él».

—Solo si no supone una imposición por mi parte —dijo con toda la calma que pudo.

—No supone ninguna imposición —replicó Alix mientras acudía a abrir la puerta para dar paso a dos sonrientes camareros que entraron empujando dos mesitas rodantes.

Alix les indicó una habitación que daba al amplio vestíbulo de la suite. Unos minutos después, cuando los camareros se marcharon, Alix invitó a Leila a acudir al comedor, que estaba tan suntuosamente decorado como el resto de la suite.

Tras apartar una silla para Leila, ocupó la que estaba enfrente. Mirando la mesa, Leila pensó que había suficiente comida para un pequeño ejército.

—No sabía si eras vegetariana, de manera que he pedido una variedad de cosas —explicó Alix al ver su expresión.

—Lo cierto es que soy vegetariana, sobre todo por influencia de mi madre. Pero a veces como pescado.

Alix le sirvió un plato variado, una mezcla de entrantes que incluían unas bolas de arroz con especias. El olor hizo que Leila sintiera que la boca se le hacía agua.

Tras dejar el plato ante ella, Alix abrió una botella de vino blanco. Cuando fue a servirlo, Leila alzó una mano. No estaba acostumbrada a beber y ya había tenido suficiente con el bourbon.

—Prefiero agua, gracias.

Mientras se servía un poco de vino, Alix preguntó en tono desenfadado.

—¿De dónde son tus padres?

Leila se tensó inevitablemente cuando la imprecisa imagen de su padre surgió en su mente. Tan solo lo había visto en algunas fotos de un periódico.

—Crecí en una familia monoparental con mi madre. Era de la India.

—¿Era?

—Murió hace unos años.

—Lo siento. Imagino que, siendo solo vosotras dos, supuso un duro golpe para ti.

—Fue muy duro —contestó Leila antes de probar un bocado. La explosión de sabores que experimentó con el arroz fue toda una sorpresa.

Alix sonrió al ver su reacción.

—Tengo aquí a mi chef personal. Es de Saint Croix y le gusta la cocina local, que es una mezcla de cocina mediterránea y norteafricana.

Aliviada por el hecho de que la conversación se hubiera alejado del terreno personal, Leila le devolvió la sonrisa.

—Nunca había probado nada parecido —admitió.

—¿Naciste aquí?

—Sí. Mi madre vino aquí desde la India cuando se quedó embarazada. Mi padre era francés.

—¿Era?

Leila se arrepintió de inmediato de haber dicho aquello. Pero su madre ya no estaba viva, de manera que no había motivo para seguir manteniendo aquel secreto.

—Murió hace mucho. Nunca lo conocí.

Afortunadamente, Alix no hizo ningún comentario. Se limitó a mirarla pensativamente mientras seguían comiendo en silencio. Leila se esforzó por no pensar en dónde estaba y con quién.

Cuando iba por la mitad de su plato miró a Alix. Estaba apoyado contra el respaldo de su silla, con el vaso de vino en la mano, mirándola.

—Espero no haberte hecho perder muchos clientes hoy por haber ocupado tanto tu tiempo.

Alix no pareció en lo más mínimo arrepentido al decir aquello, y Leila no pudo contener una sonrisa.

—No, al contrario. La recesión ha afectado mucho a los negocios como el mío. Soy dueña de la perfumería desde que mi madre murió.

—Eso está bien, pero siempre podrías vender tu negocio si las cosas van mal. Supongo que no necesitarás que te diga lo que pueden llegar a valer ese local y ese apartamento en esta zona de París.

—No pienso venderlos nunca —dijo Leila en voz baja, aunque con firmeza. El piso y la tienda eran el legado de su madre, y para ella suponían un auténtico refugio, un remanso de paz, de seguridad

—. Ahora debería irme. Gracias por la cena. No tendrías por qué haberte molestado.

Vio que un músculo se tensaba en la mandíbula de Alix y casi esperó, o deseó, que le pidiera que se quedara.

Pero Alix se limitó a levantarse y a decir.

—Gracias por haberla compartido conmigo.

Para desconcierto de Leila, Alix no trató de retenerla con ofertas de té o café. Se limitó a tomar su bolso para entregárselo cuando estuvieron en el vestíbulo.

—Gracias.

Cuando Alix hizo una leve inclinación hacia ella, Leila volvió a sentirse impresionada por su belleza y su poderosa masculinidad.

—Por cierto, tengo entradas para la ópera para mañana por la tarde —dijo Alix—. Me pregunto si te gustaría venir conmigo.

Leila no se fio ni por un momento de su inocente expresión, como si aquello acabara de ocurrírsele. Debía tener cuidado, porque era evidente que estaba tratando con un maestro de las maniobras.

Aquel no era el primer hombre que la invitaba a salir, desde luego, pero la petición de Alix fue como un golpe en pleno plexo solar. El recuerdo de sus desastrosas citas anteriores se irguió como un malévolo espectro en su memoria, aunque lo cierto era que aquel hombre eclipsaba por completo a Pierre Gascón.

—Lo… lo cierto es que… no creo que sea buena idea —dijo a la vez que una vocecita interior la llamaba cobarde.

—¿Y eso por qué? Tú estás soltera, yo estoy soltero. Somos dos adultos independientes y lo único que te estoy proponiendo es pasar una agradable tarde juntos.

Leila sintió que estaba perdiendo el poco aplomo que le quedaba.

—Yo… no pertenezco exactamente a su entorno, señor Saint Croix.

—Alix —murmuró este mientras se acercaba a ella—. Llámame Alix.

Atrapada por el destello gris de los increíbles ojos de aquel hombre, Leila tragó saliva.

—Alix…

—Eso está mejor. Y ahora ¿te importa decirme otra vez por qué no te parece buena idea ir a la ópera conmigo?

Sintiéndose arrinconada, y tan enfadada consigo misma como con Alix por su insistencia, Leila hizo un gesto con la mano.

—Yo soy dueña de una pequeña tienda y tú eres un rey. No se puede decir que pertenezcamos al mismo círculo.

—Eres perfumista, ¿no? Una profesión muy encomiable.

—Para ser perfumista hay que poder dedicarse a hacer perfumes —contestó Leila sin poder evitar un toque de amargura en su tono.

—Algo a lo que sin duda volverás a dedicarte cuando tu negocio recupere el equilibrio.

El tranquilo pero firme apoyo de Alix hizo que algo destellara en el pecho de Leila, que reprimió de inmediato la sensación. Aquel hombre era capaz de conquistar al diablo.

—¿No tienes cosas más importantes que hacer?

—No en estos momentos.

El testarudo empeño de Leila en no acceder a sus deseos estaba teniendo un extraño efecto sobre Alix. Podría haberse pasado horas con ella viendo cómo variaban las expresiones de su rostro y cómo brillaban sus preciosos ojos.

—¿No sabes que simular desinterés es la mejor manera de conseguir el interés de un hombre?

En aquella ocasión, el rubor de Leila se debió a la indignación.

—No estoy simulando ningún desinterés. Estoy realmente desconcertada por tu insistencia, y la verdad es que preferiría que me dejaras tranquila.

—¿De verdad, Leila? Podría dejar que te fueras ahora mismo de esta suite y no volverías a verme nunca más —tras una significativa pausa, Alix añadió—: ¿Es eso lo que quieres realmente? Porque yo no lo creo.

Leila comprendió que Alix había captado su decepción. Nunca se le había dado bien ocultar sus emociones. Y tampoco había sentido nunca una necesidad tan ardiente e intensa de romper las barreras que la contenían. No había sentido nunca nada parecido con Pierre, un hombre mucho más sutil… y manipulador. Alix era directo, y había algo absurdamente reconfortante en ello. No disfrazaba sus palabras con ilusiones.

De pronto se sintió como si estuviera bordeando una gran hoguera que la hipnotizaba tanto como le hacía temer su calor. Tras su experiencia con Pierre se había cerrado en banda, decepcionada

consigo misma por haber cometido un error de juicio tan grande. Pero en aquellos momentos podía sentir una parte de sí misma expandiéndose de nuevo, exigiendo ser escuchada, buscando una nueva oportunidad de liberarse.

Nunca había estado en la ópera. La invitación más excitante que le había hecho Pierre había sido un paseo en barco por el Sena, algo que había hecho muchas veces con su madre.

—¿Se trata solo de ir a la ópera? —se oyó preguntar finalmente.

Alix se esforzó por no revelar la sensación de triunfo que experimentó al escuchar aquello.

—Sí, Leila. Tan solo se trata de una invitación a la ópera. Si mañana puedes cerrar un poco antes, pasaré a recogerte a las cinco.

Leila respiró profundamente y trató de no permitir que aquel momento le pareciera más importante de lo debido.

—Muy bien. Acepto tu invitación.

Alix la tomó de la mano y se la llevó a los labios para besarla con delicadeza. Ella sintió que su aliento le quemaba la piel.

—Estoy deseando que llegue mañana, Leila. *A bientôt.*

Hacia las tres de la tarde del día siguiente Leila se encontraba atendiendo a más clientes de lo habitual, y le llevó unos segundos reconocer al hombre fornido que acababa de entrar en la tienda. Cuando reconoció a Ricardo, el guardaespaldas de Alix, se fijó en que sostenía una gran caja blanca en sus manos.

Cuando se acercó a él, Ricardo le ofreció la caja.

—Un regalo del señor Saint Croix.

Leila tomó la caja con cautela y volvió la mirada hacia los demás clientes, que estaban probando las muestras que les había ofrecido. Luego miró de nuevo a Ricardo.

—¿Puede esperar un momento, por favor?

El guardaespaldas asintió y Leila fue al pequeño almacén que había tras la tienda para abrir la caja, sospechando ya lo que contenía. Bajo varias capas de papel captó un desello de seda y unos instantes después sacaba de la caja el vestido más bonito que había visto en su vida.

Era de un verde pálido, con un solo tirante en el hombro y un corpiño plisado. La falda caía hasta el suelo desde el busto en

delicadas capas de chifón. La caja incluía unos zapatos a juego e incluso un conjunto de ropa interior, también a juego. El rostro le ardió mientras la contemplaba. Y le ardió aún más al comprender que Alix no había tenido la más mínima dificultad en tomar sus medidas a ojo.

Sintió la tentación de cruzar directamente la plaza para decirle que se olvidara de la cita y de ella, pero contuvo su genio. Así era como Alix debía comportarse con todas las mujeres. Por lo visto, su arrogancia le había llevado a creer que ella era una más.

—¿Qué quieres decir con que no lo ha aceptado?

Ricardo parecía especialmente incómodo y trasladó su considerable peso de un pie a otro antes de decir en voz baja:

—Ha dejado una nota en la caja.

Alix asintió secamente.

—Gracias, Ricardo. Eso es todo —dijo, esforzándose por refrenar su irritación.

Estaba manteniendo una reunión en su suite cuando se había presentado Ricardo, y los hombres que había alrededor de la mesa empezaron a moverse un poco, anticipando un descanso en la intensa sesión de trabajo que estaban teniendo con Alix.

Efectivamente, Alix les pidió que salieran. En cuanto se quedó a solas, abrió la caja y vio la nota que había dejado Leila.

Gracias, pero puedo vestirme sola.
Leila.

Alix no pudo evitar que su boca se curvara en una sonrisa. ¿Le había devuelto alguna mujer alguna vez un regalo? No que él recordara.

Se acercó a una de las ventanas que daba a la plaza. Durante una larga época de su vida, desde su dramática huida de Isle Saint Croix, se había sentido como un animal enjaulado, obligado a simular que no estaba comprometido en una dura batalla para recuperar su trono. La perspectiva de volver a su isla, con el salado olor a mar que impregnaba su aire… A veces, el anhelo que sentía por regresar resultaba insoportable.

Suspiró mientras deslizaba la mirada hacia la perfumería y se fijaba en la sombra que se movía de un lado a otro en su interior. El animal enjaulado que llevaba dentro se volvió aún más inquieto. No iba a resultar una tarea precisamente desagradable perseguir a la señorita Verughese y dejar creer a la gente que aquello era lo único que se traía entre manos.

Leila se miró en el espejo y experimentó un repentino ataque de nervios. ¿Habría cometido un error realmente estúpido devolviéndole el regalo a Alix? No había ido nunca a la ópera. Ni siquiera sabía con exactitud cuál era la etiqueta, excepto que tenía que ir elegante.

Al percibir el aroma del perfume que se había puesto, tuvo que contener el impulso de salir corriendo para lavarse y quitárselo. No era su perfume habitual, que tenía un toque más floral. El que se había puesto, una de las creaciones más sensuales de su madre, siempre le había fascinado y, al verlo en una estantería justo antes de subir a su apartamento, había tomado el frasco sin pensárselo dos veces.

Se llamaba *Dark Desiring.* En cuanto lo había rociado en su muñeca las palabras de su madre habían resonado en su mente. «Este perfume es para una mujer, Leila. La clase de mujer que sabe lo que quiere y lo consigue. Tú serás esa mujer algún día; no serás una tonta como tu madre».

El timbre de la puerta sonó en aquel momento y, a pesar de las dudas que le habían entrado sobre si debía llevarlo, ya era demasiado tarde como para librarse de él.

Bajó las escaleras con el corazón palpitándole en el pecho. Apartó de su mente el recuerdo de otro hombre al que había permitido acercarse demasiado. Pero había aprendido la lección. Ya no era ninguna tonta, y quería encontrar algo diferente a la experiencia que había tenido su madre, aunque sospechaba que Alix Saint Croix era el último hombre que podría ofrecérselo. De manera que no podría haber estado más a salvo que con él.

Respiró profundamente antes de abrir. Fuera casi había oscurecido y Alix bloqueaba la poca luz que había con sus anchos

hombros. Vestía un esmoquin clásico bajo su abrigo. Leila sintió que se le secaba la boca.

—Estás preciosa —dijo Alix con evidente admiración.

Leila hizo un esfuerzo por salir de su embobamiento y lo miró a los ojos. Los nervios volvieron a atenazarla mientras bajaba una tímida mirada hacia su propia vestimenta.

—No estaba segura… Espero que resulte apropiado.

—Es deslumbrante. Pareces una princesa.

Leila se ruborizó y se ocupó en cerrar la puerta para liberarse del escrutinio de Alix.

El vestido que había elegido era un *salwar kameei* indio tradicional con un toque moderno. La túnica estaba confeccionada con seda verde y dorada, con unos ceñidos pantalones de la misma tela. Calzaba unas sandalias doradas que compró un día en un arrebato pero que no se había puesto nunca. Sobre los hombros llevaba una larga gasa suelta y se había sujetado el pelo en un moño alto. En las orejas llevaba unos aros dorados que habían pertenecido a su madre.

El conductor del coche que aguardaba fuera sostenía la puerta abierta y Leila se metió en el lujoso interior mientras Alix lo hacía por el otro lado. Cuando el coche se puso en marcha, Alix la tomó de la mano y ella lo miró.

—Estás maravillosa. Ninguna mujer podrá competir contigo.

Leila sonrió, sin poder evitar disfrutar más de lo debido del contacto de la mano de Alix envolviendo la suya.

—Se van a volver locas de celos —añadió Alix.

Leila hizo un sonido de discrepancia y tiró de su mano, pero Alix la sujetó con más fuerza, le hizo volver la muñeca, frunció el ceño ligeramente y se inclinó a oler. El corazón de Leila palpitó con más fuerza.

—Este no es tu perfume habitual ¿no? —dijo él tras erguirse.

Leila maldijo en silencio su impulsividad mientras retiraba la mano.

—No. Este es un aroma más adecuado para las tardes.

—Me gusta.

Leila también pudo oler el perfume de Alix, y sintió que se fusionaba con el suyo para envolverlos en un halo invisible. Aquello le hizo sentirse intensamente consciente de la cercanía de sus

cuerpos.

Cuando volvió la mirada hacia la ventanilla vio con sorpresa que el coche no tomaba la dirección del palacio de la Ópera de París. Se volvió hacia Alix con el ceño fruncido.

—¿No íbamos a la ópera?

—Vamos a la ópera.

—Pero parece que estamos saliendo de París.

—Dije que íbamos a la ópera, pero no dije dónde.

—No me gustan las sorpresas —dijo Leila, casi asustada—Dime adónde vamos, por favor.

Alix entrecerró los ojos y Leila tuvo que reprimir el impulso de abalanzarse sobre él por asumir que era una de sus «muñequitas», siempre dispuestas a dejarse llevar adonde él quisiera.

—Vamos a Venecia.

—¡¿Venecia?! —chilló Leila—Pero no tengo mi pasaporte. ¿Cómo…?

Alix volvió a tomarla de la mano y le habló como si fuera una yegua nerviosa.

—No necesitas tu pasaporte. Tengo inmunidad diplomática y tú estás conmigo. El vuelo solo nos llevará una hora y prometo que estarás de vuelta en tu casa a medianoche.

—¿Vuelo? —repitió Leila.

Alix asintió con cautela, como temiendo otra explosión.

—Nunca he subido a un avión —admitió Leila a regañadientes, como si Alix fuera a sentirse tan molesto por su falta de sofisticación como para devolverla de inmediato a su casa.

Pero Alix se limitó a fruncir un poco el entrecejo.

—Pero… ¿cómo es posible?

Leila se encogió de hombros.

—Mi madre y yo no viajábamos mucho. Aparte de recorrer Francia, en una ocasión fui a Inglaterra con mi madre, pero utilizamos el túnel. A mi madre le horrorizaba volar.

—¿Entonces? ¿Quieres que te lleve de vuelta a casa o quieres hacer tu primer viaje en avión? Podemos dar la vuelta ahora mismo si quieres.

Leila pensó que aquello era como preguntarle si quería que su vida siguiera hacia delante o hacia atrás. Alix le estaba frotando con el pulgar la muñeca. El calor era cada vez más intenso donde la

estaba tocando.

Finalmente negó con la cabeza.

—Prefiero volar contigo.

Alix se llevó su mano a los labios y la besó con ligereza antes de decir:

—En ese caso, volemos.

Era posible que Leila no fuera ni la mitad de sofisticada que las mujeres con las que estaba acostumbrado a salir Alix, pero incluso ella sabía que estaban hablando de algo completamente distinto. Como para demostrarlo, Alix se acercó más a ella y se inclinó para besarla en los labios.

Leila ya había sido besada antes… por Pierre. Pero su beso fue insistente, invasivo, demasiado húmedo, falto de delicadeza. Sin embargo, aquel…

Leila perdió la capacidad de pensar racionalmente cuando sus labios se entreabrieron por voluntad propia bajo los de Alix y sintió el primer y electrizante contacto de su lengua.

Estaba perdida.

Capítulo 4

Lo único que impidió a Alix entrar en órbita al sentir los deliciosos labios de Leila bajo los suyos, fue la mano que había pasado en torno a su cintura. Se excitó al instante. Nunca había saboreado algo tan dulce.

Al sentir como se agitaba la respiración de Leila la atrajo hacia sí para notar sus pechos contra el suyo. En aquel momento no habría sido capaz de recordar ni su propio nombre. Lo único que quería era sentarla en su regazo para que supiera la intensidad de su deseo.

Pero, de pronto, Leila se echó hacia atrás y lo empujó con ambas manos contra el pecho.

—Por favor… no vuelvas a hacer eso.

Alix no sabía qué terreno estaba pisando. Aquella era otra primicia. No estaba acostumbrado a que las mujeres lo apartaran a empujones. Y sabía con certeza que Leila había estado disfrutando del beso. Había sentido como se derretía contra él como la cera bajo el fuego.

Tuvo que hacer acopio del poco control que le quedaba para apartarse y dejar un espacio entre ellos. Leila tenía las mejillas sonrojadas y respiraba agitadamente mientras evitaba mirarlo. Tenía los labios sonrosados y húmedos. Aquello le hizo pensar en otras partes que probablemente también tendría húmedas. Se maldijo a sí mismo en silencio. ¿Dónde estaba su delicadeza?

Alargó una mano hacia ella y vio cómo se tensaba de inmediato. De todos modos, la tomó por la barbilla para que tuviera que mirarlo. Sus ojos parecían más grandes y cautelosos que nunca.

—¿Has tenido una mala experiencia con un amante anterior?

Leila apartó la mano de Alix de su barbilla.

—Eso no es asunto tuyo.

Alix estuvo a punto de replicar, pero ya estaban entrando en el aeropuerto y los miembros de su cuerpo de seguridad se acercaban al coche.

En cuanto el vehículo se detuvo, bajó y lo rodeó para abrir la puerta de Leila. Cuando esta salió, la tomó de la mano, algo que solía evitar hacer en público a toda costa, y la condujo al avión, un pequeño *jet* privado que utilizaba para sus viajes por Europa. En aquel momento comprendió hasta qué punto solía dar las cosas por sentadas. Leila no había volado nunca antes.

Se detuvo y se volvió hacia ella.

—¿Te asusta la idea de volar?

Leila miró primero el avión y luego a él con evidente cautela.

—Parece un poco pequeño…

—Te prometo que es un avión muy seguro.

Una vez en el interior Alix ocupó un asiento frente a Leila para poder mirarla. Cuando el avión se puso en marcha y fue tomando velocidad para despegar, contempló atentamente su expresión.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Creo que sí —dijo Leila con una sonrisa temblorosa a la vez que apoyaba una mano en su estómago como para calmarlo.

Alix se sintió hechizado por su reacción. Su expresión fue casi fervorosa mientras el avión despegaba y la pista iba quedando atrás. Sus manos se relajaron poco a poco mientras el avión alcanzaba su altura de vuelo y su expresión se iluminó cuando miró por la ventanilla y se hizo consciente de que estaban volando directamente sobre París.

Leila se sentía como si estuviera en un sueño. La belleza de la visión de la ciudad desde las alturas, con todas sus luces de diferentes colores, estuvo a punto de hacerle llorar. La impresión fue suficiente para hacerle olvidar por un momento el asombroso beso de Alix, lo mucho que le había costado apartarse de él.

Lo que le había hecho recuperar el sentido había sido comprender que estaba siendo besada por un experto que ya había hecho lo mismo con montones de mujeres mucho más bellas que ella.

—¿Por qué odiaba tanto volar tu madre?

Leila trató de serenarse antes de mirar a Alix. A pesar de ello,

solo hizo falta una rápida mirada a su dura y sensual boca para que el recuerdo del beso volviera a adueñarse de su mente.

—Mi madre voló una sola vez en su vida, cuando vino a Francia desde la India. Fue un viaje muy traumático para ella. Embarazada y soltera, había sido repudiada por su familia y además sufría de intensas náuseas matutinas. Después siempre asoció los vuelos con ese trauma, y no quiso volver a volar nunca.

—¿No sientes curiosidad por tus orígenes indios y tu familia?

Era una pregunta inofensiva, pero que hizo que Leila experimentara un arraigado resentimiento. La familia de su madre jamás había tratado de ponerse en contacto con ellas.

—La familia de mi madre cortó toda relación con nosotros. Pero puede que algún día viaje a India a conocer el país de mis antepasados.

A continuación volvió a mirar por la ventanilla con la esperanza de que Alix dejara de hacerle preguntas personales, pero no fue así.

—¿Por qué te has apartado cuando te estaba besando, Leila? —preguntó Alix con suavidad—. Sé que en realidad no querías que parara.

Leila se quedó paralizada. No esperaba que Alix se hubiera dado cuenta de aquello. Era cierto que no había querido que el beso terminara; nunca antes había experimentado un placer tan exquisito. Y sabía que si Alix volvía a besarla sería incapaz de volver a apartarse. Su instinto de supervivencia le hizo comprender que debía conseguir rechazarlo de algún modo.

—Antes me has preguntado si había tenido una mala experiencia con algún amante…

—Y tú me has dicho que no era asunto mío —replicó Alix.

—Y no lo es —reiteró Leila—. Pero sí, tuve un encuentro negativo con alguien y no tengo ningún deseo de repetir la experiencia.

Alix asintió lentamente.

—Siento que tuvieras una mala experiencia, pero no puedes culpar a todos los hombres por ello.

—Lo cierto es que, debido a sus experiencias, mi madre fue excesivamente protectora conmigo. La verdad es que no soy tan experimentada como podrías…

—¿Desea Su Majestad que sirvamos la cena?

Ambos se volvieron a mirar a la azafata que les estaba ofreciendo el menú. Leila sintió un intenso alivio. Aquella oportuna interrupción había evitado que revelara la ignominiosa verdad de hasta qué punto carecía de experiencia con los hombres.

Supuso que Alix no se habría creído ni por un momento que aún era virgen. Afortunadamente, cuando volvieron a quedarse a solas, Alix no pareció interesado en seguir con el tema. Tras dedicar una enigmática mirada a Leila, se centró en el menú.

—Te recomiendo el *risotto* —dijo—. Es un plato vegetariano.

—Me parece buena idea —replicó Leila con una sonrisa.

Poco después, un asistente acudió a tomar nota de lo que querían comer y regresó enseguida con una botella de champán y dos copas. Tras servir el champán, Alix alzó la suya.

—Por las nuevas experiencias, Leila.

Leila trató de no mostrar la sensación de vergüenza que experimentó. Alix no había seguido con el tema porque había adivinado su secreto. Alzó su copa, pero no dijo nada. Tenía la sensación de que aquello no iba a bastar para que Alix se desanimara.

—¿Por qué nos mira todo el mundo? —preguntó Leila, incrédula, ajena al hecho de que ella era la causa de tanta atención en el *palazzo* del Gran Canal veneciano en el que se estaba representando la ópera.

En aquellos momentos estaban en el descanso y se hallaban sentados en una zona privada, aunque visible, que se encontraba a la derecha del escenario.

Alix sonrió.

—No «nos» están mirando. Te están mirando a ti.

Leila se ruborizó.

—Supongo que se debe a la ropa. Debería…

—La ropa tiene su importancia, pero te miran porque eres la mujer más bella y con más clase que hay en el teatro.

El rubor de Leila se intensificó, lo que tuvo un efecto inmediato sobre la libido de Alix.

—Estoy segura de que no se debe a eso. Nunca había visto tanta gente elegante junta ni había estado en un lugar como este. Gracias,

Alix. Esta velada está siendo mágica.

—¿Te alegras de haber superado tu reticencia a salir conmigo?

—Sí, me alegro… pero que no se te suba a la cabeza —añadió Leila con una deliciosa sonrisa.

Mientras se apagaban las luces para el inicio de la segunda parte, Alix se preguntó si estaría perdiendo el juicio y si sería capaz de controlarse para no tomarla como un animal salvaje en alguno de los oscuros rincones del teatro.

Cuando terminó la ópera, Alix llevó a Leila hasta un pequeño restaurante italiano en el que fue recibido como un viejo amigo por sus dueños. Comieron una selección de aperitivos con vino y, para sorpresa de Leila, la conversación fluyó entre ellos como si se conocieran de toda la vida.

Algo había sucedido cuando había aceptado aquella cita, o en el avión, o, tal vez, cuando había elegido utilizar aquel perfume…

Había traspasado un límite. Irrevocablemente. Se sentía como si fuera otra persona, como si se hubiese liberado de una especie de grilletes que la sujetaban al pasado. Estaba un poco bebida y era consciente de ello, pero nunca se había sentido tan ligera, tan… efervescente. Tan abierta a nuevas posibilidades y experiencias.

No era tan ingenua como para creer que aquello pudiera ser algo más que meramente pasajero, especialmente con un hombre como Alix. Pero eso estaba bien, porque en realidad suponía una forma de protección. Prácticamente llevaba grabado en la frente el signo de *¡Cuidado! ¡Peligro!*

Debió reírse sin darse cuenta, porque Alix preguntó con ironía:

—¿He dicho algo divertido?

Leila lo miró y negó con la cabeza, repentinamente sobria. Alix era increíblemente guapo y atractivo, y sus rasgados ojos grises contenían una ardiente promesa que ella solo podía imaginar.

Con una diabólica mezcla de desesperación y anticipación, reconoció que quería lo que le estaba ofreciendo. Quería perderse en su promesa, saber cómo era. Quería saborear lo prohibido. No quería regresar a su pequeño apartamento en París siendo la misma persona. Quería que la vida fuera algo que le pasara a ella, no solo a otros.

Sin pensárselo dos veces, se inclinó hacia Alix.

—¿Tenemos que volver a París esta noche?

—¿Qué estás sugiriendo?

Sintiéndose audaz por primera vez en su vida, Leila contestó:

—Estoy sugiriendo que no volvamos a París. Que nos quedemos aquí… en Venecia.

Alix ladeó la cabeza.

—Creo que estás un poco bebida, señorita Verughese.

—Tal vez —asintió Leila con voz ronca—. Pero sé lo que estoy diciendo.

Alix la miró atentamente.

—¿Lo sabes? —preguntó.

Leila experimentó un momentáneo escalofrío. Tal vez se estuviera equivocado. Tal vez Alix solo estaba jugando con ella mientras esperaba que apareciera una candidata más adecuada. O era posible que la idea de llevarse a la cama a una virgen no fuera atractiva para un hombre de su sofisticada experiencia.

Apartó la mirada para tomar su bolso y levantarse.

—Olvida lo que he dicho. Estoy segura de que tendrás compromisos…

Alix la interrumpió tomándola de la mano. La mirada que le dedicó fue especialmente intensa.

—¿Estás diciendo que quieres quedarte en Venecia para compartir mi cama, Leila?

A Leila no le gustó aquella forma de expresarlo, pero alzó la barbilla y dijo:

—Si no estás interesado…

—Claro que estoy interesado. Solo quiero asegurarme de que mañana por la mañana no te arrepientas y le eches la culpa al vino.

—Soy consciente de lo que quiero… aunque solo sea por una noche.

Alix entrelazó los dedos de su mano con los de ella.

—No será solo una noche, Leila. Eso puedo garantizártelo.

Leila se estremeció ligeramente mientras Alix alzaba una mano para llamar al camarero.

Durante el trayecto de vuelta, intensamente consciente de la cercanía de Alix, no podía creer lo lanzada que había sido, aunque no se arrepentía de ello. Aquel hombre había hecho aflorar una

parte profundamente enterrada en su interior que quería explorar. Le daba igual que Alix Saint Croix fuera famoso, rico, y que perteneciera a la realeza. Estaba interesado en él como hombre.

Mientras el barco avanzaba por el canal se dijo que estaba entrando en aquello con los ojos bien abiertos, sin ilusiones románticas. Pierre se ocupó de ello cuando le permitió conquistarla, algo que sucedió tras la muerte de su madre, cuando más vulnerable se sentía. Pero ya no era vulnerable, y no tenía intención de encerrarse como una monja el resto de su vida.

Cuando el barco se detuvo junto al muelle, Alix la tomó en brazos para bajarla de la bamboleante embarcación y luego la dejó cuidadosamente en el suelo. Leila se quedó momentáneamente sin aliento al sentir que su vientre rozaba con una parte especialmente dura del cuerpo de Alix. Su pulso se aceleró y sintió cómo se humedecía entre las piernas.

Luego Alix se volvió y la tomó de la mano para conducirla hacia la suntuosa entrada de lo que parecía un antiguo palacio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Leila mientras entraban.

—En la casa de un amigo que está de viaje.

—Oh…

Una mujer pequeña y vestida de negro se acercó a ellos y Alix intercambió algunas palabras en fluido italiano. Mientras, Leila miró a su alrededor y se fijó en la magnificencia del vestíbulo de la casa. El suelo era de mármol y unas enormes columnas de piedra se elevaban hasta un techo cubierto de antiguos frescos.

Unos instantes después seguían a la mujer por un pasillo. Se detuvo al final de este ante unas puertas dobles que abrió de par en par antes de apartarse para dejarlos pasar.

Leila contempló boquiabierta la suite más suntuosa que había visto en su vida. Soltó su mano de la de Alix para acercarse a unas puertas correderas abiertas que llevaban a un balcón de piedra que daba a un pequeño canal.

Al oír que se cerraba la puerta de la habitación a sus espaldas se volvió y vio a Alix de pie en el centro, con una mano extendida hacia ella. Leila avanzó en silencio tras quitarse las sandalias de dos pequeñas patadas. Cuando se detuvo ante él, Alix le retiró el chal y a continuación le soltó la horquilla que le sujetaba el pelo, que cayó en torno a sus hombros como una pesada cortina de seda.

—Quise hacer esto desde el primer momento en que te vi —dijo.

Sintiéndose repentinamente vulnerable, Leila espetó:

—¿Es cierto que aquella noche no te acostaste con esa mujer después de echar las cortinas?

Alix la miró atentamente con sus hipnóticos ojos grises.

—No, no me acosté con Carmen esa noche. No te mentiría sobre algo así, Leila.

Leila lo creyó, pero no pudo eliminar por completo la sospecha de que Alix le habría dicho lo que quería oír para poder llevársela a la cama. Aunque tampoco le habría hecho falta decir nada… ¡porque ella prácticamente se lo había rogado!

Alejó casi con furia el creciente clamor de voces de advertencia de su mente y se puso de puntillas para acercar sus labios a los de Alix.

—Llévame a la cama, Alix —susurró.

Capítulo 5

Contra las apagadas luces de la opulenta suite, Alix parecía centímetro a centímetro el poderoso hombre que era. Casi parecía ocupar todo el espacio, y un repentino revoloteo de temor atenazó el estómago de Leila. ¿De verdad iba a ser capaz de manejar a un hombre como aquel?

Entonces él la tomó de la mano y la condujo a la otra habitación. Al dormitorio.

El centro estaba dominado por una gran cama con dosel rodeada de gruesas cortinas de terciopelo sujetas por aros decorativos.

Cuando Alix se detuvo y se volvió hacia ella, Leila deseó tener el valor necesario para alargar la mano y tocarlo, pero no lo hizo. La audacia que la había llevado hasta allí parecía haberla abandonado ante la realidad a la que se enfrentaba.

Alix la tomó por la barbilla para hacer que lo mirara.

—Nos lo tomaremos con calma —murmuró.

Leila tragó con esfuerzo. Al parecer, su falta de experiencia no suponía ningún problema para Alix, cuyos ojos parecían arder.

Leila sintió que algo se derretía en su interior mientras él la contemplaba. La atrajo hacia sí hasta que sus pechos se encontraron. Los pezones de Leila se excitaron al instante. Alix llevó ambas manos hasta su mandíbula y acarició su delicada estructura antes de hacerle inclinar la cabeza para besarla.

Leila dejó escapar un suave gemido en el fondo de su garganta. Alix exploró con la lengua el borde de sus labios hasta que los entreabrió y un instante después la estaba acariciando íntimamente con la lengua. Leila se aferró a su camisa como si fuera un salvavidas.

Cuando, tras un prolongado momento, Alix se apartó, Leila

sintió que estaba a punto de desmayarse. Jamás había imaginado que podría llegar a sentirse así tras recibir un beso.

Alix comenzó a desabrocharle los botones delanteros de la túnica y Leila vio casi en trance cómo la abría para dejar expuesto el sujetador de encaje que llevaba debajo.

—Eres tan bonita… —susurró Alix al ver sus voluptuosos pechos, con los que Leila nunca se había sentido cómoda.

Alix alzó una mano para tomar uno de ellos y palpar su tamaño, su firmeza. La sensación que experimentó Leila fue tan placentera que no se atrevió a mirarlo a la cara mientras notaba que su pezón quería escapar del confinamiento del sujetador. Quería algo, pero no estaba segura de qué. Quería más.

Alix se inclinó de nuevo hacia ella y, mientras la besaba, tiró hacia debajo de la copa de seda del sujetador y tomó su pecho desnudo en la mano mientras atrapaba el pezón entre el pulgar y el índice y lo oprimía con suavidad.

El beso fue más duro e intenso que el anterior, pero Leila lo recibió con más confianza y sorbió su lengua profundamente. Sin apartar sus labios de los de ella, Alix terminó de quitarle el sujetador y abrió por completo la túnica que la cubría.

Cuando, finalmente, se apartó, respiraba pesadamente y sus ojos brillaban como mercurio.

Había algo casi salvaje en su expresión, y Leila volvió a experimentar una mezcla de terror y excitación cuando tiró de ella y se sentó en el borde de la cama.

Los pechos de Leila quedaron expuestos a la altura del rostro de Alix, enmarcados por los lados de la túnica. Debería haberse sentido tímida, pero no fue así. Alix posó su mirada en ellos, tomó uno en su mano y se acercó para tomarlo en su boca y juguetear con el pezón con su lengua antes se succionarlo.

Leila temió morir allí mismo. Nunca había experimentado nada tan decadente, tan delicioso como aquello. Cuando Alix trasladó su atención al otro pecho, sintió que se le doblaban las rodillas y acabó sentada a horcajadas en su regazo mientras él seguía enloqueciéndola con su lengua y sus dientes.

Alix se apartó repentinamente de ella.

—Necesito verte —dijo con voz enronquecida.

Levantó cuidadosamente a Leila de su regazo y se puso en pie

para quitarle la túnica por encima de la cabeza, de manera que tan solo se quedó con los pantalones y las braguitas que llevaba debajo.

—Yo también quiero verte —se oyó decir Leila.

Alix dejó caer las manos a los lados, invitándola en silencio a desvestirlo. Leila alzó las manos para desabrocharle la camisa, que se fue abriendo a los lados según descendía por la hilera de botones. Cuando llegó a la cintura dudó un momento antes de tirar de la camisa y soltar los últimos botones. Luego apartó los lados y se la quitó por los hombros.

Leila se quedó maravillada ante la visión del pecho desnudo de Alix. La fuerza de los músculos delineados por su morena piel la fascinaron. Una oscura línea de vello descendía desde sus pectorales y cruzaba su musculado abdomen para desaparecer tentadoramente en la cintura de los pantalones.

Leila apoyó las manos sobre su pecho. Su aroma, terrenal, almizclado, viril, la estaba hipnotizando. El perfume que había preparado para él mezclaba a la perfección con su esencia única. Se inclinó para besar su cálida piel y buscó con los labios un pezón. Cuando deslizó casi con cautela la lengua sobre él, Alix se contrajo.

Leila se apartó de inmediato.

—¿Te he hecho daño?

Alix negó con la cabeza y rio.

—No, no me has hecho daño, hechicera. Túmbate en la cama.

Leila obedeció gustosa. Sentía que su cuerpo temblaba por dentro y por fuera. El sabor de la piel de Alix era adictivo. Se tumbó en la cama y Alix se situó sobre ella antes de besarla en la boca para luego deslizar los labios hacia su mandíbula, hacia su cuello, hacia sus pechos, cuyas cimas humedeció sucesivamente con su lengua.

Luego se irguió para mirar a Leila.

—Voy a quitarte los pantalones.

Leila se mordió el labio y luego asintió. Su estómago se contrajo cuando Alix le soltó el botón, le bajó la cremallera, y luego situó las manos a su lado para deslizar hacia abajo los pantalones de seda.

Tras quitarle los pantalones, Alix se irguió para quitarse rápidamente los suyos… junto con sus bóxers cortos. Leila se irguió sobre los codos para mirarlo y abrió los ojos de par en par. El cuerpo de Alix era una perfeccionada masa de músculos y de contornos masculinos. Nunca había visto nada parecido. Entre sus

poderosos muslos y su bajo vientre había una mata de pelo oscuro del que emergía la esencia de su virilidad, larga, gruesa y dura. Orgullosa.

Mientras Leila lo observaba, Alix llevó una mano a su miembro y lo acaricio con suavidad. El gesto fue tan increíblemente sensual que Leila sintió cómo se le secaban los labios a la vez que se le humedecían otras partes del cuerpo.

Cuando Alix retiró la mano, Leila se dejó caer sobre él colchón y el tiró de sus braguitas hacia abajo, hasta dejarlas caer en el suelo. Luego se tumbó a su lado. Leila sintió su erección contra el muslo. Fue una potente invitación, pero se sentía demasiado tímida como para tomarlo.

Entonces Alix empezó a besarla. Leila sintió que su proceso mental se detenía mientras él exploraba con las manos sus glúteos, sus pechos, el contorno de sus caderas y su cintura. A continuación le hizo separar las piernas y comenzó a acariciarla con el dedo donde nunca la habían acariciado. Ni siquiera ella misma.

Un momento de pánico la llevó a tomarlo por la muñeca para detenerlo a la vez que lo miraba, jadeante, sintiendo que ardía.

Uno de los muslos de Alix estaba entre sus piernas y pudo sentir su calor allí, muy cerca del vértice de sus piernas, donde tenía la mano. Y con la misma rapidez con que acababa de experimentar pánico sintió una inexplicable urgencia que le hizo retirar la suya.

—No voy a hacerte ningún daño, Leila —prometió Alix—. Cuando quieras que pare, dilo y lo haré.

—Gracias…

Alix volvió a mover la mano y, cuando Leña sintió que la penetraba con un dedo, y luego con dos, dejó escapar un gritito y echó la cabeza atrás con los ojos muy cerrados, como si así pudiera controlar las increíbles reacciones que estaba experimentando su cuerpo.

Alix empezó a mover los dedos dentro y fuera y Leila notó lo húmeda que estaba. Los movimientos se fueron volviendo más y más rápidos mientras Alix apoyaba la palma de la mano contra una parte del sexo de Leila que necesitaba más fricción. Sin apenas darse cuenta de lo que hacía, Leila alzó las caderas en busca de más presión.

No fue consciente de la sonrisa de pura satisfacción masculina

que curvó los labios de Alix mientras la observaba.

Había algo creciendo con tal intensidad en su interior que rogó incoherentemente que parara, que estallara, o que sucediera algo. Era doloroso, pero también era el placer más exquisito que había experimentado nunca. De pronto, su cuerpo se vio arrastrado por una especie de abrasadora y deliciosa tormenta que la deshizo en un millón de partículas. Se sintió como el Sol, como la Luna, como polvo de estrellas, y experimentó placer y dolor. Todo en uno.

Cuando su cuerpo se quedó tan laxo como si se hubiera derretido cada uno de sus huesos, abrió los ojos y parpadeó.

Alix parecía ligeramente incrédulo.

—¿Este ha sido tu primer orgasmo?

Leila asintió débilmente y la expresión de Alix pasó de la incredulidad a la concentración.

Se situó entre las piernas de Leila y le hizo separarlas con las rodillas. Leila estaba especialmente sensibilizada allí, pero mientras Alix presionaba sutilmente su miembro contra ella sintió que volvía a excitarse.

Alix la besó, envolviéndola en su calor y su fuerza. Leila deslizó las manos abajo y arriba, desde su torso a sus caderas y sus musculosos glúteos mientras él seguía presionándola con delicadeza, haciendo que la urgencia que sentía creciera más y más.

Alix empezó a penetrarla, pero se detuvo un momento para mirarla.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

Leila asintió. Ya no estaba en la Tierra, sino en algún exótico planeta en el que el tiempo y espacio no existían. El mundo real había dejado de existir.

—Sí —contestó con fuerza, para que no hubiera ninguna ambigüedad.

—Puede que al principio te duela… pero te prometo que mejorará.

A continuación Alix penetró con fuerza la carne virgen de Leila, ensanchándola. Leila dio un gritito y se arqueó contra él, rechazando en parte la invasión y a la vez maravillada por las sensaciones que estaba experimentando a pesar del dolor, que era intenso y cegador. Pero respiró profundamente y miró a Alix a los ojos, confiando en él.

Lo sentía tan grande… y entonces empezó a moverse lenta y profundamente dentro de ella, entrando y saliendo, empujando contra su resistencia, hasta que la carne de Leila se acostumbró y se acomodó a sus movimientos. El dolor se esfumó y empezó a transformarse en otra cosa, en algo incluso más placentero que el orgasmo que acababa de experimentar.

Al sentir cierta urgencia en los movimientos de Alix lo rodeó instintivamente con las piernas por las caderas. Tener a aquel hombre tan grande y fuerte entre las piernas le produjo una ternura que no recordaba haber experimentado nunca.

Los movimientos de Alix comenzaron a volverse más y más poderosos, y el cimbreo de las caderas de Leila comenzó a adaptarse a ellos a la perfección. Alix deslizó una mano entre ambos y la acarició muy cerca de donde la estaba penetrando. Leila sintió que su cuerpo volvía a tensarse a causa de la incontenible necesidad que se estaba acumulando en su interior.

Con un prolongado y delicioso gritito se arqueó contra él para atraerlo lo más posible hacia su interior y comenzó a caer de una altura increíble, transformada en polvo de estrellas, en pura luz. Experimentó un placer tan intenso que apenas fue consciente del momento en que el miembro de Alix se tensó aún más y palpitó en su interior a la vez que él dejaba escapar un gutural gemido y derramaba su ardiente semilla dentro de ella.

Leila salió de su trance al sentir que Alix la tomaba en brazos y la levantaba de la cama. Logró abrir los ojos y ver que se encaminaba con ella al baño.

El vapor surgía de una bañera lo suficientemente grande como para nadar en ella, y Alix se arrodilló para dejarla en el agua, que tenía una temperatura deliciosa.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró.

—Estarás un poco dolorida… y has sangrado un poco.

Leila pensó de inmediato en las sábanas de la cama.

—¡Oh, no! —exclamó, avergonzada.

—Ha sido culpa mía —dijo Alix con expresión adusta—. Debería haber preparado…

Una expresión cercana al horror cruzó de pronto su rostro, pero

desapareció rápidamente para dar paso a otra indescifrable. Cuando se irguió, Leila vio que llevaba una toalla en torno a la cintura, con un saludable abultamiento debajo que hizo que se ruborizara y se hundiera en las deliciosas burbujas del baño.

—Vuelvo enseguida —dijo Alix.

Cuando se quedó a solas, Leila se movió experimentalmente y sintió una mezcla de placer y punzante dolor entre las piernas. Le dolía todo el cuerpo, pero de una manera casi agradable.

Echó la cabeza atrás y dejó que el agua aliviara la tensión de sus músculos. A pesar de la bruma que tenía en la mente, había algo que estaba muy claro: ya no era virgen. Había permitido que Alix Saint Croix mantuviera con ella una intimidad que no había mantenido con nadie hasta entonces, y sentía que había sido una experiencia asombrosa, magnífica, reveladora, transformadora.

Se sentía casi como si tuviera un cuerpo nuevo. Su mano ascendió casi por propia voluntad para tomar uno de sus pechos. Su pezón, aún sensible, se excitó. Cuando lo tocó experimentó una punzada de placer que llegó hasta su entrepierna.

Se sentía valerosa, poderosa. Por primera vez en su vida se sentía como una auténtica mujer. Sonrió soñadoramente mientras tomaba su pezón entre dos dedos y lo presionaba con delicadeza, como había hecho Alix.

Con los pantalones puestos, Alix sintió que controlaba un poco más la situación. Hasta hacía unos minutos se había sentido como si alguien lo hubiera drogado para hacerle perder cualquier sentido de racionalidad o control. Y lo había perdido. Y en algo tan fundamental para él que aún no se había recuperado del impacto.

Pero ya se estaba distrayendo otra vez, perdiendo el norte. Permaneció en el umbral de la puerta del baño, observando a Leila, que se estaba acariciando un pecho con una sugerente y misteriosa sonrisa en los labios. Se excitó de inmediato, de nuevo dispuesto para ella.

La primera vez que la había penetrado había sido una mezcla de Cielo e Infierno, porque había sabido que, mientras él experimentaba el placer más exquisitamente sensual que había experimentado nunca, Leila había sufrido. A pesar de que había

sido todo lo delicado que había podido… Y entonces, cuando el dolor había desaparecido de la mirada de Leila y había empezado a moverse con él, a contorsionar sus caderas, había perdido toda esperanza de mantener el control. Se había convertido en un esclavo de los dictados de su cuerpo y del de ella.

Había tenido que empujarla, acariciarla íntimamente aprovechándose de su inexperiencia, porque había sabido que, de lo contrario, no habría podido esperarla.

Y entonces había alcanzado un increíble orgasmo. Dentro de ella. Sin ningún tipo de protección.

Reprimió el pánico que amenazaba con apoderarse de él y entró en el baño.

—¿Cómo te sientes?

Leila retiró la mano de su pecho de inmediato y dejó de sonreír. Pero volvió a hacerlo enseguida… tímidamente.

—Bien. Creo.

Alix tomó una toalla y la sujetó extendida. Leila se puso en pie y Alix no pudo evitar observar cómo se deslizaba el agua por su cuerpo perfecto. Su piel era como seda. Era exquisita. Delgada pero toda mujer, con caderas curvilíneas y pechos generosos. Alix tuvo que apretar los dientes para no pensar en lo bien que se había sentido estando dentro de ella. Demasiado bien. Tanto como para hacerle olvidar algo tan esencial como la protección.

Leila se secó evitando mirarlo, y luego Alix le ofreció un albornoz extendido para que se lo pusiera.

Cuando, tras lazar el cinturón del albornoz, Leila se volvió, parecía preocupada.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Alix sintió una poderosa opresión en el pecho. Sus ojos eran tan grandes, tan verdes, tan inocentes…

—Ven al dormitorio. He pedido que nos traigan algo de comer y beber —tomó a Leila de la mano y la condujo hasta una mesita que había junto a la ventana.

Cuando se sentaron, Leila parecía aún más preocupada.

—¿Qué sucede, Alix? Me estás asustando.

—No hemos utilizado protección —dijo Alix con una mueca—. No he pensado en ello. Supongo que no tomas nada…

Leila negó con la cabeza, ruborizada.

—No… yo tampoco he pensado en ello.

—Era responsabilidad mía —dijo Alix con aspereza.

Leila permaneció un momento pensativa.

—Creo que no habrá problema. No estoy en un momento fértil de mi ciclo. Acabo de tener el periodo.

El sentimiento de alivio que experimentó Alix fue seguido de inmediato por otro mucho más desconcertante: un sentimiento de pérdida. Extraño.

Tomó a Leila de la mano.

—No estaba pensando. Normalmente es algo que nunca olvido, algo que no puedo permitirme olvidar.

—Por supuesto —dijo Leila a la vez que retiraba la mano—. Un hombre como tú debe tener mucho más cuidado que otros. Lo comprendo.

Alix sintió el impulso de decir algo más para reconfortarla, pero no podía hacerlo. Su destino implicaba que debía tener los herederos con su reina y con nadie más. Su propio padre había creado una tormenta de controversia en el país acostándose con innumerables queridas que, en un momento u otro, alegaron haberse quedado embarazadas de él.

Aquel había sido uno de los motivos por los que los habitantes de la isla habían llegado a sentirse tan desencantados con su rey.

—No volverá a suceder, Leila. Lo siento —al ver que Leila lo miraba con expresión interrogante, Alix esbozó una sonrisa—. No me refiero a eso. Por supuesto que volverá a suceder, pero no volveré a olvidar la protección.

La comida estaba servida en la mesa entre ellos y Alix trató de mostrar un mínimo de formalidad.

—¿Tienes hambre?

Leila negó con la cabeza y luego apartó la mirada, avergonzada.

—Pero tienes hambre de otra cosa…

Alix se quedó extasiado ante la falta de astucia de Leila, ante su falta de coquetería. Pero, a fin de cuentas, hasta hacía unas horas había sido virgen.

Instintivamente, Leila posó la mirada en los labios de Alix, y este percibió en sus ojos el mismo apetito insaciable que estaba

experimentando él.

Cuando Leila asintió tímidamente, Alix sintió ganas de gritar, de rugir.

—Pero aún estarás dolorida…

Leila negó con la cabeza, increíblemente femenina, y con ese conocimiento innato que un hombre solo podía imaginar.

—Estoy bien…

Las roncas palabras de Leila hicieron salir a Alix de su trance. No necesitó que lo animaran más para olvidar la comida, levantarse y llevar a Leila de vuelta a la cama.

Cuando Leila despertó a la mañana siguiente la luz inundaba la habitación. Acababa de notar que estaba sola en la cama cuando vio salir a Alix del baño estirándose la corbata. Estaba impecablemente vestido. Afeitado. Limpio.

Leila se irguió sujetando la sábana contra su pecho. Alix se apoyó contra uno de los cuatro postes de la cama, se cruzó de brazos y sonrió.

—Estás adorable recién despierta y con el pelo revuelto.

Leila bajó la mirada al recordar la tórrida noche que acababan de pasar. Cuando se volvió para buscar su ropa sintió todo el cuerpo dolorido a causa de las agujetas.

Alix se acercó a ella de inmediato.

—¿Estás bien?

—Estoy bien… ¿Qué hora es? —preguntó Leila, que no tenía idea de cuál era la etiqueta de la mañana después.

Alix miró su reloj, ajeno al torbellino interior de Leila.

—Son más de las diez. Lo siento, pero necesito estar en París a la hora de comer.

Leila se obligó a mirarlo.

—Por supuesto. Yo también tengo que volver —dijo escuetamente.

Alix ladeó la cabeza.

—No te estarás arrepintiendo de nada, ¿no?

Leila sabía que, por avergonzada que se sintiera en aquellos momentos, no se arrepentía de nada. Negó con la cabeza y Alix le dio un firme beso en los labios antes de apartarse.

—Bien. La encargada nos ha enviado el desayuno y yo he hecho que nos traigan algo de ropa.

—¿En serio?

Alix se encogió de hombros.

—He llamado a mi secretaria en París y ella se ha ocupado de que nos la envíen.

Por supuesto, pensó Alice. Por un momento había olvidado quién era Alix, el poder que tenía, la facilidad con que chasqueaba los dedos para que se obedecieran sus órdenes. La facilidad con que ella había caído en su cama…

Se levantó y se envolvió cuidadosamente con la sábana, consciente de la divertida mirada de Alix.

—Voy a ducharme —dijo, y se encaminó al baño con toda la dignidad que pudo.

Mientras se duchaba se dijo que, aunque lo único que le quedara fuera el recuerdo de aquella noche en Venecia con aquel bello rey exiliado, le bastaba.

Ignoró valientemente la punzada que sintió en el corazón, que revelaba algo distinto. Ella no era su madre y no iba a enamorarse del primer hombre con el que se había acostado.

Un rato después, mientras desayunaban, Leila notó que Alix la estaba mirando con especial intensidad.

—¿Qué sucede? —preguntó, ruborizada—. ¿Tengo algo en la cara?

—No. Te miro porque eres preciosa —dijo a la vez que tomaba a Leila de la mano—. Quiero volver a verte. Hoy… esta noche. Mañana.

El corazón de Leila dejó de latir por un instante.

—Pero iba a ser solo una noche…

—¿Ha sido suficiente una noche para ti?

Atrapada en la intensa mirada gris de Alix, Leila se preguntó si sería capaz de hacer aquello, de tener una aventura con aquel hombre. Pero conocía la respuesta desde el principio. Negó lentamente con la cabeza. Aquello no había sido suficiente para ninguno de los dos.

—Bien —fue todo lo que dijo Alix.

—Pero no quiero ser tu querida —añadió rápidamente Leila—. Aprecio que te hayas ocupado de comprarme la ropa que han enviado esta mañana, pero no quiero que me compres nada más.

Alix la miró un momento como si no entendiera lo que estaba

diciendo y luego se encogió de hombros.

—De acuerdo.

Leila pensó en otro detalle que le produjo un momentáneo pánico. La intrusión de la prensa. Si la fotografiaban con Alix era muy posible que se pusieran a indagar, y eso era lo último que quería.

—Tampoco podemos salir en público —continuó—. No quiero acabar en los periódicos. No estoy preparada para esa clase de intrusiones.

El rostro de Alix reflejó una momentánea sorpresa.

—Tengo todo un equipo de seguridad a mi disposición. Me aseguraré de que estés protegida en todo momento.

Leila lo miró. Pensó en el hecho de que Alix ya había estado varias veces en su tienda y nadie parecía haberse fijado en ello. Tal vez no habría problemas. Tal vez, los esqueletos que guardaba en su armario no saldrían a devorarla.

Se obligó a sonreír.

—De acuerdo.

Capítulo 6

—Tierra a Alix… ¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Alix parpadeó y miró a su amigo y consejero, Andrés, que había volado desde Isle Saint Croix para reunirse con él. Andrés era el arma secreta de Alix. Devoto y leal partidario de que Alix regresara al trono, también trabajaba como espía introducido en el régimen que en aquellos momentos controlaba la isla.

—¿Has escuchado algo de lo que acabo de decirte?

Alix era consciente de que no había escuchado nada. Su mente estaba llena de recuerdos de la piel de Leila, de sus ojos verdes, de sus deliciosos gemidos…

Se levantó bruscamente de la silla que ocupaba y se encaminó hacia la ventana. El recuerdo de Leila era como una fiebre que le impedía concentrarse. Respiró profundamente antes de volverse hacia su amigo.

—He conocido a una nueva mujer.

Andrés sonrió con cierta sorna.

—Ya sé que eres rápido, Alix, pero esta vez te has superado. ¿Cuándo vamos a ver fotos de tu nueva conquista en la prensa?

Alix se cruzó de brazos y frunció el ceño al recordar que Leila le había dicho que no quería saber nada de la prensa. Tenía que haber alguna solución. Su cerebro se aferró a una idea que arraigó de inmediato en él y que enseguida se volvió muy seductora.

—Nuestros seguidores son conscientes de que estamos haciendo una campaña de distracción ¿no?

—Por supuesto. Saben que estás dispuesto a regresar, aunque la prensa pueda estar diciendo otra cosa.

—En ese caso, supongo que sería beneficioso para la propaganda que buscamos que decidiera ir a pasar diez días a mi isla en el

Caribe.

Andrés permaneció un momento pensativo.

—Bueno… supongo que será tan fácil estar en contacto allí como aquí. Y si apareces en algunas fotos retozando con alguna belleza la oposición se quedará totalmente sorprendida cuando tiremos de la alfombra…

Alix sonrió.

—Eso es exactamente lo que pensaba.

Andrés frunció el ceño.

—Supongo que recordarás que tu isla es totalmente impenetrable al mundo exterior. Ningún *paparazzi* te ha pillado nunca allí. Está demasiado lejos.

—Por eso he pensado que organices que alguien de confianza vaya a tomar unas fotos lejanas con mucho grano, lo suficiente como para que yo sea identificable pero Leila no. Quiero que este asunto quede perfectamente controlado.

Los ojos de Andrés brillaron con inconfundible interés ante las molestias que su amigo parecía dispuesto a tomarse por aquella mujer, pero Alix lo interrumpió antes de que pudiera decir nada.

—No quiero hablar sobre ella, Andrés. Limítate a organizarlo todo, por favor. Nos iremos mañana.

—¿Que quieres llevarme adonde?

Alix se había presentado en la tienda justo cuando Leila estaba cerrando. Su respuesta física al verlo había sido un auténtico seísmo, pero la propuesta que acababa de hacerle Alix la había dejado boquiabierta.

—Tengo una isla en el Caribe. Es privada y está muy aislada. He liberado mi agenda para los próximos días. Necesito un descanso y quiero que vengas conmigo. Quiero explorar esto contigo… lo que hay entre nosotros.

Leila experimentó una mezcla de sorpresa, perplejidad… y excitación.

—Pero no puedo irme así como así. ¿Quién se ocupará de la tienda? Lo último que puedo permitirme ahora es cerrar.

—Puedo contratar a alguien para que se ocupe de la tienda durante tu ausencia. No sabrá tanto como tú sobre el negocio, pero

al menos podrá ocuparse de las ventas hasta que vuelvas.

Leila abrió la boca para protestar, pero lo cierto era que no estaba en condiciones económicas de hacer los pedidos necesarios para renovar sus perfumes, de manera que solo iba a poder dedicarse a vender.

—Pero solo hemos pasado una noche juntos —protestó débilmente—. No puedo irme así como así.

—Ah ¿no? ¿Y qué te lo impide?

—No todos podemos permitirnos el lujo de irnos al otro extremo del mundo por un capricho. Algunos tenemos que pensar en las consecuencias.

Entonces Alix hizo algo que garantizó que el cerebro de Leila se liara completamente. Se acercó, deslizó una mano tras su cuello y tiró de ella hacia sí.

—Voy a mostrarte las consecuencias —dijo con suavidad.

Su aroma alcanzó el cerebro de Leila antes de que pudiera darse cuenta del efecto que estaba ejerciendo sobre ella. La sangre empezó a arderle y notó cómo se humedecía entre las piernas. El deseo que experimentó fue voraz, intenso, aterrador… Cuando Alix inclinó la cabeza hacia ella ya estaba perdida.

Cuando el beso terminó ambos respiraban agitadamente y Leila estaba aprisionada contra el mostrador por el cuerpo de Alix. Se miraron.

—Esto… no va a durar —dijo, temblorosa.

La mirada de Alix se endureció a la vez que negaba con la cabeza. Por un momento casi pareció infinitamente triste, desolado.

—No, nunca dura.

Leila suspiró. Cruzar una vez más aquella frontera no tenía por qué hacer daño ¿no? Estaba haciendo aquello con los ojos muy abiertos, sin ilusiones, sin esperanzas. Ella no era su inocente e ingenua madre.

—De acuerdo, iré contigo.

Alix se limitó a sonreír.

—Ahí está… justo ahí.

Leila miró y apenas pudo creer lo que estaba viendo. Nunca había visto un verde tan intenso, una arena tan blanca, un agua tan

azul, tan transparente. Era como un sueño hecho realidad.

Cuando el avión empezó a girar y a descender distinguió entre las palmeras una preciosa casa estilo colonial.

Se alegró de haber aceptado ir allí, porque sabía que aquella experiencia la ayudaría a mantener a Alix en el terreno de la fantasía cuando su aventura acabara.

Cuando aterrizaron había dos personas esperándolos en un Jeep. Se encaminaron hacia este y los sonrientes empleados de Alix se ocuparon de meter el equipaje en el vehículo. Cuando Alix se sentó tras el volante y volvió el rostro para dedicarle una sonrisa, Leila pensó que parecía más relajado que nunca.

—¿Le apetece un breve paseo por la isla, *madame?*

—Desde luego, *monsieur*.

Alix condujo el vehículo por un camino de tierra a través del exuberante follaje de la isla hasta detenerse ante una de las playas más maravillosas que Leila había visto en su vida. El salado aroma del mar, mezclado con el de la vegetación, resultaba embriagador.

Alix saltó del vehículo y lo rodeó para abrirle la portezuela. Luego la tomó de la mano para encaminarse con ella hacia la playa. Aunque el sol lucía con todo su esplendor en el cielo, ya estaba atardeciendo y no hacía excesivo calor.

—¿Te has bañado alguna vez desnuda? —preguntó Alix cuando se detuvieron.

Leila se quedó boquiabierta.

—¡No! ¡Claro que no!

Pero Alix ya se estaba quitando la ropa, y Leila volvió a quedarse boquiabierta al ver su magnífico cuerpo. Solo lo había visto desnudo en la penumbra del palacio veneciano en el que habían hecho el amor por primera vez, pero en aquellos momentos la luz del sol caía de lleno sobre su cuerpo y Leña sintió que la boca se le hacía agua. No tenía ni un gramo de grasa y parecía duro como una roca… ¡y al parecer había una parte de su cuerpo que se estaba poniendo aún más dura!

Leila alzó la mirada, ruborizada.

—No puedo… ¡no podemos! ¿Y si aparece alguien?

Alix la tomó por la barbilla.

—Escucha. Simplemente escucha.

Leila hizo lo que le decía… y no escuchó nada, ningún sonido

excepto los producidos por la Naturaleza de la isla.

—Estamos solos, Leila. Aparte del servicio que atiende la casa, estamos completamente solos.

Leila experimentó una sensación de libertad totalmente nueva, una embriagadora sensación de ligereza.

—¿Vas a venir al agua voluntariamente o voy a tener que llevarte en brazos y totalmente vestida?

Leila empezó a desvestirse.

—Como ordene Su Majestad —dijo en tono cálidamente burlón.

Notó cómo se oscurecía la mirada de Alix mientras terminaba de quitarse la ropa. Estaba completamente desnuda en un paraíso tropical, con un hombre igualmente desnudo. Incapaz de asumir aquella asombrosa realidad, dejó escapar un gritito mezcla de incredulidad y alegría mientras corría hacia el agua.

Leila deambulaba por la casa de Alix vestida tan solo con una de las camisetas de este y con el pelo sujeto en lo alto de la cabeza. Desde que habían llegado a la casa tras su baño inicial, tres días antes, apenas habían salido del dormitorio. Alix había acudido a la cocina por comida de vez en cuando y se habían dedicado a disfrutar el uno del otro en un festín de los sentidos. La inexperiencia de Leila se estaba convirtiendo rápidamente en algo del pasado bajo el experto tutelaje de Alix.

Cuando Leila había despertado hacía un rato había sido la primera vez que no había encontrado a Alix a su lado, ni en la ducha, de manera que había decidido salir a buscarlo. Un ligero ruido cercano le hizo volverse y se ruborizó al ver a una atractiva mujer de mediana edad que la observaba con una cálida sonrisa en el rostro.

—Siento haberla sorprendido, señorita Verughese. ¿Le apetece algo para almorzar? Soy Matilde, la asistenta y cocinera de Alix.

Avergonzada por su vestimenta, o más bien por su falta de ella, Leila dijo rápidamente:

—Lo siento. Solo estaba buscando al señor Saint… a Alix.

—No se preocupe, querida. Este lugar es para relajarse y olvidar todas las formalidades. Alix está en su estudio, al final del pasillo. ¿Qué tal si preparo un rico almuerzo para los dos en la terraza?

Estará listo en media hora.

Leila sonrió a la mujer, que debía tener una amistosa relación con Alix para tutearlo.

—Llámeme Leila, por favor. Y lo del almuerzo me parece una idea excelente.

Matilde estaba a punto de irse cuando de repente se volvió y dijo en tono confidencial:

—Alix no había traído nunca aquí a una mujer.

A continuación, con un guiño, se alejó por el pasillo hacia la cocina, dejando a Leila con un revoloteo de mariposas en el estómago. A pesar de sí misma, experimentó una gran alegría al saber que aquello no era algo rutinario para Alix.

Cuando llegó a la puerta del estudio de Alix la encontró abierta. Estaba sentado ante un amplio escritorio, con el torso desnudo. Tenía el portátil abierto ante sí y estaba hablando por teléfono. Tenía el ceño fruncido. Cuando alzó la mirada y vio a Leila, una indescifrable expresión cruzó por un instante su rostro. Luego dijo algo por teléfono antes de colgar y cerrar su ordenador.

—Lo siento —dijo Leila, pensando que había interrumpido algo —. No pretendía interrumpirte.

—No me estás interrumpiendo —Alix se levantó y se acercó a ella—. Siento haberte dejado sola.

Leila vio que tan solo llevaba puestos unos gastados vaqueros.

—Me… me he encontrado con… Matilde —balbuceó—. Parece una mujer encantadora. Está preparándonos el almuerzo y me ha dicho que lo tendrá listo en media hora en…

Alix posó un dedo sobre los labios de Leila.

—¿Media hora?

Leila asintió.

Sin decir nada, Alix la tomó en brazos antes de que Leila supiera qué estaba pasando.

—Nos está preparando el almuerzo, Alix —siseó ella mientras él subía las escaleras—. No podemos desaparecer así…

Pero ya se encontraban ante la puerta abierta del dormitorio, y la visión de la cama deshecha hizo que dejara de hablar. Al parecer «sí» podían.

Cuando finalmente bajaron, mucho más tarde, Matilde fue totalmente discreta mientras les servía un almuerzo a base de canapés, ensalada, pasta, cangrejo, langosta. Todo ello acompañado de un delicioso vino blanco.

Leila estaba relamiéndose los labios tras probar un trozo delicioso de pescado cuando notó que Alix la miraba con expresión divertida.

—¿Qué?

—Tienes un poco de salsa en la comisura de los labios —dijo Alix a la vez que se inclinaba hacia ella.

Leila sacó la lengua para limpiarse y se encontró con el dedo de Alix, que había alargado la mano hacia su boca para limpiarla. De inmediato, una desvergonzada sensualidad se adueñó de Leila, que se movió sutilmente para poder introducir el dedo de Alix en su boca y rodear la punta con su lengua, como le había enseñado a hacer él con su…

Soltó el dedo de Alix abruptamente, anonadada ante la facilidad con que se estaba transformando en una esclava de aquel hombre y de sus propios deseos.

—¿Es cierto que nunca habías traído a una mujer aquí? —preguntó de repente, y se arrepintió de inmediato de haber hecho aquella pregunta—. Da igual —añadió rápidamente—. No tienes por qué contestar.

—Debería haber supuesto que Matilde no podría resistirse. En el fondo es una romántica… como creo que eres tú.

—No, no lo soy. Soy muy realista, y sé que lo que hay entre nosotros es algo pasajero, una isla en el tiempo, y te aseguro que eso no me supone ningún problema.

Alix la miró un momento, pensativo. Al parecer no tenía por qué preocuparle que Leila fuera a hacerse ideas equivocadas por el comentario de Matilde. Por algún motivo incomprensible, aquello no le produjo ninguna sensación de comodidad. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso quería que Leila se enamorara de él?

Sintió una punzada de culpabilidad al recordar la conversación que había tenido con Andrés para organizar lo de las fotos. Iban a ser unas fotos mucho menos indiscretas que la mayoría de las que le habían sacado con otras mujeres, de manera que ¿por qué se sentía tan incómodo al respecto? ¿Y culpable?

No ayudó a su conciencia que Leila lo mirara con una expresión indefinible. Fue como si acabara de retirarse tras un escudo, y eso lo irritó.

—¿Crees que alguna vez recuperarás el trono de Isle Saint Croix?

Alix parpadeó, desconcertado por el cambio de tema. Su suspicacia afloró por un instante, pero enseguida se dijo que aquello era ridículo. Leila no podía ser una espía enviada por el gobierno de la isla para espiarlo.

A pesar de todo, llevaba tanto tiempo manteniendo en secreto sus intenciones que no iba a desnudar su alma así como así ante nadie, ni siquiera ante Leila.

Se encogió de hombros con desenfado.

—Puede que algún día. Si la situación política mejora lo suficiente para intentarlo… Pero aún hay mucho odio acumulado contra mi padre.

—¿Cómo era tu padre?

Aunque Leila había hecho la pregunta inocentemente, Alix experimentó un inmediato sentimiento de rabia que le hizo levantarse y acercarse a la barandilla de la terraza.

—Lo siento —añadió Leila—. Si no quieres hablar de ello…

Pero Alix descubrió que quería hablar de ello. Allí, en uno de los rincones más apartados del mundo. Con ella.

—Sencilla y llanamente, mi padre era un hombre corrupto. Creció en un entorno privilegiado y nunca tuvo que esforzarse para conseguir nada. Eso arruinó su personalidad. Su propio padre fue un buen dirigente, aunque débil, y permitió que mi padre se comportara como un enajenado. Para cuando mi padre se casó con mi madre, una princesa italiana de una antigua familia veneciana, ya estaba totalmente descontrolado. El país se estaba desmoronando, pero él fue incapaz de fijarse en la creciente pobreza y en la disidencia. Mi madre tampoco caía bien al pueblo. Pasaba más tiempo en París, Londres o Nueva York que en la isla. Para redondearlo todo, mi padre tenía todo tipo de queridas. Daba lo mismo que fueran chicas de la isla o famosas modelos. Las llevaba al palacio estuviera mi madre o no allí. Creo que ella pensaba que, tras haberle dado un heredero, y un hijo de más, podía hacer lo que quisiera.

—Tenías un hermano pequeño… —dijo Leila con suavidad.

Alix asintió secamente.

—Sí. Max. Un día, estando mis padres en el palacio, algo muy poco habitual, una llorosa joven isleña trató de ver a mi padre con un bebé en brazos. El bebé estaba enfermo y ella necesitaba ayuda. Aseguraba que el hijo era de mi padre, algo bastante probable. Pero mi padre hizo que sus soldados la echaran del palacio. De lo que no se dio cuenta fue de que había una muchedumbre reunida en torno al palacio, una muchedumbre que trató de asaltar este tras lo sucedido con la chica. Nuestros propios soldados se rebelaron en contra de mis padres. Dispararon contra ellos y contra mi hermano, pero yo me libré.

Alix pasó por alto deliberadamente las peores partes y volvió junto a la mesa para tomar su vaso de vino, que bebió de un trago.

Los ojos de Leila brillaban con algo sospechosamente parecido a las lágrimas, lo que tuvo un profundo efecto en Alix.

—¿Mantenías una relación cercana con tu hermano?

—Muy cercana. Todo lo que hago ahora es para asegurarme de vengar su muerte y de que todo lo sucedido no haya sido en vano.

Alix supo al instante que había revelado demasiado y vio que Leila fruncía el ceño. Obviamente debía estar preguntándose como encajaba la vida de *playboy* que llevaba con su afán de vengar la muerte de su hermano.

Pero Leila no estaba al tanto de las organizaciones benéficas que dirigía para apoyar a familias que habían perdido parientes en circunstancias traumáticas, ni en las numerosas ocasiones en que había acudido en misiones de paz y reconciliación por todas partes del mundo para observar y aplicar lo aprendido en su país cuando regresara.

Leila sintió que su corazón se encogía al imaginar a Alix de joven, impotente, sufriendo todo aquello.

Ella no había sido sincera con él diciéndole que su padre estaba muerto y, después de lo que acababa de revelarle Alix, se sintió mal por ello.

—Alix, hay algo que debería… —empezó, pero él la interrumpió cuando volvió a sentarse.

Leila notó cómo brillaron sus ojos cuando los posó en sus pechos, desnudos bajo la fina bata que vestía. El instantáneo calor

que recorrió sus venas le hizo olvidar lo que iba a decir.

—Creo que ya hemos hablado suficiente —dijo Alix con voz ronca—. Te deseo, Leila —y a continuación añadió—: Te necesito.

«Te necesito». Leila sintió que aquellas dos palabras se le subían a la cabeza como un buen vino. Sintió que Alix necesitaba perderse en ella después de haberle contado aquello. De manera que se levantó para permitir que la viera entera. Era posible que Alix la necesitara, pero Leila sabía que se trataba de sexo.

Y mientras Alix la conducía de la mano de vuelta al dormitorio, se dijo una vez más que las cosas estaban bien así.

—¿Quién habría pensado que te gustaba la novela negra norteamericana? —preguntó Leila en tono burlón, tumbada junto a Alix en una de las enormes hamacas que había en el jardín.

Alix bajó la novela que sostenía y la miró con una ceja arqueada.

—¿Y quién habría podido imaginar que te iba a gustar la colección de novelas históricas románticas de Matilde, llenas de neandertales semidesnudos y de rubias de larga melena?

Leila rio.

—Eso es culpa de mi madre. Las devoraba, y yo me aficioné.

—Supongo que la echas de menos.

—Claro que la echo de menos. Estábamos muy unidas.

Alix se irguió sobre un codo para mirarla.

—Ese hombre con el que saliste… ¿qué pasó con él?

Leila había olvidado que había mencionado a Pierre.

—Fue un error —dijo con un encogimiento de hombros—. Mi madre acababa de morir y yo me sentía muy vulnerable. Pierre me prestó atención y, cuando me dijo que solo quería conocerme, que no iba a presionarme, lo creí. Pero una noche se presentó en mi apartamento y me dijo que estaba cansado de esperar. Trató de imponerse…

—¿Te hizo daño? —preguntó de inmediato Alix, tenso.

—No. Lo intentó, pero yo tenía a mano mi espray de defensa personal y le amenacé con usarlo. Se limitó a insultarme antes de irse.

—¡Cielo santo, Leila! Podría haberte…

—Lo sé, pero no lo hizo. Me sentí una estúpida por haber creído que era una persona decente.

—No fuiste ninguna tonta. Simplemente necesitabas compañía y atención.

Leila estuvo a punto de mencionar cuánto había deseado creer que el amor y la seguridad existían. Que podían existir. Pero no podía hablar de aquello con un hombre que no hacía promesas.

Alix pasó un brazo por sus hombros y le hizo tumbarse de nuevo a su lado.

—Ese hombre era un idiota —dijo antes de inclinarse para darle un largo y explícito beso. Leila se sentía muy emocional, como si Alix estuviera transmitiéndole su gratitud por haber confiado lo suficiente en él como para entregarle su inocencia.

El beso empezó a volverse más y más ardiente. Alix deslizó una mano entre sus cuerpos para retirar el sujetador de Leila y sentirla desnuda bajo su piel. Luego deslizó la mano por su espalda para tomar una de sus firmes nalgas y presionarla con delicadeza antes de deslizar los dedos hasta la cálida y ya húmeda abertura de su sexo.

Obedeciendo al clamor de su cuerpo, Leila se irguió para colocarse a horcajadas sobre él. Con una experta economía de movimientos, sin apenas romper el contacto con ella, Alix le quitó las braguitas.

Leila se había acostumbrado tanto a que su intimidad fuera respetada que se sintió completamente desinhibida al sentir su poderosa erección presionada entre sus nalgas. Alix se movió un poco hacia arriba y Leila comenzó a deslizar su sexo adelante y atrás sobre el de Alix, ungiéndolo con su humedad, haciéndolo gemir.

Anhelando sentirlo dentro de ella, se irguió un poco y se mordió el labio mientras él se ponía rápidamente un preservativo. De su garganta escapó un suspiro exquisitamente sensual cuando, finalmente, Alix la penetró. En aquellos momentos no existió nada más en el mundo. Nada excepto el vertiginoso ascenso hacia la cima del éxtasis.

Capítulo 7

Alix contempló desde lo lejos a Leila, que estaba charlando animadamente con su jardinero. Sonrió al darse cuenta de que, a pesar de encontrarse en uno de los momentos más cruciales de su vida, nunca se había sentido tan tranquilo, tan satisfecho. Aquellos últimos diez días habían supuesto una experiencia totalmente nueva para él. Nunca había pasado tanto tiempo a solas con una mujer.

Resultaba realmente cómodo y fácil hablar con Leila. Le había contado cosas de las que nunca había hablado con nadie. Ni siquiera con Andrés.

Pero aunque la química que había entre ellos no había perdido ni un ápice de su intensidad original, sabía que debía dejarla ir. Faltaban pocos días para que la prensa internacional revelara que su gente, su pueblo, había votado para que regresara a Isle Saint Croix. Su vida ya no volvería a ser suya. Y no podía regresar a la isla con una querida. Debía regresar solo y buscar una esposa.

La opresión que estaba sintiendo en el pecho se vio aliviada en el instante en que Leila se volvió hacia él y sonrió. Le dijo algo al jardinero, que esbozó otra amplia sonrisa antes de estrechar su mano para despedirse de ella.

Leila caminó rápidamente hacia Alix con una caja en la mano, vestida para viajar con unos ceñidos pantalones y un top sin mangas.

—Lo siento. No pretendía tenerte esperando.

Alix sonrió mientras una audaz idea cruzaba su mente.

—No me has hecho esperar. ¿Ha sido útil la ayuda de Lucas?

—¡Desde luego! —dijo Leila, entusiasmada—. Incluso me ha dado algunas flores guardadas en pequeñas bolsas de plástico. Nunca había olido nada parecido. Si logro destilar sus esencias… —

se interrumpió, avergonzada—. Lo siento. Supongo que debemos ponemos en marcha ¿no?

—Sí —dijo Alix a pesar de sí mismo—. El avión está esperando.

—Voy por mi bolso.

Leila se volvió para entrar en la casa, pero se detuvo un momento junto a Alix y lo miró.

—Gracias —murmuró—. Estos días han sido realmente mágicos.

Alix la tomó por la barbilla y deslizó un pulgar por sus carnosos labios.

—Sí, lo han sido —dijo, y en ese momento supo que no estaba listo para renunciar a Leila, y que estaba dispuesto a hacer lo que fuera para evitar que se alejara.

—Quédate conmigo esta noche.

Leila volvió la mirada hacia Alix mientras el chófer conducía el coche por las calles de París, mojadas por la lluvia reciente. A pesar de sus mejores intenciones, tampoco estaba lista para despedirse de Alix.

Asintió levemente.

—De acuerdo.

Cuando entraron en la suite del hotel, Alix se quitó la chaqueta y Leila se encaminó a la ventana, repentinamente inquieta. Al ver su tienda, vacía y a oscuras, experimentó un escalofrío.

Entonces vio a Alix en el reflejo de la ventana. La estaba mirando. Se volvió. El aire pareció crepitar entre ellos. Abrumada por lo mucho que le hacía sentir aquel hombre, Leila apartó la mirada. Entonces algo llamó su atención. En una mesita cercana había algo que le hizo llevarse una mano a la boca, consternada.

—¡Oh, no!

Al fijarse en lo que estaba mirando Leila, Alix masculló una maldición. Era una conocida revista del corazón francesa con una reveladora foto en la portada. Una foto de Leila y de él en la playa. Habían ido a aquella playa hacía dos días. Estaban tumbados en la arena y, afortunadamente, llevaban el bañador puesto. Leila tenía el rostro vuelto hacia él, de manera que no era identificable. Pero él sí.

Leila tomó la revista, pero Alix se la quitó enseguida de las

manos y la tiró al suelo.

—No han sacado tu rostro, así que no hay problema.

—¿Estabas al tanto de esto? —preguntó Leila, pálida.

—Mi secretario me pone al tanto de inmediato de cualquier noticia que sale en la prensa.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —preguntó Leila, dolida.

—Porque esperaba que no vieras la revista.

—Pues ahora ya lo ha visto toda Francia —Leila bajó la mirada hacia la revista y leyó en alto—: *¿Quién es el último amor del rey exiliado?*

Alix la tomó por la barbilla para que lo mirara.

—No saben quién eres y me aseguraré de que no lleguen a saberlo. Por favor, confía en mí.

La expresión que cruzó por un instante el rostro de Leila puso a Alix en guardia.

—Esto tiene que acabar esta noche, Alix. Yo no estoy hecha para tu mundo y no quiero que arrastren mi nombre por la prensa como el de tus demás mujeres.

Alix no quería escuchar aquello y sintió cómo crecía la desesperación en su interior. Necesitaba hacer suya a Leila, pero no sabía cómo expresarlo. De manera que en lugar de las palabras utilizó su boca, buscando una respuesta. Y Leila respondió, porque se sentía tan impotente como el propio Alix ante su mutua e irresistible atracción.

Al día siguiente, cuando despertó, Leila se encontró sola en la cama, desnuda.

Los recuerdos de la noche anterior regresaron en avalancha. Alix la había llevado a la cama y la había desnudado casi reverentemente. Después, su forma de hacerle el amor reveló a Leila que el sexo podía ser aún más intenso de lo que había experimentado hasta entonces. Alix no se había mostrado especialmente tierno o delicado. Se había comportado con una especie de fiera aspereza de la que ella había disfrutado enormemente, hasta el punto de rogarle que siguiera con más dureza, que la penetrara más y más profundamente.

Incluso el asunto de la revista había quedado borrado de su

mente. Tenía el vago recuerdo de haberse quedado dormida al amanecer, rodeada por los brazos de Alix, que la había besado en la frente antes de murmurar:

—No vas a irte a ningún sitio. Esto no ha acabado.

Leila frunció el ceño mientras se preguntaba si habría escuchado realmente aquello. La perspectiva de que Alix hubiera decidido que su relación podía ser más permanente hizo que los latidos de su tonto corazón arreciaran.

Decidida a hablar con él, se levantó y fue a tomar una rápida ducha. Cuando salió del baño escuchó la grave voz de Alix en la habitación contigua. Estaba a punto de entrar cuando escuchó su nombre, lo que le hizo detenerse en seco.

—Leila es perfecta, Andrés —estaba diciendo Alix—. Es preciosa, inteligente, refinada… El hecho de que no quisiera ser vista conmigo es un punto a su favor.

Leila frunció el ceño. «¿Un punto a su favor»? Aquello sonaba como si la estuvieran evaluando. Avanzó para hacer ver a Alix que estaba allí, pero lo encontró de espaldas a ella, mirando por la ventana.

—Para ser completamente sincero —continuó Alix—, no podría haber organizado esto mejor ni aunque lo hubiera hecho a propósito. Está a punto de celebrarse un referéndum que me permitirá volver a ocupar el trono y la oposición no tiene ni idea. Probablemente creen que aún estoy tomando el sol con ella en el Caribe. Todas las piezas están encajando en su sitio.

Leila se retiró rápidamente de la puerta, horrorizada.

—¿Desde cuándo ha tenido alguna relevancia el amor a la hora de elegir una esposa para que comparta el trono conmigo? —continuó Alix—. Lo importante es que ella se está enamorando de mí. Estoy seguro de ello. Esto no se parecerá en nada al desastroso matrimonio de mis padres —Alix escuchó un momento y siguió hablando, ajeno a la devastadora conmoción que estaba experimentando Leila—. ¿Que cómo lo sé? Leila era virgen, Andrés, y ninguna mujer renuncia fácilmente a eso. Recuperar el poder con una prometida adecuada a mi lado hará que mi posición sea mucho más fuerte. Leila será una magnífica reina, estoy seguro de ello, y también de que aceptará. Si para alcanzar mis metas necesito asegurarle que yo también la amo, lo haré. No supondrá ningún

esfuerzo. Y cuanto antes tengamos un heredero mejor será para asegurar la estabilidad del país.

El corazón de Leila latía con tal fuerza que temió desmayarse.

«Leila era virgen, y ninguna mujer renuncia fácilmente a eso. Si necesito asegurarle que yo también la amo, lo haré».

Lo que estaba planeando hacer Alix le hizo sentirse enferma. Estaba dispuesto a casarse con ella basándose en mentiras y falsedades solo para mostrar la imagen que le interesaba para recuperar el trono ¡Alix le había mentido descaradamente! ¡Y estaba dispuesto a tener un hijo con ella solo para alcanzar sus metas políticas!

De pronto, todas las conversaciones que había tenido con Alix adquirieron un matiz siniestro. En realidad se había estado asegurando de que era una candidata adecuada. Y probablemente le había hecho el amor con aquella intensidad para asegurarse de mantener su interés el tiempo suficiente.

La rabia que experimentó Leila fue tan intensa que le hizo temblar. Lo único que quería era alejarse de Alix y olvidar que lo había conocido, olvidar que había repetido el error de su madre: enamorarse como una tonta del primer hombre que la había seducido.

El cerebro de Alix aún estaba dando vueltas después de la llamada. ¿Realmente le había dicho a Andrés que estaba dispuesto a casarse con Leila para hacerla su reina?

Sí, lo había hecho. Esperó a que se apoderara de él un sentimiento de pesar, de pánico, de claustrofobia. Pero no sintió nada de aquello. No había conocido a nadie como Leila, tan dulce e inocente. Su cuerpo se tensó al recordar lo rápido que había aprendido entre sus brazos, al recordar cómo lo había tomado en su boca y lo había saboreado hasta volverlo loco de placer tan solo unas horas antes.

De pronto contuvo el aliento. Una conocida figura estaba cruzando la plaza. Era Leila, que se encaminaba con paso firme hacia su tienda. Experimentó un escalofrío al recordar la conversación que acababa de tener con Andrés. ¿La habría escuchado?

Pero, si lo había hecho, ¿por qué se había ido? ¿Qué mujer habría renunciado a la perspectiva de que un hombre como él le propusiera una relación permanente?

Estaba a punto de salir por ella cuando sonó de nuevo su teléfono.

—¿Sí? —replicó secamente.

—Majestad, tenemos que repasar los planes para cuando se anuncie el resultado del referéndum de mañana.

«Mañana». Al día siguiente su vida iba a cambiar radicalmente. Recordarlo supuso una autentica sacudida para Alix, una sacudida que le hizo comprender que estaba en peligro de descentrarse cuando más lo necesitaba. Por una mujer. Aunque fuera la mujer que había elegido para ser su reina, no dejaba de ser tan solo una amante, una mujer, algo secundario en su vida.

Trató de concentrarse en la importante conversación que tenía entre manos, que duró casi media hora. Cuando terminó, volvió rápidamente a mirar por la ventana, y lo que vio hizo que todo su cuerpo se tensara.

Leila estaba al otro lado de la plaza, cerrando su tienda. Las cortinas estaban echadas y vestía unos vaqueros, unas playeras y una cazadora. También llevaba una pequeña maleta de viaje con ruedas.

Mientras Alix observaba, Leila se volvió, tomó el asa de su maleta y se alejó rápidamente de la tienda.

Leila estaba a punto de doblar la esquina cuando Alix la alcanzó y la tomó por el brazo.

—¿Cuánto has escuchado?

Cuando Leila se volvió su gélida expresión dejó momentáneamente petrificado a Alix.

—He escuchado lo suficiente —dijo a la vez que liberaba su brazo de un tirón—. Y ahora, si me disculpas, tengo un tren que tomar.

—¿Adónde vas?

Leila pareció sorprendida.

—Oh ¿no te lo había dicho? Tengo que ir a Grasse para hablar de negocios con una vieja amiga de mi madre.

—No, no me lo habías dicho.

—Debo haber olvidado mencionarlo… —Leila miró su reloj y trató de rodear a Alix para seguir caminando, pero él la sujetó de nuevo por el brazo—. Suéltame, por favor.

—No tenías ningún plan de irte hasta que has escuchado esa conversación.

—¿Te refieres tal vez a tu decreto real? —replicó Leila con ironía.

Alix era consciente de que estaban atrayendo el interés de los viandantes y percibió en la distancia algo que podría haber sido el destello de la cámara de algún *paparazzi*.

—Tenemos que hablar, pero no en medio de la calle —murmuró, tenso.

Leila debió percibir la tensión en su rostro porque, tras dedicarle una mirada de evidente rebeldía, volvió a encaminarse hacia la tienda.

En cuanto estuvieron dentro, Alix la tomó por los hombros.

—¿Por qué querías irte?

Leila dio un paso atrás y se cruzó de brazos, evidentemente enfadada.

—Me iba porque necesito resolver asuntos relacionados con mi negocio. Y también porque tu arrogancia es realmente increíble —descruzó los brazos para señalarse a sí misma—. ¿Cómo te atreves a asumir que me estoy enamorando de ti? ¿O creías que porque era virgen tenía menos neuronas que la mayoría de las mujeres y que me enamoraría del primer hombre con el que me acostara? ¿Y cómo te has atrevido a decirle a alguien llamado Andrés que era virgen? ¿Cómo se te ocurre hablar de detalles tan privados con otra persona?

—Desafortunadamente, la vida de los miembros de la realeza tiende a ser de propiedad pública. Pero es cierto que no tenía derecho a divulgar esa información.

Leila dejó escapar una áspera carcajada.

—Pues te aseguro que esa es una clase de vida de la que no quiero saber nada, de manera que, de ahora en adelante, agradecería que te guardaras para ti mismo los detalles de nuestra relación. Y puede estar tranquila «Su Majestad» porque no me estoy enamorando de ti.

Alix entrecerró los ojos.

—Al menos eso es lo que dices.

—Eso es lo que quiero decir. Te he ahorrado la molestia de tener que simular que sientes algo por mí, de manera que voy a ahorrarte tiempo con la propuesta falsamente romántica que tenías planeada… la respuesta es no.

—¿Te negarías a convertirte en reina, a llevar una vida de lujos y riqueza?

—Me negaría a un matrimonio carente de emociones humanas reales y a vivir encerrada en una jaula de oro. ¿Cómo es posible que pienses que me gustaría traer al mundo a un niño para que viva con unos padres que tan solo están representando un papel?

—Está mañana no estabas interpretando un papel.

Leila rio sin ninguna diversión.

—¿No estarás confundiendo el amor con la lujuria, Alix? Pensaba que eras más sofisticado que eso.

—Sé que estás dolida —dijo Alix, tenso—, pero el hecho es que la mujer que elija para convertirse en reina debe de cumplir ciertos criterios. Tú y yo nos respetamos. Nos gustamos. La química que hay entre nosotros es increíble. Esos son buenos cimientos para un matrimonio, mejores que algo basado en las meras emociones.

—Ni siquiera me habías mencionado que estabas a punto de recuperar tu trono —acusó Leila.

—No podía hacerlo. Eso es algo que solo saben mis allegados más cercanos.

—De manera que nuestra estancia en la isla tan solo era un montaje para distraer a tus oponentes, ¿no? ¿Y qué era yo? ¿Una pieza decorativa de tu farsa? —Leila volvió a reír sin humor mientras empezaba a caminar de un lado a otro de la pequeña tienda—. *¡Mon Dieu!* ¿Pero cómo he podido ser tan tonta? Y además dos veces seguidas…

—Yo no soy como ese hombre —dijo Alix, evidentemente dolido —, y tú no has sido ninguna tonta.

—Sí lo he sido. De lo contrario no me habría creído que ese viaje tenía algo de espontáneo. También hiciste que alguien tomara esas fotos, ¿verdad?

Alix no lo negó.

Leila se apartó de él moviendo la cabeza. Había desnudado su

cuerpo y su alma ante aquel hombre y él se había aprovechado de ello.

Debía protegerse a sí misma a toda costa. Necesitaba alejar a Alix de allí antes de que diera cuenta de lo frágil que se sentía realmente bajo su enfado.

Simuló una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

—Para serte completamente sincera, Alix, yo he sido la que te ha utilizado a ti.

«Yo he sido la que te ha utilizado». A pesar de sí mismo, Alix sintió que se le encogía dolorosamente el corazón al escuchar aquello. Había sido como el eco de algo que le dijo otra mujer en el pasado. «Te he utilizado, Alix. Quería volver a Europa y te he visto como un medio para conseguirlo y recuperar mi reputación».

—¿Me has utilizado? —repitió.

Leila asintió y se encogió de hombros.

—Quería perder mi virginidad, pero no había conocido a nadie adecuado hasta que entraste en mi tienda. Siempre se ha tratado de eso, Alix. Mi madre fue excesivamente protectora conmigo, pero ahora que soy finalmente libre e independiente no pienso atarme a un matrimonio de conveniencia solo porque que me consideres una candidata adecuada para ser tu esposa y la madre de tus preciados herederos —una burlona expresión cruzó su rostro antes de que añadiera—: Me molesta que me hayas utilizado para conseguir tus fines, pero mi enfado solo llega hasta ahí. Y supongo que no creerás que eres el primer hombre rico que me invita a su suite para hacer una consulta privada, ¿no? —sin esperar la respuesta de Alix, dijo—: Porque no lo eras, y probablemente no serás el último.

Alix sintió que la vista se le nublaba ante la perspectiva de que Leila pudiera hacer con otro hombre lo mismo que había hecho con él. Leila lo había utilizado, algo que ya le había sucedido en el pasado. Había jurado que aquello no volvería a sucederle, pero le había sucedido. Había estado dispuesto a convertir a Leila en su reina, a que fuera la madre de los herederos de Isle Saint Croix.

Un pensamiento afloró entre su creciente rabia.

—Podrías estar embarazada —murmuró.

—No lo estoy —replicó Leila con firmeza.

Alix no quería que hubiera ninguna duda al respecto.

—¿Cómo lo sabes?

—Me ha bajado la regla esta mañana.

—¿Y se supone que tengo que creer que si estuvieras embarazada no tratarías de sacarme todo lo que pudieras?

—Veo que tu cinismo no tiene límites —replicó Leila con toda la indiferencia que pudo—. Ahora tengo que tomar un tren, así que haz el favor de irte.

Alix dio un paso atrás y se esforzó por mantener un comportamiento civilizado, aunque en realidad estaba deseando tirar las estanterías de la tienda al suelo. El repentino e inexplicable deseo que experimentó en aquel momento le hizo sentirse asqueado consigo mismo.

Sin decir nada, se volvió y salió de la perfumería.

Hasta que llegó a su suite en el hotel no sintió que se despejaba la oscura bruma que se había adueñado de su cerebro.

Ni siquiera podía acusar a Leila de avaricia. Cualquier otra mujer que hubiera escuchado aquella conversación la habría utilizado para conseguir todo lo posible y más. Pero no Leila. Ella se había limitado a utilizarlo.

Furioso, descolgó el teléfono y dio instrucciones para que todo su equipo fuera trasladado a otro hotel. Acababa de colgar cuando recibió una llamada de Andrés, cuya voz sonó especialmente animada.

—La participación está siendo realmente alta y las encuestas sugieren que vamos a arrasar en las urnas. El gobierno está asustado, pero ya es demasiado tarde. Ya está, Alix. Está a punto de llegar el momento de volver a casa. Cuando regreses con Leila del brazo…

Alix lo interrumpió con frialdad.

—No vuelvas a mencionar su nombre nunca más.

Se produjo un momentáneo silencio al otro lado de la línea antes de que Andrés se recuperara con profesional aplomo y siguiera como si no hubiera pasado nada.

En cuanto la conversación terminó, el equipo de Alix entró en la suite y comenzó a ocuparse del traslado de hotel.

Alix se recriminó por haber reaccionado de manera tan exagerada. Leila Verughese era solo una mujer. Una mujer preciosa.

Y lo que le había nublado el juicio había sido la lujuria. Tan solo eso. Y aquella podía ser una lección muy valiosa para él.

Para cuando estuvo instalado en su nuevo hogar temporal, Leila Verughese ya no era un recuerdo reciente ni lejano. Alix la había apartado de su mente con la precisión clínica que había utilizado durante años con cualquier cosa en la que no quería pensar. Mujeres… la muerte de su hermano.

Su destino estaba a punto de resurgir de sus propias cenizas como un ave Fénix, y eso era lo más importante en el mundo.

Leila no empezó a experimentar cierta relajación hasta que el tren dejó atrás París. Dio gracias en silencio por haber podido contar con la vieja amiga de su madre que le había permitido acudir unos días a su casa en Grasse. Así podría permanecer alejada de París hasta que Alix se hubiera ido.

Junto con la relajación llegó el dolor que había intentado mantener alejado, el dolor que le hizo ver que había tenido más fuerza de la que creía para enfrentarse a Alix y decirle que en realidad tan solo se había limitado a utilizarlo, que no significaba nada para ella.

Pero era él quien la había utilizado a ella. Afortunadamente, la prensa no había descubierto su identidad.

Su ingenuidad le hizo sentirse enferma. Aquello le hizo recordar las ligeras náuseas que estaba sintiendo desde hacía unos días y que había achacado a algo que había comido.

También había mentido a Alix respecto a su periodo. Aún no le había llegado. Pero si Alix hubiera sabido que había la más mínima probabilidad de que estuviera embarazada… Sintió un estremecimiento al pensar en cómo habría reaccionado.

Se llevó una mano al vientre y se dijo con firmeza que no estaba embarazada. El destino no podía ser tan cruel como para hacerle cometer los mismos errores que su madre.

Capítulo 8

Siete semanas después

Alix se encaminó hasta el ventanal de su despacho en el castillo. La brisa que entraba llevaba consigo los aromas de su infancia, aromas a tierra, mar y flores silvestres que nunca había olvidado.

Había sido una semana realmente tumultuosa, por decir algo, pero seguía allí, y eso ya era algo.

Leila era un fantasma constante merodeando por su mente, persiguiéndolo, atormentándolo. A pesar de su triunfal regreso a la isla, el aroma de esta le había hecho recordar a Leila con una intensidad casi dolorosa, al perfume que había preparado para él.

Aún no podía creer que hubiera rechazado la oportunidad de convertirse en reina. La había elegido porque creía sinceramente que poseía los atributos necesarios para serlo. Y eso por no mencionar la increíble química que había entre ellos…

Y mientras él pensaba todo aquello, ella había estado haciendo sus propios planes.

Una brusca llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —dijo con el ceño fruncido.

Era Andrés, y parecía preocupado. Sostenía una tableta en la mano.

—Tienes que ver esto.

Volvió la tableta hacia Alex, que se quedó petrificado en el sitio al ver una foto de Leila con él discutiendo en medio de la calle. Él la sujetaba por un brazo y ella parecía claramente enfadada. Y estaba preciosa.

El titular decía:

¿Quieren conocer a la fragante y misteriosa amante del nuevo rey de Isle Saint Croix? Vayan a la página seis…

Alix hizo un gesto a Andrés para que fuera a esa página. Cuando volvió a mirar la pantalla, las palabras saltaron a él en fragmentos.

La hija secreta e ilegítima de Alain Bastineau… ¿próximo rey de Francia?

Prueba de embarazo positiva… ¿heredero del trono?

¿Sabe el rey Alix que va a ser padre?

El escándalo y la controversia no parecen querer dejar al nuevo Rey en paz…

A pesar de que ya hacía dos días que lo había confirmado, Leila aún estaba totalmente conmocionada. Estaba embarazada de ocho semanas. Se lo había confirmado el médico al que había acudido después de hacerse tres pruebas que habían dado positivo.

Embarazada y sin el padre. Justo como su madre.

Experimentó una profunda sensación de vergüenza e inutilidad. Debía ser algo genético. Había quedado demostrado que no era menos susceptible que su madre a los intentos de seducción de un hombre atractivo. La única diferencia consistía en que, en aquella ocasión, el padre habría estado dispuesto a casarse con la madre del bebé.

Una sonora llamada a la puerta de la tienda le hizo salir de su ensimismamiento. Mientras bajaba escuchó un clamor de voces. Se había retrasado en abrir, pero su clientela no tenía por costumbre presentarse en la perfumería en hordas y a primera hora.

Pensando que debía haber sucedido algo, abrió la puerta sin pensárselo dos veces… y se encontró frente a un destello de *flashes*, voces y montones de gente.

Fue algo tan sorprendente e inesperado que tardó un momento en entender lo que estaba escuchando.

—¿Es cierto que está embarazada de Alix Saint Croix?

—¿Van a recuperar su relación?

—¿Cuánto tiempo han estado viéndose?

—¿Por qué pelearon?

—¿Se mantienen en contacto?

—¿Sabe él que está embarazada?

Leila consiguió conservar la suficiente presencia de ánimo como para cerrar la puerta antes de que le resultara imposible, aunque a alguno de los periodistas le dio tiempo de arrojar un periódico que cayó a sus pies, dentro de la tienda.

Cuando lo tomó vio en la primera plana una foto de Alix y de ella del día que discutieron en plena calle. Él tenía una mano apoyada en su brazo y ella lo miraba con expresión de evidente enfado. *Dolida y Humillada,* decía el titular, que debajo añadía:

> *Leila Verughese, la amante secreta de Alix Saint Croix y la hija secreta que Alain Bastineau nunca quiso que se supiera que había tenido.*

Sabían lo de su padre.

Sintiendo que las piernas se le volvían de gelatina, Leila se apoyó de espaldas contra la puerta y se deslizó hacia el suelo. Apenas notó los golpes en la puerta, el griterío del exterior. Solo sabía que, por mal que hubiera creído que estaban las cosas hacía unos momentos, aún iban a empeorar más.

Un insistente zumbido le hizo salir de su estupor. Era su teléfono. Se levantó como una zombi y fue a contestar.

No le sorprendió escuchar una conocida y autoritaria voz al otro lado de la línea. Pero no experimentó ninguna emoción. Estaba totalmente conmocionada.

La voz le dijo que Ricardo estaría con el coche en la parte trasera de la casa en una hora. Cuando llegara debía dejarlo pasar y, entretanto, tenía que hacer el equipaje para marcharse con él cuando se lo dijera.

El estado de *shock* en que se encontraba hizo que Leila no fuera capaz de hacer otra cosa que obedecer. Poco más de una hora después abrió la puerta a Ricardo, que venía acompañado de una chica desconcertantemente parecida a ella. Leila no se lo pensó dos veces antes de dejarle uno de sus abrigos, ni dijo nada cuando Ricardo hizo salir a la chica por la puerta delantera.

—¡Está saliendo! ¡Está saliendo! —gritó alguien en el exterior.

—No tardarán en darse cuenta de que no es usted, señorita Verughese —dijo Ricardo en tono apremiante—. ¿Dónde tiene su

bolsa? Tenemos que irnos ya.

Unos minutos después Leila se encontraba en la parte posterior de un coche de ventanas tintadas, circulando rápidamente por las calles de París. La conmoción que estaba experimentando ya había comenzado a disiparse cuando el vehículo se detuvo ante uno de los hoteles más exclusivos de la ciudad. Un auténtico enjambre de hombres vestidos de negro rodeó el coche al instante y uno de ellos abrió la puerta.

Leila miró a Ricardo, que se había vuelto hacia ella.

—No se preocupe, señorita Verughese. Son miembros del cuerpo de seguridad del rey. Tienen instrucciones de llevarla junto a él.

El rey. Alix era un rey. Leila se puso pálida.

—¿Está aquí?

—Sí. Ha volado directamente de la isla. La está esperando.

La indignación que experimentó Leila fue rápidamente sustituida por una mezcla de nervios, inquietud y náuseas mientras dos de los hombres la escoltaban a través del hotel. Iba a volver a ver a Alix.

Lo único que quería era darse la vuelta y salir corriendo. No estaba preparada…

Una profunda, fría e imperiosa voz llegó desde el interior de la suite.

—Adelante.

Uno de los guardaespaldas abrió la puerta con una tarjeta y se apartó para que Leila pasara.

Leila se encontró en un vestíbulo circular de mármol al que daban varias puertas. Una alta y poderosa figura oscureció el umbral de una de estas. A pesar de sí misma, Leila experimentó una debilidad inmediata al reconocer a Alix.

A pesar de todo, alzó la barbilla en un gesto de testarudez.

—¿Me ha convocado Su Majestad?

Aunque la expresión de Alix se ensombreció, se limitó a apartarse a un lado.

—Tenemos que hablar. Pasa, por favor.

Leila pasó junto a él rápidamente y fue hasta un ventanal.

—¿Es cierto? ¿Estás embarazada?

—Sí, es cierto.

—¿Y es mío?

—¡Por supuesto que es tuyo! —exclamó Leila a la vez que se

volvía—: ¿Cómo te atreves a sugerir…?

Alix alzó una mano para interrumpirla.

—Lo sugiero porque «yo» incluyo una considerable dote.

—Por si lo has olvidado, tú has sido el que ha acudido a buscarme, no al revés.

—¿Y habrías acudido tú a buscarme para decírmelo?

Leila evitó contestar directamente.

—Acabo de confirmarlo. Apenas he tenido tiempo de asimilarlo personalmente —la dureza que captó en la mirada de Alix le hizo añadir—: No pienso interrumpir el embarazo solo porque ya no me consideres una candidata adecuada para ser tu esposa.

—¿Quién ha hablado de interrumpir el embarazo? —la expresión del rostro de Alix manifestó algo parecido al asco—. Ya sospechabas que estabas embarazada aquel día, ¿no?

—No me había bajado el periodo, pero no quise decirte nada porque esperaba que solo se tratara de un retraso y que no habría…

—¿Consecuencias? —concluyó Alix con una mueca.

Leila asintió.

—Pues las ha habido —añadió él—. Y de largo alcance.

Leila sintió directamente miedo ante lo que pudiera implicar aquello. Alix avanzó hasta detenerse a escasos centímetros de ella.

—Me mentiste.

—Te he dicho que acabo de confirmar que estoy…

—Me mentiste respecto a tu padre. Me dijiste que había muerto.

—Tú también me mentiste. No me contaste que estabas a punto de recuperar el trono y que me estabas utilizando como pantalla de humo.

Alix se cruzó de brazos y entrecerró los ojos.

—¿Por qué me mentiste sobre tu padre? —preguntó, ignorando lo que acababa de decir Leila.

—Fue mi madre —contestó Leila, reacia—. Siempre decía que era como si mi padre estuviera muerto porque no quería saber nada de nosotras. Me acostumbré a decir que había muerto cada vez que me preguntaban. Yo sabía quién era y estaba al tanto de la vida perfecta que llevaba con su familia. También fui testigo de su creciente prestigio como político. ¿Pero por qué iba a admitir que era mi padre? Me avergonzaba de él, y de mí misma. Una cosa es que te rechace un padre que te ha conocido toda la vida y otra que

te rechace un padre que ni siquiera ha llegado a conocerte.

Alix asintió lentamente antes de hablar.

—La prensa se ha puesto a indagar y lo han averiguado todo. Tu padre está haciendo lo posible por limitar los daños y asegura que la información es falsa. Está claro que no quiere que esta noticia dé al traste con sus aspiraciones a la presidencia.

—No me sorprende —replicó Leila con toda la indiferencia que pudo.

—Falta una hora para que se celebre la conferencia de prensa —dijo Alix tras ella—. Va a venir una estilista con su equipo para prepararte.

—¿Conferencia de prensa? ¿Estilista? ¿Para qué?

—Para anunciar nuestro compromiso —contestó Alix en un tono que no admitía réplica—. Después volverás conmigo a Isle Saint Croix.

Por algún motivo, Leila se aferró a la palabra más inocua de aquella frase.

—¿Volver? Pero si nunca he estado…

En aquel momento sonó un móvil en el bolsillo de la chaqueta de Alix, que alzó una mano para interrumpirla mientras lo acercaba a su oído. Lo apartó un momento para decirle:

—Espera aquí a la estilista. Yo no tardaré en volver —añadió mientras se encaminaba hacia la puerta.

Leila tardó unos momentos en reaccionar, pero cuando lo hizo estalló. ¿Cómo podía ser tan arrogante aquel hombre? ¿Acaso creía que iba a hacer lo que él dijera solo para satisfacer su complejo de King Kong?

Furiosa, salió de la habitación en su busca. Recorrió el pasillo rápidamente hasta que escuchó el sonido de unas voces tras una puerta cerrada.

La abrió de par en par sin molestarse en llamar.

—¡Ahora escúchame tú! ¿Qué parte de «no quiero casarme contigo» no comprendiste la primera vez que…?

Leila se interrumpió en seco al ver una docena de rostros vueltos hacia ella. Alix se hallaba en medio del grupo. Al parecer, todos estaban mirando algo en la televisión.

Un hombre de una edad cercana a la de Alix se separó del grupo y se acercó a ella con una mano extendida.

—Es un placer conocerla, señorita Verughese. Soy Andrés Balsak, secretario del rey Alix.

Leila aceptó su mano y luego Andrés la tomó del codo para conducirla junto al grupo.

En la pantalla aparecía un reportero ante la imagen de un castillo que se hallaba en lo alto de una frondosa colina.

—¿Será capaz el rey Alix de aplacar el escándalo que ha surgido nada más iniciar su reinado?» —estaba diciendo el periodista—. «Habrá que esperar a ver cómo transcurren los acontecimientos. Volvemos con ustedes en…».

Alguien apagó la televisión y Alix dijo:

—Todo el mundo fuera. Ahora.

La habitación se vació en unos segundos.

Aunque había sido breve, lo que acababa de ver Leila en la televisión le hizo consciente de la magnitud del asunto al que se enfrentaba. Se volvió hacia Alix.

—¿Qué es lo que estás proponiendo exactamente con esa rueda de prensa y llevándome contigo a Isle Saint Croix?

Alix la miró un momento antes de hablar.

—Vas a venir conmigo porque llevas dentro a mi heredero y todo el mundo lo sabe.

—Pero tiene que haber alguna otra solución… A fin de cuentas, en realidad no tienes intención de casarte conmigo. Supongo que el compromiso es solo una manera de ganar tiempo hasta que las cosas se calmen…

La expresión de Leila era tan esperanzada que Alix casi sintió lástima por ella, pero la reticencia que mostraba ante la idea de casarse con él alcanzó su parte más primaria y posesiva.

—No, Leila. Vamos a casarnos dentro de dos semanas. Los compromisos cortos son una tradición en Isle Saint Croix.

—¿Dos semanas? —casi chilló Leila, que a continuación se sentó pesadamente en una silla cercana—. ¡Pero eso es ridículo!

—Es el destino, Leila. Nuestro destino y el de nuestro bebé, que está destinado a ser rey o reina de Isle Saint Croix. Recibirá un importantísimo legado. ¿Estás dispuesta a negárselo?

—No… claro que no… ¿Pero no hay otra forma de…?

—¿Le negarías la posibilidad de crecer junto a sus padres, de la seguridad que implica un matrimonio estable? ¿Serías capaz de

hacer eso? ¿Precisamente tú?

Leila se puso en pie, pálida.

—Ese ha sido un golpe bajo.

—Ahora tenemos un hijo en el que pensar. Nuestras preocupaciones son secundarias. Si decides ponerte en mi contra no duraré en utilizar toda mi influencia para que obedezcas.

—Miserable bast…

—No solo hay que pensar en el niño, sino también en la gente de Isle Saint Croix. La situación ha sido muy inestable e insegura desde que he regresado. Estamos en un momento muy delicado. Necesitamos lograr un mínimo de estabilidad para que el país logre ponerse de nuevo en pie. De lo contrario, podríamos sumimos de nuevo en el caos. Este escándalo es todo lo que necesitan mis enemigos para desequilibrar la balanza. ¿Serías capaz de cargar con eso en tu conciencia?

—Eso no es justo, Alix —dijo Leila, consternada—. Yo no soy responsable de lo que pueda sucederle a tu gente.

—No, pero yo sí, y estoy asumiendo toda la responsabilidad de esta situación.

Finalmente, y a pesar de saber que se enfrentaba a un matrimonio con alguien que la despreciaba por haberle dicho que lo había utilizado, el peso de la responsabilidad pudo con Leila.

Al menos Alix no había tratado de engañarla haciéndole creer que estaba enamorado de ella ni nada parecido. Para él tan solo era un medio para alcanzar lo que buscaba.

Su hijo no sufriría la carencia de un padre, no se sentiría rechazado y abandonado, como le había sucedido a ella.

—¿Qué le parece así, señorita Verughese?

Leila sonrió distraída a la estilista que la había estado esperando con un montón de ropa en la suite a la que la había llevado Alix de la mano, como si fuera una niña testaruda. También había una peluquera que además de peinarla se ocupó de maquillarla.

Cuando se miró en el espejo se quedó sin aliento. Parecía una mujer completamente distinta a la que había llegado al hotel. Estaba realmente elegante con el ceñido vestido color verde oscuro de manga larga que había elegido. Era un vestido recatado, sin

escote, pero le sentaba realmente bien. La peluquera le había hecho un precioso moño alto que dejaba expuesto su cuello.

Acababa de ponerse los zapatos de tacón que acompañaban al vestido cuando Alix apareció de nuevo.

—Déjennos solos, por favor —ordenó con amable firmeza.

Una vez a solas, Alix miró atentamente a Leila de arriba abajo, algo que le hizo sentirse totalmente cohibida. Aquel hombre era un extraño para ella, pero era un extraño que hacía que su cuerpo se sintiera intensamente vivo y consciente.

Alix sacó una pequeña caja de terciopelo de un bolsillo y la abrió. Dentro había unos pendientes de oro y esmeraldas, de diseño indio.

—Son preciosos —dijo Leila a pesar de sí misma.

—Pertenecen a las joyas de la corona. Póntelos.

Leila estuvo a punto de negarse, pero finalmente los tomó y se los puso.

—Tengo algo más…

Alix sacó otra cajita más pequeña. Los latidos del corazón de Leila arreciaron. Debía reconocer que había soñado muchas veces con aquel momento… pero no así.

Dentro de la caja se hallaba el anillo más bonito que había visto en su vida. Tenía cinco esmeraldas y parecía realmente antiguo.

—¿Cuántos años tiene?

—Es de mediados del siglo XVII.

—No puedo aceptarlo.

—Va a juego con tus ojos —dijo Alix mientras sacaba el anillo de la caja para introducirlo en el dedo anular de Leila—. Hay una cosa más —añadió.

—¿Más joyas? —preguntó Leila, desconcertada—. No necesito…

Alix la interrumpió inclinando la cabeza hacia ella para besarla. Leila se quedó tan asombrada que al principio no reaccionó, lo que dio a Alix la oportunidad de hacerle entreabrir los labios para profundizar el beso.

Leila trató de apartarse, pero él la sujetó por la nuca. Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se encontró aferrada a él, devolviéndole el beso como si acabara de encontrar una fuente en el desierto tras haber pasado días sin beber.

Una llamada a la puerta los interrumpió y Alix apartó la cabeza

para volverla hacia la puerta, por la que había asomado la cabeza de Andrés.

—Ya está todo listo —dijo.

—Enseguida salimos —replicó Alix con brusquedad.

Cuando Andrés desapareció, Leila se dio cuenta de que seguía aferrada a la chaqueta de Alix.

De inmediato dio un paso atrás y vio que Alix la estaba mirando casi con cautela, como si fuera a explotar. Y de hecho, había estado a punto de explotar entre sus brazos…

—¿A qué ha venido eso? —preguntó débilmente.

—La prensa nos espera. Tenemos que convencerlos de que tuvimos una pelea de novios y de que nos hemos reconciliado. Tu embarazo ha sido el catalizador que nos ha reunido de nuevo.

Aquello solo sirvió para confirmar a Leila hasta qué punto podía ser implacable Alix, pero lo cierto era que iban a tener un hijo juntos, y eso era lo primero, de manera que se alisó el vestido e irguió los hombros.

—Muy bien. Supongo que no debemos tenerlos esperando.

Incómodamente excitado, Alix observó con una punzada de admiración cómo se encaminaba hacia la puerta, erguida como una bailarina y con la elegancia y actitud de una auténtica princesa de la realeza.

Había tratado de bloquear el efecto del beso que acababan de darse, diciéndose que no podía haber sido tan intenso como había creído. Pero lo había sido.

Capítulo 9

El avión que tomaron tras la conferencia de prensa incluía un lujoso cuarto de estar, un comedor y un dormitorio con baño incluido. Aunque los auxiliares de vuelo les habían servido una apetitosa comida, Leila apenas fue capaz de probar bocado.

Pensó en cómo había respondido Alix a la pregunta de los periodistas sobre su padre.

—Si Alain Bastineau está tan seguro de que no es el padre de mi prometida, que lo demuestre haciéndose una prueba de ADN.

—Cuando te han preguntado por mi padre no tendrías por qué haber contestado lo que has contestado —dijo con voz ronca.

Alix se volvió a mirarla.

—Claro que sí. Cualquier hombre que rechaza a su propio hijo no puede ser considerado un hombre. Vas a ser la reina de Isle Saint Croix y no voy a permitir que se especule sobre ti.

Leila volvió a deprimirse al escuchar aquello. Alix solo la había defendido porque le preocupaba su reputación y ella había sido tan estúpida como para creerse otra cosa.

—Tienes que comer más. Has adelgazado —añadió Alix.

—Es normal perder peso al comienzo del embarazo.

—Irás a ver al médico en cuanto sea posible. Hay que organizar los cuidados…

Unas repentinas náuseas hicieron que Leila se llevara una mano a la boca a la vez que se levantaba para ir rápidamente al baño. Cuando terminó y se irguió vio a Alix reflejado en el espejo. Parecía realmente preocupado. Sin duda, lo que le preocupaba era el bebé.

—Estoy bien… —dijo débilmente—. Es normal.

—Estás pálida como un fantasma. Será mejor que te tumbes y descanses.

Leila obedeció dócilmente cuando Alix la tomó del brazo, la condujo al dormitorio, apartó las mantas y le hizo tumbarse. Acaba de sentarse en el borde de la cama cuando un inquietante pensamiento cruzó su mente.

—¿Qué va a pasar con mi tienda?

—Podemos arreglar las cosas para que alguien se ocupe momentáneamente de atenderla, aunque lo mejor sería venderla. Vas a estar muy ocupada siendo reina y madre.

Leila se puso en pie como una exhalación.

—¿De verdad pretendes dejarme así como así sin el negocio con el que me gano la vida? ¡Ese negocio es el legado de mi madre! —espetó Leila—. Para mí es una vocación elaborar perfumes, y no pienso renunciar a ello. Si te empeñas en lo contrario, me iré en el primer vuelo —concluyó, y a continuación se cruzó de brazos.

—De acuerdo —dijo Alix, tenso—. Ya veremos cómo incorporar el asunto de los perfumes a tu vida.

El enfado de Leila se esfumó con tanta rapidez como había surgido, dejándola agotada. Se tumbó en la cama y cerró los ojos con firmeza. Tal vez cuando despertara comprobaría que todo aquello no había sido más que una pesadilla…

Tras regresar a la sala de estar, Alix se sentó y pidió un whisky. Cuando ya tenía el vaso en la mano permaneció unos momentos mirándolo, pensativo. Siempre había creído que tener un hijo sería algo que se tomaría de forma bastante aséptica. No con indiferencia, por supuesto. Querría y cuidaría a su hijo tanto como pudiera, pero ¿cómo podía ser algo sobre lo que no sabía nada?

Él solo había querido de verdad a una persona: su hermano. Y el dolor que sintió cuando los mataron estuvo a punto de acabar con él también. Nunca olvidaría aquel dolor, y no quería volver a sufrirlo. Pero las emociones que estaba experimentando se acercaban peligrosamente a aquellas.

Cuando se planteó por primera vez hacer reina a Leila le pareció que sería una decisión sin complicaciones. Leila le gustaba. Le agradaba hablar con ella, pasar ratos a su lado. Le complacía haber sido su primer amante. El mero hecho de pensar en ello bastaba para excitarlo.

Para alguien que había sabido siempre que la elección de su prometida sería por encima de todo estratégica, Leila le había parecido una elección muy lógica. Hasta que ella había rechazado directamente su proposición.

Y ahora estaba embarazada y a él no le quedaba más remedio que hacerla su esposa. Había creído que Leila se estaba enamorando de él cuando, evidentemente no había sido así. Ignoró la tensión que experimentó en el pecho y se dijo que aquello facilitaría las cosas. Nada de emociones por parte de ninguno. Nada de ilusiones. Lo único que importaba era el bebé y el futuro de Isle Saint Croix y, por el bien de su gente, estaba decidido a que aquello funcionara.

Aterrizaron en la isla a medianoche, demasiado tarde para cualquier recepción oficial, para alivio de Leila. Su primera impresión de la isla fue el húmedo calor reinante. El cielo estaba cuajado de estrellas y del cercano mar llegaba una agradable brisa.

Durante el trayecto al castillo pasaron por varios pueblos pequeños antes de llegar a una población más grande que se hallaba junto al mar. Allí el coche giró y enfiló una carretera que llevaba al castillo, situado en lo alto de una colina.

Leila se quedó maravillada. En la televisión le había parecido como un juguete, pero en la realidad resultaba enorme e impresionante. Casi parecía haber sido tallado en la roca que lo rodeaba.

—Ese es el castillo. Nuestro hogar —dijo Alix.

«Nuestro hogar». Leila volvió a experimentar una intensa sensación de irrealidad.

—Ni siquiera sé qué idioma habláis…

—Es una mezcla coloquial de español, francés y árabe, pero la lengua oficial es el francés. Los franceses fueron quienes nos colonizaron y estuvieron más tiempo en la isla.

—Sé tan poco de tu país…

—Me ocuparé de que Andrés te enseñe todo lo necesario.

El conductor detuvo el coche cuando llegaron a un enorme patio de piedra con una fuente en medio. Leila vio a través de las ventanas tintadas del vehículo que los aguardaba una mujer grande y atractiva.

Cuando salieron del coche, Alix la condujo hasta ella.

—Esta es Marie Louise, la encargada del castillo —dijo con evidente aprecio—. Ella y su marido arriesgaron sus vidas por proteger algunas de las posesiones más antiguas de la familia, incluyendo las joyas de la corona.

—Hay que ser realmente valiente para hacer algo así —dijo Leila con una sonrisa.

Marie Louise le dedicó otra sonrisa radiante antes de acompañarlos al interior del castillo, lleno de imponentes corredores y patios interiores.

Alix habló a la mujer en su seductora lengua. Leila supuso que le había dado las buenas noches, pues Marie Louise se alejó de ellos tras despedirse. A continuación Alix le hizo una seña para que lo siguiera.

—Esta es la zona de los apartamentos privados de la familia real —dijo tras detenerse para abrir una puerta labrada en madera. Una vez en el interior se detuvieron ante otra puerta que Alix abrió para Leila—. Y estas son tus habitaciones.

A pesar de sí misma, Leila sintió una punzada de decepción.

—¿No vamos a compartir la habitación?

—No hasta que estemos casados. Hay que cuidar las formas.

—La gente ya sabe que hemos consumado nuestra relación —dijo Leila a la vez que se señalaba el vientre.

Alix tuvo que contenerse para no recordarle allí mismo y en la práctica cómo fue aquella consumación. La magnitud del hecho de que Leila estuviera en su castillo, embarazada, le estaba afectando en un lugar muy profundo y secreto.

—Espero que encuentres cómodas tus habitaciones —dijo mientras abría las puertas para pasar al interior—. He dado instrucciones para que tengas a tu disposición todo lo que puedas necesitar. También tienes cita mañana en el hospital para que te hagan una ecografía.

Leila hizo una mueca burlona.

—¿Para atender mi preciosa carga? ¿Para asegurarte de que todo irá bien antes del compromiso?

—Algo así —dijo Alix mientras se disponía a salir de nuevo—. Deberías descansar. Los próximos días van a ser muy ajetreados —añadió antes de abrir la puerta, casi temeroso de que Leila pudiera

percibir la falta de control que estaba experimentando a su lado.

Tratando de ignorar la dolorosa punzada que sentía en el corazón, y consciente de lo agotada que estaba después de todo lo sucedido, Leila no perdió el tiempo explorando la lujosa habitación. Se limitó a desnudarse y a meterse en la cama, que era tan grande como un campo de fútbol.

A pesar del cansancio permaneció largo rato despierta, mirando al techo. No podía dejar de pensar en el hecho de que, a pesar de que la había besado, era obvio que Alix ya no la deseaba. De hecho, no había parado de mirarla como si no soportara estar cerca de ella. Pero entonces ¿qué podía mantenerlos unidos más allá del deber y la responsabilidad compartida de un hijo?

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, Leila estaba caminando de un lado a otro de su lujosa habitación. Marie Louise había aparecido aquella mañana con una joven que, al parecer, iba a ser su doncella personal. Cuando esta protestó, la ignoraron con una sonrisa y la acompañaron a un pequeño comedor adyacente al dormitorio en el que le habían servido un delicioso desayuno.

Después, y dado que su equipaje aún no había llegado, exploró el vestidor y los armarios que contenía. Encontró toda clase de ropa y optó por un sencillo vestido azul oscuro y unos zapatos a juego. Estaba mirándose en espejo y acababa de apoyar una mano en su vientre cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—¿Cómo estás hoy?

Leila se volvió, sobresaltada, y vio a Alix tras ella, con las manos en los bolsillos y vestido con un sencillo traje oscuro y camisa blanca. Su expresión no había perdido la mezcla de reserva y desaprobación del día anterior.

—¿Ha llegado la hora de comprobar si tu precioso heredero está bien? —preguntó con la barbilla ligeramente alzada.

Los ojos de Alix destellaron como si le hubiera molestado su insolente actitud.

—El médico nos está esperando en el hospital.

Cuando salieron del castillo había una docena de guardaespaldas esperándolos. Mientras estos ocupaban sus lugares en sus coches, Alix se acercó a un Jeep, abrió la puerta de pasajeros para Leila y

luego ocupó el asiento del conductor. La comitiva se puso en marcha un momento después con un par de coches por delante y por detrás del Jeep.

—Ayer me comentaste que la situación del país aún era bastante inestable —dijo Leila, nerviosa—. ¿Aún hay peligro?

—Jamás se me ocurriría poneros a ti o al bebé en peligro —replicó Alix, casi enfadado—. Vamos protegidos por miembros de la mejor empresa de seguridad del mundo.

—No pretendía implicar que fueras a ponerme… a ponernos en peligro.

Alix dio un suspiro y Leila notó cómo se relajaba.

—Discúlpame. Pero no tienes por qué preocuparte. La oposición no es numerosa y carece de poder real. Me he asegurado de ello. Pero no puedo permitirme dar nada por sentado hasta que la situación económica de Isle Saint Croix sea más estable. También debo tomarme tiempo para que la gente se acostumbre a que su rey esté de vuelta. Aún no saben cómo voy a ser y cómo pienso organizar las cosas.

—¿Y van a tener que hacerte reverencias y cosas de esas?

Alix se volvió para mirarla con expresión incrédula.

—¡No! Claro que no. No podría imaginar nada peor. Quiero ser un rey cercano a la gente. No quiero pompas ni ceremonias, pero sí quiero ser un buen líder y ocuparme de protegerlos y de que tengan lo necesario.

Aquellas palabras ejercieron un profundo efecto en Leila. Alix había sonado tan… protector. Antes de tener tiempo para analizar cómo le hacía sentirse aquello vio que entraban en un aparcamiento que se hallaba en el exterior de un edificio que tenía un aspecto bastante destartalado.

Alix hizo una mueca mientras detenía el coche.

—El hospital no tiene muy buen aspecto, pero contamos con algunos de los mejores especialistas del mundo. Yo me he ocupado personalmente de los estudios de nuestros jóvenes médicos en el extranjero para que cuando vuelvan puedan enseñar a otros. También estamos construyendo un nuevo hospital en un lugar cercano. Cuando esté listo, derruiremos este.

Leila se sorprendió una vez más al comprobar lo comprometido que se sentía Alix con su isla… y al constatar lo poco que lo

conocía.

Un rato después estaba en la consulta del médico que se iba a ocupar de su embarazo, un señor mayor sonriente y con aspecto de sabio. Tras una breve consulta sobre las fechas del embarazo, una enfermera la llevó a otra sala para prepararla para la ecografía. Cuando ya estaba vestida con una bata y tumbada en la camilla, el doctor entró en la consulta acompañado de Alix. El doctor era un hombre cálido y charlatán, pero Leila no pudo evitar sentirse nerviosa mientras le extendía el gel por el vientre.

Miró a Alix, que estaba observando atentamente el monitor en el que el médico había centrado su atención mientras movía el aparato de ultrasonidos sobre su vientre. Habría querido tomarlo de la mano para sentir su apoyo y su fuerza, pero se contuvo. Su madre había pasado por aquello mismo a solas.

De pronto, el sonido de un rápido latido inundó la habitación y Leila tardó unos momentos en darse cuenta de que se trataba del corazón de su bebé.

El doctor sonrió.

—No hay duda de que es un bebé fuerte…

En la pantalla estaba apareciendo una forma. La cabeza era visible, y la espina dorsal. Parecía tan delicado y frágil… y, sin embargo, estaba allí, creciendo, transformándose en alguien, un niño o una niña.

Emocionada, Leila tuvo que llevarse la mano a la boca para contener un sollozo. El amor que experimentó, junto con un intenso afán de protección, la aturdieron. Fue una sensación totalmente visceral, instintiva y primaria.

—Todo parece en orden —estaba diciendo el médico—. De momento, coma bien, haga un poco de ejercicio y duerma todo lo posible.

Leila se limitó a asentir, demasiado emocionada como para hablar. Cuando se sintió un poco más recuperada miró a Alix, pero no estaba preparada para ver su cerrada expresión, su mirada impenetrable. Constatar que no estaba experimentando las mismas sensaciones que ella fue como una auténtica bofetada.

—De manera que todo está bien ¿no? —dijo Alix cuando pareció salir del trance en el que se encontraba.

—Sí, sí… No hay nada de qué preocuparse.

—Bien.

Alix ni siquiera miró a Leila. Lo único que le importaba era constatar que el bebé estaba bien.

Leila agradeció la distracción que supuso la llegada de la enfermera para ayudarla a cambiarse. Cuando el doctor y Alix salieron hizo lo posible por ignorar el dolor que sentía en el corazón.

Al salir al pasillo su ira se incrementó al ver a Alix caminando de un lado a otro mientras hablaba por teléfono. Cuando él la vio hizo un gesto para que lo siguiera, y Leila prácticamente tuvo que trotar para mantener su ritmo.

Alix no terminó de hablar hasta que estuvieron de vuelta en el Jeep y cuando colgó reinó el silencio entre ellos. Leila se empeñó en no romperlo a pesar de las miradas de reojo que le dirigió Alix. En cuanto este detuvo el coche ante la puerta del castillo, prácticamente saltó del coche y se encaminó rápidamente hacia sus habitaciones.

Unos segundos después escuchó unos pasos a sus espaldas.

—¡Leila! ¿Pero qué…? ¡Para!

Leila se detuvo, sin aliento, sintiéndose completamente perdida. Se volvió hacia Alix, que la miraba con el ceño fruncido.

—No has sentido nada mientras mirabas la ecografía ¿verdad? —dijo a la vez que apoyaba una mano en su vientre—. Tan solo satisfacción por saber que tu precioso heredero está bien.

Mientras la miraba, Alix pensó que Leila nunca le había parecido más bella. Sus mejillas estaban ligeramente ruborizadas y sus ojos destellaban de rabia… y de algo más que no quiso pararse a identificar.

Al oír voces por el pasillo, tomó a Leila por el brazo y la condujo hasta la habitación más cercana.

Una vez en el interior, Leila se liberó de su mano de un tirón. Cuando miró a su alrededor, se quedó asombrada ante el lujo que la rodeaba.

—¿Qué lugar es este?

—Era el *hammam* de las mujeres. El harén también está en esta sección.

—¿El harén? —repitió Leila, incrédula—. Pensaba que aún estábamos en la civilización, no en un reino medieval.

—Hace mucho que no existen lo harenes.

Leila rio burlonamente.

—Vaya, menos mal. ¿Y no estarás pensando en volver a ponerlos de moda? ¿No quieres tener esposas adicionales para completar tu cuota de hijos?

Alix apretó tanto la mandíbula que le dolió.

—¿Te importaría decirme de qué estás hablando? —logró decir a pesar de la tensión.

Leila se cruzó de brazos, algo que tan solo sirvió para que Alix notara cómo habían crecido sus deliciosos pechos.

—Estoy hablando del hecho de que habría dado lo mismo que lo que te hubieran enseñado en el hospital fuera un informe meteorológico. ¿Acaso no te ha afectado en lo más mínimo ver a nuestro bebé en la pantalla?

Capítulo 10

Alix se quedó mirándola, perplejo. Le había afectado tanto que casi se había desmayado a causa de una mezcla de orgullo, amor… y terror. Terror de que pudiera sucederle algo malo a una vida tan frágil, terror de que pudiera sucederle algo malo a Leila.

—Has estado tan frío, tan impenetrable… —continuó ella—. Es evidente que para ti lo único que hay entre nosotros es un sentido de la responsabilidad y del deber. No sientes nada por este bebé más allá del hecho de que sea tu heredero…

Alix alzó una mano para interrumpirla. Las palabras de Leila le estaban afectando profundamente, pero tan solo lograba ver lo preciosa y vital que era.

—¿Dices que no hay nada entre nosotros? —preguntó a la vez que daba un paso hacia ella.

—No lo hay —replicó Leila, aunque más cautelosa—. Solo me utilizaste para que la prensa se ocupara de distraer a tus enemigos. Y no me deseas… tan solo quieres un recipiente para tus herederos. Pero eso no es suficiente para mí ni para el bebé —añadió con toda la firmeza que pudo.

—Estás equivocada y lo sabes —murmuró Alix muy cerca de ella.

—Ah ¿sí? ¿Y se puede saber en qué estoy equivocada?

Alix alzó una mano y tomó un mechón del pelo de Leila entre sus dedos.

—Sí que hay algo entre nosotros, lo suficiente para mantenernos unidos para siempre. Te deseo, Leila. Llevo siete semanas volviéndome loco de deseo, y me temo que nunca me saciaré de ti… maldita seas.

A continuación, sin más preámbulos, incapaz de contenerse,

estrechó las abundantes curvas del cuerpo de Leila contra el suyo y la besó sin contemplaciones.

Leila sintió que se le fundía el cerebro. Durante unos segundos tan solo experimentó un intenso alivio ante el duro beso de Alix, que enseguida empezó a volverse más apasionado, más profundo.

Alix le acarició con ambas manos la espalda, la cintura, y finalmente la tomó por los glúteos para presionarla contra sí y hacerle sentir la dura protuberancia de su erección.

Leila gimió contra su boca y se frotó instintivamente contra él mientras acallaba las campanillas de advertencia que estaban sonando en su cabeza.

Alix interrumpió el beso para apartar la tela de su vestido y dejar expuestos sus senos, cubiertos tan solo con el encaje del sujetador.

Leila tuvo que morderse el labio inferior para no ponerse a rogarle. Solo lograba mantenerse en pie porque Alix la estaba sujetando por la cintura. Entonces él tiró sin miramientos del sujetador hacia abajo y, tras liberar uno de sus pechos, tomó su pezón entre dos dedos y lo oprimió con delicadeza.

Leila estaba tan sensibilizada que estuvo a punto de gritar mientras movía su pelvis en círculos contra él, desbocada.

Alix la sorprendió tomándola de repente en brazos. Un instante después entraba con ella en una habitación en la que había una enorme cama circular y montones de espejos. Parecía un lugar de cuento, pero cuando Alix la dejó en la cama Leila supo a ciencia cierta que aquello no era un sueño. Sabía que debería haberse levantado para marcharse de allí corriendo, pero era incapaz de moverse. Además, no quería hacerlo.

Si aquello era todo lo que había entre ellos, lo deseaba con tanta o más intensidad que el propio Alix.

Alix se desvistió rápidamente y un instante después estaba sobre ella. Tras besarla en la boca, deslizó los labios por su mejilla hasta su cuello, donde la mordisqueó y absorbió con firme delicadeza, como si quisiera dejar su marca en ella.

Leila lo rodeó con sus brazos y lo acarició mientras un delicado gruñido de pura satisfacción femenina escapa de su garganta. Luego deslizó una mano entre sus cuerpos para tomar en ella la orgullosa y poderosa erección de Alix. Sintiéndose más segura de sí misma

que nunca, comenzó a mover la mano delante y atrás, disfrutando de cómo se contraían los músculos del abdomen de Alix bajo sus caricias.

Un instante después, Alix la tomó de la mano y le hizo retirarla.

—Si sigues acariciándome así esto se va a terminar enseguida. Te necesito… ahora.

Leila experimentó de inmediato la misma urgencia, pero aún estaba medio vestida, de manera que Alix tuvo que ocuparse de desnudarla. Cuando terminó se irguió para mirarla. El brillo de su intensa mirada hizo que Leila experimentara una oleada de calor. Entonces Alix se situó sobre ella y le hizo separar las piernas. Tras dedicar una exquisita atención a sus pechos y a sus pezones, deslizó la lengua por su vientre y, a la vez que le hacía subir las piernas a sus hombros, acarició con ella el sexo de Leila, cuya cálida humedad revelaba la intensidad de su deseo.

Leila se sintió totalmente expuesta mientras Alix deslizaba las manos bajo su trasero para poder alzarla y administrarle con más comodidad sus enloquecedoras atenciones. Cuando Alix encontró el centro de su deseo, lo lamió y sorbió hasta que Leila lo agarró por el pelo y presionó su sexo contra él para que la penetrara más profundamente con su lengua.

Y aunque experimentó un intenso clímax contra su boca, no fue suficiente. Estaba jadeando, casi gimiendo cuando Alix se irguió sobre ella como una especie de semidiós.

Tras un enigmático segundo de silenciosa comunicación, se inclinó de nuevo sobre ella para penetrarla profundamente. Y el mundo de Leila volvió a estallar en un millón de fragmentos por segunda vez. Pero, a pesar de sentirse embarcada en un interminable momento de completa felicidad, sintió que su cuerpo era recorrido por la oleada de un tercer clímax.

Al captar un destello en lo alto, miró. El techo estaba cubierto de espejos y, al ver reflejado en estos el magnífico y musculoso cuerpo de Alix moviéndose sobre ella, alcanzó un nuevo orgasmo a la vez que él se contraía y, con un ronco y prolongado gemido de placer, derramaba su ardiente semilla dentro de ella.

Leila despertó completamente desorientada. Al contemplar su

reflejo en el espejo del techo, su mente se llenó de imágenes de la reciente pasión.

—Estás despierta.

Leila alzó la cabeza y vio a Alix junto al balcón.

—Sí, estoy despierta —dijo mientras se erguía para tomar su vestido de los pies de la cama. Se lo puso bajo la atenta mirada de Alix.

—Antes me has preguntado que si me había afectado ver al bebé en el hospital.

Leila se quedó muy quieta y asintió.

—Por supuesto que me ha afectado. ¿Qué clase de hombre sería si no hubiera sentido nada al ver a mi hijo?

—¿Y por qué no has dicho nada?

—Porque no he podido. Estaba demasiado conmocionado.

Leila sintió una leve llama de esperanza en su corazón.

—Yo también me he sentido así. Pero cuando te he mirado estabas tan encerrado en ti mismo… Me asusta que no quieras a este bebé, que para ti solo sea un medio para conseguir un fin.

Alix no parecía muy dispuesto a seguir con la conversación pero finalmente dijo:

—Debería hablarte sobre mi hermano.

—Me contaste que fue asesinado… junto a tus padres.

—Max era discapacitado debido a una carencia de oxígeno en el cerebro cuando nació prematuramente. Yo tenía cinco años cuando nació. Pasó mucho tiempo en el hospital, en una incubadora. Mis padres apenas le hacían caso, de manera que yo pasaba casi todo el rato con él. Para mi padre era evidente que no iba a poder ser rey, de manera que lo ignoraba.

—¿Y tu madre? —preguntó Leila, conmocionada.

—Apenas sabía que yo existía, y menos aún Max.

—Tu hermano debió quererte mucho.

—Me seguía a todas partes, pero yo no podía darle lo que más necesitaba: el amor de nuestros padres. En realidad ellos fueron los responsables de su muerte. Se aseguraron de que yo estuviera protegido para perpetuar la corona y se quedaron con Max para que, al verlo con ellos, los soldados los siguieran de manera que yo tuviera tiempo de escapar. Lo último que recuerdo es a Max llamándome a gritos… pero no me dejaron ir por él —Alix dejó de

hablar y miró a Leila, angustiado—. Saber que lo había dejado casi me mató. Tuve pesadillas durante años. A veces aún las tengo…

Leila dio un paso hacia él.

—Oh, Alix… lo siento tanto…

—No quiero tu lástima, Leila —dijo él con aspereza—. Es lo último que merezco. Te he contado todo esto porque necesito que sepas que hoy sí he sentido algo. Pero no quiero engañarte: siempre me he visto a mí mismo manteniendo la distancia emocional con mi reina y mis hijos. Mi papel de rey es un trabajo, y no puedo permitirme distracciones. Pero cuando he visto la ecografía todo ha regresado de repente, el amor que sentía por Max, el dolor por su pérdida… Me aterroriza no ser capaz de controlar lo que siento por mi hijo. Si le sucediera algo, no podría volver a sobrevivir a la pena —Alix se acercó a Leila y la tomó por los hombros—: Quiero a nuestro bebé, Leila, y haré todo lo posible para atenderos bien a ambos… y a cualquier otro hijo que podamos tener.

Leila se quedó muy quieta. En realidad nada había cambiado. Aunque Alix se hubiera abierto a ella, su principal preocupación era el bebé. No ella.

Cuando Alix alzó una mano para acariciarle el rostro, Leila dio un paso atrás.

—Me siento bastante cansada —dijo, obligándose a sonar más calmada de lo que se sentía—. Me gustaría volver a mis habitaciones.

Alix asintió lentamente, consciente de la reticencia de Leila.

—De acuerdo —dijo, tenso—Vamos.

—¿Qué piensas hacer con esta parte tan exótica del castillo? —preguntó Leila mientras salían de las habitaciones.

Alix contempló su curvilínea figura mientras caminaba ante él. Su mente se llenó de imágenes de la increíble pasión reciente y su cuerpo despertó de inmediato.

—Había pensado en librarme de él, pero ahora quiero conservarlo. Pero no será para más esposas, Leila. Será para nosotros dos.

Leila de detuvo y se volvió a mirarlo, ruborizada.

—Resultaría un poco extravagante, ¿no crees? Todo un *hammam* y un harén solo para dos…

—Será solo para que lo disfrutemos tú y yo —dijo Alix con una

sonrisa—. Vas a ser mi reina y debo asegurarme de que estés satisfecha.

—Me sentiré satisfecha cuando no te alejes emocionalmente de nuestro hijo, Alix —dijo Leila, pálida—. El sexo es solo sexo.

Aquellas palabras fueron como un golpe físico contra el pecho de Alix, que se quedó contemplando cómo se alejaba Leila por el pasillo. «El sexo es solo sexo».

—Leila —llamó.

Leila se detuvo y se volvió hacia él, reacia.

—Es por aquí —Alix señaló la dirección opuesta y observó a Leila mientras giraba y pasaba junto al él con la cabeza bien alta. Tuvo que contenerse para no arrastrarla de nuevo al *hammam* para demostrarle que sabía muy bien que el sexo era solo sexo.

Lo que le irritaba era que no necesitaba que Leila le recordara aquello. De manera que ¿por qué sentía la repentina necesidad de demostrárselo… tanto a ella como a sí mismo?

Leila se detuvo ante la puerta de sus habitaciones, muy consciente de la mirada de Alix a sus espaldas. «El sexo es solo sexo». ¡Ja! Teniendo en cuenta cómo se sentía, ¿a quién trataba de engañar? Lo que había sucedido en el *hammam* le había hecho recuperar todos los sentimientos que la asaltaron tras regresar de Venecia, cuando pensó que se estaba enamorando de Alix.

Pero ya no podía evadir por más tiempo la verdad. Estaba perdidamente enamorada de Alix, y aquel último encuentro de «solo sexo» la había dejado sin ningún lugar en que esconderse.

—Espera —dijo Alix al ver que estaba a punto de entrar.

Antes de volverse Leila hizo un esfuerzo por controlar su expresión. No pensaba dejar ver a Alix que lo que había sucedido había sido catastrófico para ella.

—¿Sí? —preguntó educadamente.

—A finales de esta semana vamos a celebrar la fiesta de compromiso. Será una oportunidad para presentarte en sociedad. Habrá invitados de todas partes del mundo.

Los nervios asaltaron de inmediato a Leila. Ella era una simple perfumista que atendía su pequeña tienda, ¡no alguien que se movía confiadamente entre los miembros de la realeza!

—De acuerdo… bien… —se limitó a decir a la vez que entraba en su dormitorio.

La tarde de la fiesta de compromiso Leila estaba hecha un manojo de nervios. Apenas había visto a Alix aquellos días, que le había enviado mensajes y notas explicando que estaba muy ocupado manteniendo reuniones políticas y organizándolo todo.

Aparte de haber tenido que asistir a varias sesiones para que le tomaran medidas, Leila había recibido instrucciones sobre la etiqueta y sobre lo que se esperaba del comportamiento de una reina.

En aquellos momentos, Amalie, su doncella personal, la estaba ayudando a vestirse. Cuando terminó, Leila se miró en el espejo y apenas reconoció a la elegante mujer que vio reflejada en el espejo.

Alix, que llevaba unos segundos en el umbral sin que se fijaran en él, se quedó sin aliento ante su belleza. Leila llevaba un vestido crema sin tirantes con un corpiño que ceñía sus sensibilizados pechos antes de caer en delicadas capas de chifón hasta el suelo. Su negra melena estaba sujeta en un moño bajo. En cuanto al maquillaje, llevaba sutilmente pintados los ojos y los labios.

El cuerpo de Alix reaccionó con predecible fuerza, una fuerza que se había pasado evitando toda la semana como un cobarde a base de mantenerse ocupado.

Cuando Leila se volvió y lo vio, Alix entró en la habitación con una cajita de terciopelo en la mano. La joven doncella hizo una reverencia y salió.

—¿Más joyas? —preguntó Leila con ironía.

—Sí, más joyas —Alix disimuló su irritación mientras se detenía ante Leila y abría la caja para mostrarle un precioso collar con unos pendientes a juego. Sacó el collar y se lo puso.

Leila se llevó una mano al cuello para tocarlo.

—Es precioso —murmuró—. No pretendía parecer desagradecida, pero es que no estoy acostumbrada a todo esto. Siento que no doy la talla.

—Claro que das la talla —dijo Alix con una sonrisa—. Siento haberte dejado prácticamente sola esta semana, pero he estado muy ocupado —añadió, y sus propias palabras le parecieron patéticas. Ninguna mujer le había hecho sentir nunca que no controlaba la situación. Ninguna excepto aquella—. ¿Estás lista?

Leila asintió. Al notar sus nervios, Alix la tomó de la mano para salir de las habitaciones y avanzar por el pasillo hacia el salón del

que llegaba el murmullo de las voces de más de doscientos invitados. Alix sintió que se le encogía el corazón al ver la expresión de miedo del rostro de Leila.

—¿Y si no soy capaz de hacer esto? —murmuró—. No soy una princesa de verdad…

Alix le hizo detenerse para mirarla. Sus ojos parecían dos grandes lagos verdes, y no pudo resistirse a atraerla hacia sí para besarla. Sus bocas y sus lenguas se unieron en un ardiente y apasionado beso que parecía llevar demasiado tiempo esperando a ser dado. Consciente de que podía acabar apoyando a Leila contra la pared para tomarla allí mismo, Alix se apartó, aturdido.

—Lo vas a hacer perfectamente —logró decir—. Limítate a seguirme la corriente —añadió a la vez que volvía a tomarla de la mano.

Leila no supo muy bien cómo logró moverse, pero de pronto se encontró en lo alto de las escaleras que llevaban al majestuoso salón de baile del palacio y todos sus nervios regresaron. Cuando los invitados los vieron, los murmullos de conversación se fueron apagando. Alix tomó la mano de Leila y la colocó sobre su brazo.

Un hombre uniformado golpeó con un largo bastón de mando el suelo y dijo en voz alta y sonora.

—Les presento al Rey de Isle Saint Croix, Alixander Saúl Almaric Saint Croix, y a la futura Reina y madre de Isle Saint Croix, Leila Amal Lakshmi Verughese.

Leila respiró profundamente mientras bajaban las escaleras, a cuyos pies los aguardaba Andrés, que se dedicó recorrer el salón con ellos presentándolos a todo el mundo.

Capítulo 11

Varias horas después Leila se preguntó si la sonrisa se le habría quedado pegada la cara para siempre, y si sus ardientes pies iban a sobrevivir a los zapatos de tacón alto. Alix, que estaba hablando con un hombre mayor de aspecto imponente, se volvió hacia ella.

—¿Estás bien? Probablemente no deberías haber estado tanto tiempo de pie.

—No seas tonto —dijo Leila, conmovida a pesar de sí misma por la sincera preocupación que reflejaba el rostro de Alix—. Estoy embarazada, no paralítica.

Alix hizo un gesto a un miembro de su comitiva y unos segundos después salían a un pequeño patio adyacente al salón de baile.

Leila ocupó un asiento con un suspiro de alivio y se quitó un momento los zapatos. Al notar que Alix la miraba, dijo:

—De acuerdo, los pies estaban empezando a matarme.

El hombre al que había hecho una seña Alix apareció un momento después con una bandeja con agua y algunos aperitivos. Alix se aflojó la corbata y ocupó otra silla junto a Leila. Después tomó una aceituna de un platillo y se la comió. Leila tomó un volován de verdura y lo saboreó con auténtico placer, más hambrienta de lo que le habría gustado admitir.

—Deberías comer más —dijo Alix.

—Aún tengo náuseas a veces, pero el médico ha dicho que se me pasarán pronto.

Alix se levantó y contempló distraídamente las vistas que había desde la terraza. Hubo algo en su perfil que transmitió tal sensación de soledad que Leila temió no llegar a conocerlo nunca de verdad. ¿Lo habría llegado a conocer realmente alguna mujer? Aquella pregunta despertó en ella un sentimiento oscuro e incontrolable.

Los celos.

—¿Has estado alguna vez enamorado de verdad, Alix? —preguntó en el tono más ligero que pudo.

Alix se tensó un momento antes de contestar.

—Una vez creí estar enamorado. Pero no era amor.

—¿Quién era ella?

—La conocí en los Estados Unidos, mientras estudiaba. Creía que ella solo me conocía como Alix Cross, que se sentía atraída por mí mismo, no por quien era… Ella era inglesa y estaba pasando una temporada debido a algún tipo de escándalo en que se había visto envuelto su padre. Estaba buscando una manera de regresar a Europa y restaurar su reputación a través de alguien. Y me eligió a mí. Yo era joven y crédulo, pero ella se limitó a utilizarme para lo que quería. Un día la encontré en la cama con uno de mis guardaespaldas —Alix hizo un gesto con la mano para quitar importancia a lo sucedido—. Ya te he dicho que mi hermano fue la única persona a la que he querido. He crecido sabiendo que cualquier matrimonio sería una alianza estratégica. No vi amor entre mis padres. El amor nunca ha formado parte de mi vida. Puedo prometer honrarte y respetarte, Leila. Esta tarde lo has hecho muy bien y estoy convencido de que serás una gran reina además de la madre de nuestros hijos. Pero no puedo prometerte nada más.

Allí estaba, la brutal verdad, instalada entre ellos como un feo gnomo, aplastando las esperanzas y sueños que pudiera tener Leila.

—Al menos sabemos a qué atenernos —dijo, como si no estuviera sintiendo el corazón lacerado por mil lanzas.

Para evitar que Alix notara cómo se sentía, se levantó. Pensó en lo que había dicho Alix sobre lo de haber sido utilizado por aquella mujer y su conciencia entró en acción. No quería hacerlo, pero la honestidad de Alix la obligaba a corresponderlo.

—Te debo una disculpa, Alix.

—Ah ¿sí?

Leila evitó su mirada.

—Aquel día, en París, cuando te dije que tan solo me había limitado a utilizarte porque quería librarme de mi virginidad… te mentí. Me sentía humillada y dolida y no quería que lo notaras —la expresión horrorizada de Alix le hizo añadir rápidamente—: Pero no te preocupes. No me estaba enamorando de ti… Solo fue orgullo

herido.

Al ver que la expresión de Alix se despejaba Leila sintió que se le encogía el corazón.

—Lo único que quiero a partir de ahora es que haya sinceridad entre nosotros —continuó—. No voy a negar que este matrimonio no me va a dar todo lo que necesito emocionalmente, pero voy a hacerlo por nuestro bebé, y trataré de ser una buena reina para ti.

«Este matrimonio no me va a dar todo lo que necesito emocionalmente», repitió Alix en su mente. El hecho de que Leila hubiera reconocido que no era cierto que lo hubiera utilizado desmontó en su interior algo a lo que se había estado aferrando desde su reencuentro, algo que le había hecho sentirse protegido.

De pronto se sintió como un auténtico fraude junto a ella. No se merecía a alguien tan sincero a su lado, tan natural. Debería dejar que se fuera… pero no podía. Estaban unidos por el bebé.

—Yo también debo contarte algo. Cuando te conocí me sentí consumido por ti. Jamás planeé utilizarte como pantalla de humo. No había nada planeado. Pero es cierto que acepté que nos hicieran unas fotos en la isla, aunque exigí que no se te reconociera. No tenía derecho a utilizarte, y lo siento de verdad, porque al final acabaron descubriendo quién eras. Pero fui tras de ti porque te deseaba de verdad.

Aquella admisión hizo que Leila se sintiera muy vulnerable. Saber que Alix no la había utilizado desde el principio hacía que las cosas resultaran más duras.

—Todo eso está en el pasado y ahora estamos aquí —dijo en el tono más desenfadado que pudo—, así que creo que debemos seguir avanzando.

Temiendo que Alix pudiera leer la verdad en sus ojos, lo rodeó y se encaminó de nuevo al salón.

Pasó el resto de la tarde evitando a Alix. Sabía que habían acordado ser sinceros, pero tampoco había que llevar aquella sinceridad demasiado lejos. Si iba a tener que enfrentarse a una vida con un hombre que nunca podría llegar a amarla, también iba a tener que aprender a desarrollar algunos mecanismos de defensa.

A lo largo de los días siguientes Leila se esforzó por ir

adaptándose a su futuro papel de reina. Visitó el hospital, algunos colegios, y asistió a diversos acontecimientos públicos. Poco a poco, y con el incondicional apoyo de Andrés, se fue convenciendo de que tal vez podría llegar a ser una auténtica reina para los habitantes de Isle Saint Croix. Pero sabía que para sobrevivir debía crear unos firmes lazos con Alix.

El hecho de que este no hubiera tratado de acostarse con ella aquellas últimas noches le había producido tanta frustración como alivio, porque sabía que la mera intimidad física sin amor acabaría destrozándola. Pero lo cierto era que Alix parecía cada vez más distante, algo que también la estaba minando más y más por dentro.

Cuando aquella mañana fue a verlo a su despacho, Alix se retiró de inmediato tras su escritorio, como si necesitara interponer algo físico entre ellos para protegerse.

—¿Qué deseas, Leila? —preguntó formalmente, pero al notar la palidez del rostro de su prometida frunció el ceño—. Estás haciendo demasiadas cosas. Ya le he dicho a Andrés que estás lo suficientemente ocupada con los preparativos de la boda…

Leila alzó una mano mientras se sentaba.

—Estoy bien. En serio —tras un suspiro, añadió—: Quería hablar contigo sobre algo. Sobre nosotros. Sobre nuestro matrimonio.

Alix se sentó.

—Adelante —dijo con voz ronca.

—Quiero comprometerme a cumplir lo mejor posible con mi papel de reina, y a querer y cuidar a nuestro hijo… o a nuestros hijos, si llegan más. Creo que podemos tener una relación armoniosa, y eso es importante para mí por el bien de nuestros hijos… porque supongo que querrás tener más.

—Leila… —empezó Alix, pero ella lo interrumpió.

—Pero aparte de nuestros hijos, y de las actividades sociales con que deba cumplir, preferiría que viviéramos lo más separados que sea posible. No quiero compartir una habitación contigo. Y, de haber alguna intimidad entre nosotros, preferiría que tan solo fuera con la finalidad de procrear. Entenderé que eso no te baste, pero te pediré que seas discreto en tus aventuras, si es que necesitas tenerlas.

La expresión de Alix se había ido volviendo más y más sombría. Cuando Leila terminó de hablar, se puso en pie, apoyó ambas

manos en el escritorio y se inclinó hacia ella.

—Mi padre se dedicó a pasear por el palacio y por la isla a todas las queridas que le dio la gana, y eso hizo mucho daño a nuestra isla. Hace tiempo que juré no comportarme nunca como él, de manera que no necesitaré ser discreto con mis queridas porque no pienso tenerlas —rodeó el escritorio y se acercó a Leila, que se levantó de su asiento—. Y tampoco estoy de acuerdo en que llevemos vidas separadas. Quiero que compartas mi cama y que nuestra intimidad sea tan constante y variada como sea posible. ¿De verdad estás sugiriendo que imponga mi voluntad a una esposa reacia?

Leila tuvo que reprimir una risita histérica. Por supuesto que Alix no tendría que imponerse a una esposa reacia. Incluso en aquellos momentos, cada célula de su cuerpo clamaba por estar más cerca de él. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que estaría dispuesto a admitir aquella ridícula oferta? ¿En qué había estado pensando?

—En ese caso, me temo que no voy a poder seguir adelante con esto, Alix —dijo, sintiendo que el pánico estaba a punto de adueñarse de ella—. Pensé que podría, por el bien de nuestro bebé… pero no puedo.

—¿De qué estás hablando, Leila?

—Te estoy diciendo que necesito más de lo que puedes ofrecerme. Lo siento. Creí que podría seguir adelante, pero no puedo.

Aterrorizada ante la posibilidad de romper a llorar delante de Alix, se volvió y salió rápidamente del despacho.

Alix se quedó mirando la puerta cerrada, sintiendo que todo daba vueltas a su alrededor. Irónicamente, Leila acababa de describir la clase de matrimonio que él siempre había creído desear.

Se habría reído allí mismo de no haberse sentido consumido por la terrible revelación que tuvo en aquel instante. El arrebato de amor y la emoción que había experimentando viendo la ecografía de su hijo había sido tanto por este como por Leila. Tan solo había estado negándose a sí mismo aquella catastrófica verdad.

Leila acababa de decir que necesitaba más. Y lo irónico era que él también quería más. De pronto lo quería todo… pero ya era demasiado tarde.

Los dioses no se estaban riendo de él. De hecho, se estaban

carcajeando histéricamente.

Leila estaba sentada en la terraza, contemplando pensativamente las impresionantes vistas que había desde el castillo. Había pasado un rato desde su conversación con Alix y ya había asumido la inutilidad de tratar de mantenerse firme en su posición.

Cuando, un rato después, Alix acudió a la terraza y se acercó a ella, dijo sin preámbulos.

—Lo siento. Antes he reaccionado más de lo debido. Por supuesto que no voy a irme. No puedo. Nuestro bebé merece tener a sus dos padres. Creo que han sido las hormonas… o algo.

Alix permaneció un momento en silencio y luego alargó una mano hacia ella.

—¿Vienes conmigo? Quiero enseñarte algo.

Tras un instante de duda, Leila aceptó su mano.

Unos minutos después circulaban en un Jeep por una carretera cercana. Alix había ordenado a su escolta que no los acompañaran. Detuvo el vehículo a aproximadamente dos kilómetros del castillo y salieron. Leila miró a su alrededor, pero no vio nada especial. Alix la condujo hasta una amplia zona que acababa de ser despejada de vegetación.

—¿Qué es? —preguntó Leila.

—Aquí van a construir tu nueva fábrica.

—Mi… ¿fábrica? —repitió Leila, sin comprender.

Alix asintió.

—Te he concertado una reunión con los arquitectos para que les expliques cómo necesitas que sea. También habrá espacio para un jardín en el que puedas cultivar todas las especies de flores que necesites, y para un invernadero.

Leila miró a su alrededor, muda. El terreno era grande, y en aquel entorno podía crecer casi cualquier cosa. Pero aún no había logrado asumir lo que acababa de decir Alix.

Ante su silencio, Alix la miró con preocupación.

—¿No te parece adecuado el lugar? ¿Es demasiado pequeño?

Leila negó con la cabeza mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

—Creía que habías dicho que como reina y madre tendría otras

prioridades…

—Inhalas el mundo sin ni siquiera darte cuenta de que lo haces, Leila —dijo Alix, serio—. Hacerlo forma parte de tu persona. Te guías por el olfato. Quiero que seas feliz aquí, y espero que esto te haga feliz. Sé que quieres más… que mereces mucho más… Además, necesito que me hagas más perfume del mío, porque destruí mi frasco contra la pared del hotel. Estaba enfadado y dolido.

—No estabas dolido. Tu ego se sentía herido porque me había atrevido a decirte que no.

Alix asintió.

—Eso era lo que yo creía también. Que era mi ego. Pero eso era una mentira que no he dejado de repetirme. Lo cierto es que no solo era mi ego… sino también mi corazón. Pero no tuve el valor de aceptarlo —Alix tomó ambas manos de Leila en las suyas—. Hoy me he dado cuenta por fin de ello. Ha sido como si me hubiera caído una tonelada de ladrillos encima. He estado perdiendo la cabeza por ti desde el primer momento en que te vi. Cuando fuimos a Isle de Paix supe que debía dejarte, pero no quería. Creo que se me ocurrió la idea de proponerte matrimonio porque me pareció la única manera de conseguir que te quedaras.

Leila estaba mirándolo como si acabaran de salirle dos cabezas.

—¿Estás diciendo que… me quieres?

Alix asintió, aunque de manera un tanto cautelosa.

Leila experimentó una especie de explosión de alegría… que reprimió de inmediato una vocecita en su cabeza: «No seas tonta, Leila… Los cuentos de hadas con finales felices no existen». La alegría se desvaneció al instante.

—¿Por qué estás haciendo esto? —preguntó a la vez que retiraba las manos de las de Alix—. Ya te he dicho que no me voy a ir…

—¿Qué estoy haciendo? —preguntó Alix, perplejo—. ¿Decirte que te quiero, que estoy enamorado de ti? Porque es cierto.

Leila sintió que las lágrimas volvían a sus ojos.

—No puedo creer que seas tan cruel, Alix. Haz el favor de no insultar mi inteligencia. Te digo que me quiero ir, que no quiero casarme contigo, ¿y de pronto vienes a asegurarme que me amas? Por lo visto olvidas que escuché la conversación que mantuviste aquel día: «Si tengo que convencerla de que la quiero, lo haré».

Alix se pasó una mano por el pelo con expresión de frustración. Leila se cruzó de brazos.

—¿Pero por qué iba a hacer algo así? ¿Por qué simular?

—Te has dedicado a convencerme de que eres incapaz de amar ¿y se supone que ahora debo creer que acabas de experimentar una especie de revelación divina? Faltan tres días para la boda, y sé lo importante que es esta boda para tu pueblo y para ti, ¡pero nunca pensé que pudieras ser innecesariamente cruel!

Aturdido como si acabaran de darle un martillazo, Alix abrió la boca para decir algo, pero Leila lo interrumpió de nuevo.

—No, Alix, por favor. Agradezco lo que tratas de hacer… y todo esto —dijo a la vez que señalaba el terreno—, pero ya es suficiente.

«Tendría que serlo», se dijo. Al menos Alix no sabía que lo amaba. Aquella era su mezquina defensa.

A continuación se volvió y se encaminó de vuelta al Jeep, esforzándose por no llorar. No vio lo pálido que se puso Alix mientras observaba cómo se alejaba. Y tampoco vio la expresión de intensa determinación que a continuación revelaron sus rasgos.

* * *

Hicieron el trayecto de regreso en silencio y, cuando regresaron al castillo, Alix tomó a Leila de la mano y la condujo a toda prisa por un pasillo.

—Debemos terminar esta conversación —fue todo lo que dijo a modo de explicación. Cuando se detuvo ante la puerta del *hammam* y Leila se dio cuenta de dónde estaban, se cruzó de brazos con expresión rebelde.

—No pienso entrar ahí.

—¿Por qué? A fin de cuentas, el sexo es solo sexo… ¿no?

Antes de que Leila pudiera protestar, ya estaban dentro del *hammam*.

—Nunca habría pensado que eras una cobarde —dijo Alix sin preámbulos.

—No soy una cobarde —protestó Leila. Al ver que Alix daba un paso hacia ella miró la puerta preguntándose si tendría oportunidad

de huir—. ¿Y qué se supone que quieres decir con eso?

—Eres una cobarde, Leila Verughese. Una cobarde emocional. Y lo sé porque yo también lo he sido.

—Eso es ridículo. Yo no soy una cobarde y tú eres un mentiroso.

Alix arqueó una ceja.

—¿Te digo que te quiero y me llamas mentiroso?

Leila decidió cambiar de táctica.

—¿Por qué estás haciendo esto? Ya te he dicho que me conformo con quedarme. No tienes por qué dulcificar las cosas.

—¿Te conformas con quedarte… como si fueras una mártir? —espetó Alix—. Cuando te cases conmigo será porque lo desees tanto como yo. Porque tú también me quieres, pero eres demasiado cobarde como para admitirlo. ¿Por qué si no ibas a querer mantener las distancias conmigo aún estando casados?

—No te quiero —insistió Leila.

—Mentirosa —dijo Alix a la vez que daba un paso hacia ella—. Si hubiera sido sincero conmigo mismo antes lo habría reconocido el día que estuvimos aquí, cuando dijiste que el sexo era solo sexo. Aquella fue la clave. El sexo siempre ha sido solo sexo para mí. Hasta que has llegado tú. Por eso no he vuelto a tocarte desde ese día. Temía que te dieras cuenta. Y creo que a ti te ha pasado lo mismo. ¡Cielo santo, Leila! ¿De verdad quieres que tenga una amante?

—Pero tú no me quieres… no puedes —dijo Leila desesperada—. Tú mismo lo dijiste —añadió en tono acusador.

—Puedo, y te quiero —insistió Alix—. Tú me has enseñado que no merece la pena vivir sin rendirse completamente al amor, con sus riesgos incluidos. Sé lo terrible que es perder a alguien que quieres, pero no es posible pasarse la vida huyendo de ello. Yo también quiero más… y lo quiero contigo. Con nadie más.

Leila negó con la cabeza mientras las lágrimas enturbiaban su visión. Alix tenía razón; era una cobarde. Le asustaba confiar, le aterrorizaba que no existieran sus sueños. El fantasma de su madre seguía insistiendo en que era así.

—Dilo, Leila —murmuró Alix a la vez que se acercaba un poco más.

A Leila le aterrorizaba la posibilidad de que, al confesarle que lo quería, Alix se encerrara en sí mismo, satisfecho con el hecho de

que su esposa de conveniencia se hubiera rendido completamente a él.

—En ese caso lo haremos así —dijo Alix a la vez que deslizaba una mano tras el cuello de Leila—. Eres mía en cuerpo y alma y no pienso dejarte ningún sitio para esconderte.

A continuación inclinó la cabeza y la besó. Leila se resistió al principio, pero enseguida supo que ya era demasiado tarde para resistirse. Y ella era débil. Y una cobarde.

Sollozó su angustia contra la boca de Alix mientras sus lenguas se acariciaban, haciendo que el fuego que siempre los había consumido arreciara.

En aquella ocasión no tuvieron tiempo de llegar a la cama. Leila sintió que Alix la tumbaba sobre la mesa de mármol más cercana. Sus movimientos no fueron suaves, ni mesurados. Hubo una urgencia casi salvaje en su unión.

Parte de sus ropas volaron por los aires antes de que Alix se instalara entre sus piernas para acariciarla íntimamente con sus labios. Leila arqueó la espalda y lo sujetó por la cabeza mientras el penetraba profundamente con la lengua entre los pliegues de su sexo.

Alix era su hombre y ella lo amaba.

Un instante después Alix la estaba penetrando, mirándola, exigiendo que se dejara llevar por completo, que se expusiera totalmente.

Y Leila ya no tuvo ningún lugar en que esconderse. Rodeó con sus piernas las caderas de Alix y, finalmente, se liberó de las cadenas del miedo. Un arrebato de emoción le hizo tomarlo por el rostro.

—Por supuesto que te quiero Alix. Te quiero con todo mi corazón y toda mi alma. Eres mío y yo soy tuya para siempre.

Una expresión maravillada distendió el rostro de Alix. Una expresión de pura satisfacción masculina… y de amor.

Leila sitió que su corazón volaba libre mientras iniciaban la deliciosa danza del amor y cuando alcanzó el orgasmo sintió que había alcanzado las estrellas.

Epílogo

Leila bajó del Jeep y entró rápidamente en el castillo, saludando a todo el mundo a su paso. En los diecisiete meses transcurridos desde su matrimonio con Alix, ellos y la isla habían experimentado muchos cambios positivos.

Pero el verdadero centro de su vida se hallaba en el castillo. Todo lo demás era un añadido.

Cuando entró en el despacho de Alix no pudo evitar que una sonrisa distendiera sus labios. Allí estaban sus dos personas favoritas en el mundo: Alix y su hijo de once meses, Max.

Max estaba saltando enérgicamente sobre las rodillas de su padre a la vez que trataba de comerse un plátano medio aplastado que sostenía en la mano. Alix lo sujetaba firmemente con una mano mientras con la otra trataba de escribir algo en su portátil.

—¡Mamá! —exclamó Max al ver a su madre a la vez que alargaba sus bracitos hacia ella.

Leila fue de inmediato por él pero, antes de que pudiera retirarse, Alix pasó una mano por su cintura y le hizo sentarse en su regazo.

Leila rio.

—Solo trataba de ayudar.

Alix le retiró el pelo para besar su cuello expuesto.

Leila se estremeció y preguntó, sin aliento:

—¿Dónde está Mimi?

—Le he dado la tarde libre. Nos sentíamos solos sin ti, ¿verdad, Max?

Max manifestó su acuerdo con una incomprensible retahíla de gorgoritos mientras Leila se levantaba y lo limpiaba con una toallita antes de dejarlo en el corral cercano. Luego se volvió hacia Alix.

—¿Me ausento tres horas para ir a la fábrica y ya os sentís solos?

—Me siento solo en cuanto desapareces de mi vista.

Leila sintió que su corazón se henchía.

—A mí me pasa lo mismo —dijo a la vez que se inclinaba hacia su marido—. Tengo algo para ti.

Alix arqueó una ceja y se movió debajo de ella para mostrarle

que él también tenía algo para ella.

—¿En serio?

Leila asintió mientras sacaba de un bolsillo un frasquito de perfume con una etiqueta que decía: *El sueño de Alix*. Era el perfume que preparó para él en París, un perfume que no pensaba hacer nunca para nadie más.

—Gracias —dijo Alix tras besarla apasionadamente.

—Hmmm… Voy a tener que hacerte este regalo más a menudo.

Alix se movió para hacerle sentir «su» regalo. Leila gimió, frustrada.

—Voy a tener que hacer un pasadizo secreto de aquí al harén —murmuró Alix.

Leila se ruborizó al pensar en el *hammam*… que habían utilizado todo lo posible desde su boda.

Alix tomó un mechón de pelo de su esposa y lo enrolló en torno a su dedo.

—Andrés me ha dicho que hoy has ido al hospital. ¿Has ido a visitar de nuevo el ala infantil?

—Sí, pero también he ido a ver al doctor Fontainebleau.

—¿Sucede algo malo? —preguntó Alix de inmediato.

Leila tomó su mano para colocarla sobre su vientre.

—No, todo va bien… pero dentro de ocho meses vamos a estar un poco más ocupados que ahora.

Alix se puso inicialmente pálido, pero su rostro recuperó el color enseguida a la vez que rodeaba a Leila con sus brazos con evidente alegría.

—¿Sabes que me has hecho el hombre más feliz del mundo y que te quiero hasta el infinito y más allá?

Emocionada, Leila rodeó el cuello de su marido con los brazos.

—Lo sé porque yo siento exactamente lo mismo. Y ahora, respecto a ese pasaje secreto al harén… ¿crees que podría estar hecho antes de que llegue el bebé?